

Mary Ann Clark Bremer

**CUANDO ASEDIEEN TU FAZ  
CUARENTA INVIERNOS**



Reunimos en un solo volumen las primeras novelas cortas de Mary Ann Clark Bremer, una elegante escritora para paladares exquisitos. Se reúnen en este volumen todas las novelas cortas de Mary Ann Clark Bremer traducidas hasta la fecha al castellano y publicadas por nuestra editorial: Una biblioteca de verano, Cuando acabe el invierno, El librero de París y la princesa rusa y Una pasión parecida al miedo. A las que añadimos un breve relato, «Cuando asedien tu faz cuarenta inviernos», coetáneo de los demás textos, y cuyo título fue tomado por la autora de un verso de William Shakespeare.

Una oportunidad única para adentrarse en el singular mundo de una escritora fundamental pero hasta hace poco secreta. «Seguimos conociendo con asombro las exquisitas y breves novelas, tantas veces autobiográficas, de esta escritora norteamericana afincada en Europa, muy literarias, pero tocadas por un vago aroma cinematográfico a película romántica en blanco y negro de los años cuarenta. Mary Ann Clark Bremer explora un universo de paradojas sobre el amor, que en modo alguno conducen a la presunción de su inexistencia real: la pasión sin sexo, la madurez sin garantía de continuidad sólida, la felicidad como obstáculo a su misma prolongación».

Mary Ann Clark Bremer

---

**Cuando asedien tu faz cuarenta  
inviernos**



Título original: *Cuando asedien tu faz cuarenta inviernos*  
Mary Ann Clark Bremer, 2015  
Traducción: Hugo Bachelli, 2015

---

Revisión: 1.0  
16/04/2019

## NOTA DE LOS EDITORES

Se reúnen en este volumen todos los textos de Mary Ann Clark Bremer traducidos hasta la fecha al castellano y publicados por nuestra editorial.

Las tres primeras novelas cortas forman parte de *Notebooks I*, un hermoso cuaderno de tapas duras dejado por la autora a su muerte, en el que asimismo escribió (a mano, como siempre). «Cuando asedien tu faz cuarenta inviernos...», el relato de título shakespeariano que cierra esta recopilación.

Clark Bremer comenzó a redactar su cuarta novela corta, *Una pasión parecida al miedo*, también en *Notebooks I*, aunque aparece ahí inacabada y con muchas tachaduras; volvió a ella, con cambios sustanciales que la mejoraban, en *Notebooks IV*, su último y más extenso cuaderno. Para cerrar el primer ciclo de su trabajo con un orden, digamos, cronológico y de sentido, la recuperamos ahora junto a los textos que la antecedieron, aunque ya en su segunda y definitiva versión, la misma que publicamos como volumen independiente en 2014.

# **UNA BIBLIOTECA DE VERANO**

*Por el camino pensamos cosas puras,  
uno al lado del otro, fugitivos,  
cogidos de la mano y pensativos  
en medio de las flores más oscuras.*

*PAUL VALÉRY*

Aquel verano fue el primer verano después de la guerra, casi dos años después de la muerte de mis padres en el Canal de la Mancha, solo unos meses más tarde de la muerte del tío Marcel en su cama de La Bienhereuse.

Yo había sobrevivido al ataque del submarino alemán que asesinó a mis padres y había pasado días de ceguera y miedo en un hospital sin nombre.

Días de llanto.

Luego llegué a D., me instalé en La Bienhereuse y me convertí en bibliotecaria por unos meses.

Fueron los más felices de aquel tiempo.

Las colinas de D. son famosas por su manto de flores diminutas —moradas, rosas, rojas, de un amarillo tenue— y sus antiquísimas cruces de hierro.

Nadie recuerda ya quiénes fueron enterrados bajo esas cruces, aunque los más ancianos hablan de viajeros víctimas de salteadores.

La teoría del mejor amigo de mi tío, el ingenioso señor Tournefeuille, es distinta: los enterrados son aristócratas ajusticiados por la Revolución.

—De la Revolución Vieja —añade siempre, quizá para distinguirla de aquellas otras revueltas del siglo pasado—. Ah, la guillotina —dice también. Y hace una burla, señalando su sotana—. A estas alturas, yo ya habría sido guillotinado.

Todos saben que Tournefeuille —o *Tourne*, como lo llaman todos para abreviar— hubiera gozado de la simpatía de los revolucionarios; o, al menos, de los más cabales. No hay mejor persona, una vez muerto mi tío, en todo el pueblo. Y es el primero en perdonar los errores ajenos. Y no lo hace como sacerdote, sino como ciudadano. Es más, le gusta esa palabra: «ciudadano». (En definitiva, él mismo es fruto de la Revolución y su lenguaje). Mi padre era judío y se convirtió al catolicismo para casarse con mi madre. La familia paterna de mi madre había nacido en Egipto, y había vivido también en Siria: eran cristianos coptos. Según la tradición, los hombres de la rama materna habían luchado en las Cruzadas y habían llegado hasta Jerusalén, rezaban varias veces al día y se decían «puros de corazón».

Estas eran las historias familiares que contaba mi tío Marcel. En realidad, creo que las inventaba para mí, que había nacido en Brooklyn y creía que Europa, Oriente y África eran territorios míticos.

Mi padre era judío y alemán. Mi madre había sido educada en Inglaterra y se había cambiado el apellido antes de casarse. Mi tío Marcel era, en

realidad, primo de mi madre, y hablaba un inglés tan perfecto que en D. todos lo llamaban *Mr. Mark*.

Leía en voz alta poemas de Coleridge, su autor favorito, cada sábado, en el club de lectura de la biblioteca. A continuación escogía algún breve poema de Lord Byron e inventaba, sobre la marcha, una o dos estrofas.

¿Cómo era mi tío?

Le gustaban Italia, *La Iliada*, las historias de amor y muerte y resurrección de *La Biblia* y el vino joven. Nunca tuvo hijos.

También le gustaban las cruces de las colinas.

¿Es injusto no saber a ciencia cierta qué muerte fue para mí más terrible, si la de mis padres o la de mis tíos?

Durante años, esta pregunta me mantuvo en vela largas horas, cada noche.

Amaba a mis padres, pero me había educado «con» mi tío. Yo era tan hija suya como hija de mis padres.

Mi tío Marcel me había marcado con su carácter, con su libertad, con su tolerancia.

Era un viejo francés que creía en Europa pero también en el resto del mundo. No creía en la imposición de las ideas, pero sí en la libertad de todos y en la justicia para todos.

Durante la Primera Guerra Mundial había preferido trabajar como enfermero, aunque no soportaba la vista de la sangre, antes que disparar un solo tiro. No era exactamente un pacifista, pues creía que había «guerras justas», pero no hubiera podido vivir pensando que había matado a un inocente, a alguien a quien habían reclutado contra su voluntad. O por miedo.

Llegué a D. en un autobús herrumbroso, poco antes de aquel verano, pero él ya había muerto. Me había escrito una larga carta al hospital cada dos días, desde que supo de mi ingreso: no podía moverse y apenas podía escribir, pero trataba de decirme: «¡Vive!». Sus últimas cartas las dictó.

Una enfermera a ratos colérica con los enfermos, una voluntaria pelirroja nacida en Las Landas que había perdido a su marido en los primeros compases de la ocupación alemana, me las leía no sin esfuerzo: creo que las historias de mi tío, y sus largas citas de poemas, la aburrían.

Todavía hoy me siento perpleja ante aquella «experiencia»: un hombre a punto de morir no puede escribir pero dicta sus cartas, que, más tarde, son leídas a su sobrina, quien no puede leerlas: tiene los ojos vendados debido a

la metralla.

El dolor por su pérdida lo mitigaron sus objetos, sus muebles, sus libros, sus trajes y camisas: mi tío seguía vivo en su casa de las afueras, La Bienhereuse —¡qué nombre tan bien elegido!—, pues todo allí lo recordaba.

Los libros, sus libros. La antigua biblioteca había sido destruida por los alemanes. Como el viejo ayuntamiento de aire italiano —«bonapartista», decía con sorna Tourne—, levantado sobre las ruinas de un viejo caserón burgués y ahora convertido en una cuadra para los dos caballos del señor Pitou.

—Alguien tendrá que hacerse cargo. Y quién mejor que usted, señorita... Ama usted los libros tanto como su tío, que en paz descansa, y... todos agradecerán, todos le agradeceremos, su tarea... En esta nueva época debemos olvidar y reconstruir Francia para que la prosperidad llegue a nuestras... El general De Gaulle ha dicho, en su discurso del día 8, que nuestros corazones necesitan el estímulo de la tradición para encontrar de nuevo el camino hacia la Francia de nuestros padres y también para...

El nuevo alcalde —el anterior, afecto a Vichy, había sido destituido, juzgado y condenado a varios años de cárcel— había colaborado con la Resistencia —no tanto como él mismo decía, según se supo más tarde— y parecía un saco de cojeras, tics y tartamudeos. A pesar de ser algo así como un héroe local no me caía bien: se daba a sí mismo demasiada importancia. Y se expresaba siempre de un modo pomposo y ridículo. Era un experto en discursos —más bien mítines— de un patriotismo algo zafio.

Quizá yo no soportaba que juzgara a todos los alemanes por igual —«La sangre de los nibelungos corre por tus venas», bromeaba, cuando era niña, mi tío mientras me tiraba de las coletas rubias—, y que pidiera la pena de muerte para cada soldado apresado en Francia.

El Alcalde —hasta he olvidado su apellido— no se daba cuenta, además, de que yo era norteamericana, que no estaba obligada por su «patriotismo» dominical de cartón piedra.

Engolaba la voz al cantar *La Marsellesa*.

No solo me visitò el Alcalde, también las Damas de la Orden de la Flor Dorada —una vieja institución de señoras viudas, algunas casi centenarias, diríase por sus peinados y vestimentas— y la Agrupación Local de Músicos —en realidad, solo quedaban vivos tres de aquellos músicos—.

Aún hoy creo que fue el Alcalde quien envió a La Bienhereuse todo aquel desfile de ancianas y mutilados de guerra. ¿O fue Tourne?

Paseé hasta las cruces de las colinas —¿no se leía en una de ellas: «Templanza, misericordia, esperanza» en gastados caracteres latinos?— y hablé en voz alta con mi tío —si es que las primeras cigarras, su ronroneo, «podían» ser mi tío también—.

Como mi tío Marcel, yo solía cambiar de orden las palabras de los poemas que leía en voz alta. Me inventaba versos, realizaba variaciones que alteraban música y ritmo. Los hacía míos.

«La poesía es de todos, hasta de los indigentes». ¿No decía eso Baudelaire? «He nacido y vivido en cualquier lugar, y solo tengo un deseo...», recordaba yo. «Un grito perdido en la tormenta, el aullido del océano». No era mi vida, sino los versos de un viejo poeta amado por mi tío. «Pobre e ingenuo corazón: astíllate, no eres nada». Decidí que sería la bibliotecaria de D. durante aquel verano, serían solo unas semanas. Cuando llegara septiembre, tomaría un tren con destino a París y allí decidiría si volver a Estados Unidos —donde, en realidad, nadie me esperaba— o instalarme en Inglaterra, cerca de los primos de mi madre.

A mi tío le habría gustado aquella decisión.

Cuando yo ya estuviera en París, llegarían, según el Alcalde, diecisiete cajones, ni uno más, ni uno menos, llenos de libros: la «verdadera» biblioteca. Francia iba a reconstruir su patrimonio cultural costara lo que costara, añadió. Pero hasta entonces mi tarea era fundamental para etcétera y etcétera.

—¿Ha leído usted a Dickens? —le pregunté.

—Para qué, habiendo tantos excelentes autores franceses —replicó él, cuadrándose casi.

—La primera ficha de esta biblioteca de verano irá a su nombre, ha de dar ejemplo, ¿no le parece? *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens. No hay comienzo más hermoso que sus primeras páginas, ni final más justo que las últimas.

Tourne, que estaba presente, se sonrió al oír aquello y dijo en voz muy alta:

—¿Lo ves? Ya hablas como tu tío.

—Quizá sean palabras de mi tío que oí de niña.

El verano en D. parecía una primavera tardía. Las temperaturas eran suaves, el campo seguía florecido y verde y las hierbas que nacían y morían en un mes, renacían al siguiente y alcanzaban pronto su esplendor. No sé si invento los macizos de flores muy rojas, las camelias de hojas esmaltadas, el perfume de la jacaranda: el aroma de su madera.

D. me parecía un verdadero jardín botánico. Y recordaba cómo agradecía mi tío Marcel la presencia allí, en el pasado, de algunos excelentes jardineros uruguayos contratados por la Orden de la Flor Dorada. Jardineros que conocían tan bien las plantas de su continente como los más hermosos diseños de jardines de Inglaterra o Italia.

Los Uruguayos, como eran recordados en D., habían estudiado durante un año cada partícula de terreno, cada movimiento de los árboles a causa del viento, cada golpe de calor, cada brizna de hierba.

Los Uruguayos habían explorado la comarca, hasta más allá del río O., para averiguar qué tierra era mejor, o cuál más ácida, o cuál más arisca para las nuevas plantas.

Luego habían comenzado a cavar pequeños hoyos con sus picos y palas pequeños.

Eran cuatro hombres tan solo, y sus nombres estaban grabados en una pequeña placa de latón oxidado atornillada al muro del cementerio: Daniel, Héctor, Alejandro, Marcelo.

Sin embargo, no estaban enterrados allí. Era bien sabido que habían sido contratados más tarde por una familia bearnesa, y que incluso habían llegado hasta Austria.

Alguna muchacha de D. siguió recibiendo postales de Marcelo años después.

Mi tío no tenía noticias de que Los Uruguayos hubieran trabajado en La Bienhereuse, pero bien podría haber sido así: no había jardín más hermoso en los alrededores.

Un jardín, casi salvaje, que se «regulaba» a sí mismo cada año, y en el que mi tío, salvo para podar algunos árboles y cortar las flores que embellecían su estudio y el cuarto de juegos en el que pasé algunos veranos de infancia, apenas intervenía. «La naturaleza es sabia», decía él con voz de tenor, y al rato soltaba una sonora carcajada, pues sabía que lo que acababa de decir era tan solo una obviedad.

En el jardín, en aquella imponente mesa construida con traviesas de ferrocarril, escribí una lista con todos los libros que había en la casa. 707. Y el número, al dibujarlo casi, me pareció tan simbólico como hermoso.

Fueron cuatro mañanas de trabajo tan intensas como agotadoras. «Mañanas» que se alargaron mucho más allá de la hora del almuerzo.

Al acabar aquellas jornadas me pregunté por vez primera: ¿solo quedaban los libros de la biblioteca de mi tío en todo el pueblo?

Era imposible.

Por la noche subí a mi cuarto —el mismo que había ocupado en mi infancia y adolescencia, el antiguo cuarto de la madre de mi tío Marcel— un volumen con varios relatos de misterio de Edgar Allan Poe.

Era una edición fechada en Nueva York en 1914, y había llegado a Francia en el macuto de algún voluntario de la Gran Guerra llamado, según la firma a lápiz en una de las páginas en blanco, Howard B. «a secas». En la misma página, al pie, habían estampado el sello de una compañía del ejército de los Estados Unidos.

Howard B. había subrayado algunos de sus pasajes favoritos —o eso creía yo—, como el final de «Los asesinatos de la calle Morgue» o como algunas frases de Jup en «El escarabajo de oro».

Howard B. tenía una letra bonita, algo femenina: en la última página del libro listaba sus escritores favoritos, cuyos libros busqué al día siguiente en la biblioteca de mi tío: estaban todos allí.

Stephen Crane, Mark Twain, las hermanas Brontë, William Wordsworth.

*Maggie: una chica de la calle* fue el libro de Crane que encontré en la biblioteca de mi tío. Yo misma había anotado la fecha de mi lectura debajo de la de mi tío y, ¡sorpresa!, de la de Howard B.

Sí, aquella tercera fecha parecía trazada por la mano del soldado Howard B.

Crane también era uno de mis autores favoritos durante la adolescencia, que me parecía tan lejana.

Me hubiera gustado conocer a Howard B.

En Badenweiler, Alemania, había nacido mi padre y había muerto Stephen Crane. No podían reunirse más casualidades. Solo, quizá, que en ese momento apareciera Tourne por la puerta y me dijera que Crane había sido amigo del tío Marcel.

Pero esto no sucedió.

Quien sí hizo acto de presencia en bicicleta fue Suzanne, la única maestra de D. por aquel entonces, que traía a La Bienhereuse su propia lista a petición del Alcalde: en la escuela quedaban, tan solo, ¡diecisiete libros!, el resto había calentado a los soldados de la batería alemana asentada en la cercana montaña de H. —llamada en D., desde tiempos inmemoriales, La Montaña—.

En realidad, era solo una colina un poco más elevada que las demás, pero desde su punto más alto podía «dominarse» buena parte de la comarca. Los dos cañones de aquella batería habían destruido, precisamente, el ayuntamiento y la contigua biblioteca de D.

—Creían que la Resistencia se había hecho fuerte allí —me contó Tourne.

La recolecta de material combustible para las estufas de la batería nos había dejado, sin embargo, una brillante selección de clásicos franceses. Una antología, diría incluso, de lo mejor de la poesía y del teatro francés de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Solo había un libro de fecha anterior: los más melancólicos poemas de François Villon.

Flaubert (inteligente),  
Stendhal (poderoso),  
Remy de Gourmont (misterioso),  
Marcel Proust (delicado),  
Jean Lorrain (frágil),  
Verlaine (arrebataador),  
Duhamel (a quien yo detestaba, ay).

Y una corta lista de escritores británicos:

George Eliot (delicado),  
Thomas Hardy (admirable),  
Lytton Strachey (otro de los preferidos de mi tío).

Pasé a limpio esta lista adjetivada para que Suzanne se la pasara al empecinado Alcalde: se trataba de los autores franceses con más obras en la biblioteca de mi tío y de sus favoritos en inglés.

Bueno, estos, y el señor Balzac, que se erguía, con su enorme físico, sobre los demás: ¡veinte títulos!

Los adjetivos eran de mi tío.

Suzanne se llevó mi lista —la biblioteca entera— para hacer varias copias con su máquina de escribir y papel de calco.

—La tendré preparada el lunes —dijo sonriendo antes de subirse a la bicicleta, que aún llevaba los colores y leyendas del servicio de correos del ejército francés.

He de hacer un alto aquí: en recuerdo de Suzanne, a quien no he vuelto a ver —se casó y se fue a vivir al sur—, pero que fue mi única amiga durante aquel verano.

Tenía veintiún años y era huérfana como yo, aunque sus padres habían muerto antes de la guerra. Vivía con su abuela y una tía.

Suzanne era la hija concebida en la edad adulta: la niña que nadie esperaba ya. Había sido la alegría de unos padres casi ancianos. Un tendero al que le gustaba tocar el violín en las fiestas populares y una hija de agricultores polacos que habían huido del hambre en su país.

Suzanne parecía, de hecho, polaca. Y así la llamaban casi todos en D.

Arañadas tapas de un verde ajado, como de un terciopelo muchas veces expuesto a la luz.

Tapas del color del tabaco. Y del de los corales de las islas Filipinas.

Tapas del color de la luz del atardecer en Nueva Inglaterra —mis otros veranos—.

Tapas con olor a cobalto, a moho dulce, a gusanos de seda, a madreSelva, a coñac, a tierra mojada.

Tapas estampadas con dos líneas en oro desvaído, en azul prusia, en blanco sucio de nieve.

Los libros de tapas de cartón forradas con telas y los libros de tapas flexibles para los días de tren o playa.

Libros en miniatura (los poemas de Verlaine) y libros gigantescos (algunas novelas de Balzac).

Libros que podrían sujetar un edificio entero (por lo que dicen y cómo lo dicen).

Ningún libro malo entre tantos libros.

Durante el domingo, con la ayuda de dos lúgubres ancianas —pues apenas hablaban, iban vestidas totalmente de negro y lanzaban ayes todo el tiempo— de la Orden, le quité el polvo a tres grandes mesas de matanza de la bodega, limpié con un cepillo de púas seis sillas mal pintadas llenas de excrementos de gallina y baldeé con fuerza y mucha lejía un cobertizo que había junto a la entrada de La Bienhereuse, que en su día había servido como amplio cuarto de herramientas y aperos de labranza —cuando los antiguos dueños de la casa también lo eran de la gran finca vecina—, y más tarde como refugio para caminantes en días de lluvia: la puerta de aquel cobertizo nunca se le cerró a nadie, se jactaba el tío Marcel..., y nunca se negó un haz de leña.

No era una «tradición» solo suya, pues él la había heredado de su padre y de su abuelo, quien a su vez había comprado la casa a una familia endeudada por unos malos negocios con la seda de la China y la especulación en la Bolsa.

No tenía tiempo ya, ni fuerzas, para pintar las paredes de la nueva «biblioteca popular», así que las despojamos de telarañas y colgué unos cuantos dibujos que el tío Marcel tenía arrumbados tras la puerta de su biblioteca: viejos cartelones de anatomía, afiches de películas de la época del cine mudo, algún lienzo pintado con mano inexperta pero con cierta gracia: dos en realidad, una marina que recordaba a un Turner que hubiera vivido en Niza, y un amplio paisaje representando las colinas de D.

No puedo decir sino que se me cayó de las manos este último cuadro cuando leí en una esquina su firma: A. Howard B.

«Se encontraba mi cuna junto a la biblioteca, / Babel sombría, donde novela, ciencia, fábula, / Todo, ya polvo griego, ya ceniza latina / Se confundía<sup>[1]</sup>» Charles Baudelaire había sido el poeta de mis años mozos. Su visión del mundo me aterraba a la vez que me subyugaba.

Habíamos vivido en París dos años y él me había acompañado siempre en mis paseos: sus palabras, su ciudad.

«Detrás de los hastíos y los hondos pesares / Que abruman con su peso la neblinosa vida, / Feliz aquel que puede con brioso aleteo / Lanzarse hacia los campos luminosos y calmos!»<sup>[2]</sup>.

Sí, había dejado atrás la ciudad y me había «lanzado» hacia los campos luminosos y calmos.

No había sido yo, claro, quien había tomado aquella decisión. La guerra me había traído hasta D. Y, también, la memoria de mi tío Marcel.

Al principio me había negado a aquel viaje, finalmente había preferido el recuerdo doloroso en La Bienhereuse a un intento de olvido lejos de allí.

No iba a poder olvidar: ni lejos, ni cerca. Mejor ponerlo todo en «orden», mejor vivir mi duelo en el lugar donde siempre había sido feliz.

*Nuestro* primer lector fue Marie Périgord, mujer culta, sin marido pero tampoco viuda, libre y librepensadora. Inteligente como pocas personas he conocido. Alta, espigada, con un rostro lleno de pequeñas arrugas que parecían sonreír siempre. Ni siquiera la guerra había logrado ensombrecer aquellos rasgos.

Bromeaba con su delgadez —«La *dieta* alemana», decía— y se vestía ahora —inservible ya todo su vestuario de adulta— con ropas de su juventud.

A lo lejos parecía, pues, una muchacha de otro tiempo. Y había algo en ella, una cierta sofisticación natural, que alejaba toda idea de ridículo al acercarse: resultaba elegante incluso con aquellos trajes pasados de moda, en los que solo había «actuado» para volverlos más sobrios oscureciendo sus colores con tinte.

Eligió los *Cuentos holandeses* de Gustave Kahn.

Al final de la tarde de aquel primer día habían pasado por nuestra improvisada biblioteca cuatro personas:

La elegante Marie Périgord, como ya hemos dicho (Gustave Kahn).

Jacques Romiguières, viejo sordomudo que se ocupaba de ayudar a Tourne en la iglesia, y al que seguramente había enviado este (*Los chuanes*, novela de Honoré de Balzac).

Marguerite Riquet, costurera, viuda y madre de dos jóvenes soldados que habían sobrevivido a la guerra pero que aún no habían regresado a D. (*Vida de los mártires*, de Georges Duhamel, que, según ella, le recordaba a su esposo en las trincheras de 1915. «Aún conservo las cartas que me envió...»).

Y Adelaide de Perrin, de familia aristocrática, emparentada con los antiguos dueños de La Bienhereuse y dueña de una casa de igual belleza: La Rose, cuya fachada estaba, precisamente, cubierta de rosas en aquella época

del año. (Elegió primero una novela de Jules Verne, después otra de Walter Scott. Abandonó ambas —«Estoy *harta* de aventuras»— y me pidió ayuda. Después de mucho dudar, le recomendé *Thérèse Raquin*, de Émile Zola, que, para mi sorpresa, no había leído. «¿No es demasiado popular?», me preguntó sin sorna alguna, arrugando su aristocrática nariz).

—¿No querrás hacer tu propia revolución aquí?

Fue Tourne quien me hizo esta pregunta mientras sonreía: acababa de encontrarse con la señora De Perrin y su Zola.

—Le he dicho —siguió el cura— que ahora que al fin había acabado otra guerra más, Zola le «hablaba» incluso a los príncipes.

Bastaría con abrir la biblioteca tres días a la semana: lunes, miércoles y viernes.

El Alcalde estuvo de acuerdo. Luego me pidió que seleccionara media docena de libros para los concejales y alguaciles del Ayuntamiento.

—Todos han de leer algún buen libro —dijo con orgullo casi paternal.

En realidad, en D. había un único alguacil. Y los libros eran lo más alejado de sus intereses, que formaban una santísima trinidad: la caza, la pesca y el vino.

No se le conocía esposa, pero tampoco madre o hermana. Nunca pregunté por su familia, siempre lo vi solo. No recuerdo su nombre, y quizá nunca lo supe. Así como el alcalde era el Alcalde para mí, el alguacil era el Alguacil.

Para el Alguacil pensé en *Pantagruel*, de Rabelais, al que, de algún modo, me recordaba él mismo. O será que yo imaginaba que Pantagruel era idéntico al Rabalais dibujado «de oído» por Gustave Doré, y que las barbas largas del retrato eran las mismas largas barbas del Alguacil, que, cuando no se las peinaba, parecía un náufrago de Daniel Defoe —nariz roja *mediante*—.

Rabelais siempre me había gustado. No había otro escritor francés de su siglo tan divertido. Su humor, cuando era «blanco», me recordaba al de mi tío Marcel, así como su idea de la bondad y del entusiasmo por la vida. Su humor más perverso, como solía definirse, nunca me había sonrojado, ni me sonrojaba ahora: yo nunca me había tenido por una mojjigata.

No, Rabelais no estaba ciego a los males del mundo. Es más, su ideal de felicidad necesitaba de pocas cosas, como el de Don Quijote, otro personaje que me había conmovido y divertido en mi adolescencia.

«Ven, bello gato, a mi amoroso pecho; / Retén las uñas de tu pata, / y deja que me hunda en tus ojos hermosos / Mezcla de ágata y metal. / Al atardecer, ven a La Bienhereuse conmigo<sup>[3]</sup>».

Anémonas, lirios, estragón.

Corazón, hígado, riñones.

Dos grandes litografías coloreadas. Una junto a la otra colgaban cerca de la entrada al cobertizo-biblioteca. Litografía Valla, 1897.

No me daban asco aquellas visceras. Eran tan hermosas como las flores del campo.

«Que lata tu corazón, que lata bien fuerte», había pedido François Jammes, el poeta, al joven pastor que miraba el mundo con sus ojos vírgenes: estremecimiento, plenitud.

Algún día yo podría volver a disfrutar de aquella plenitud, del estremecimiento que produce la belleza. Ahora sentía mi corazón, también de papel rígido, cuarteado por las muertes de mis padres y de mi tío. Solo un nuevo amor podría sanarlo. O quizá el dolor se aletargara en las colinas de D.

Por eso había vuelto yo a aquel paisaje.

Qué *rara*, qué hermosa, la edición de *Los sueños droláticos de Pantagruel*, de Rabelais. Qué grotesco y qué lúcido a la vez.

Aunque nadie tenía la certeza de que Rabelais fuera el autor de aquellos dibujos que aún hoy hacen que piense en El Bosco. No personajes de pesadilla, sino pequeños monstruos de los sueños limpios del verano. Algo así como cigarras vestidas con ropas de domingo, como libélulas que supieran tocar la viola.

«Para la recreación de los buenos espíritus», según decía el pórtico al libro.

«Quien sea de natural soñador aquí encontrará qué ensoñar, el melancólico encontrará de qué regocijarse y el alegre de qué reír, por los disparates que contiene, rogando a cada uno de ellos que lo tomen todo en buena parte, asegurándoles que al dar esta obra a la luz no he pretendido que nadie se vea ni insultado ni comprometido, sea cual sea su estado o condición, sino solo que sirva de pasatiempo a la juventud...»<sup>[4]</sup> Tomé aquel volumen, lo metí en una cesta y eché a correr por la calleja que había tras La Bienhereuse y que antes no era sino un camino para acceder a los campos de cultivo. Ahora tenía dos altas tapias de piedra que, sin embargo, por la progresiva elevación del terreno, permitían ver siempre más allá de ellas.

Y ese «más allá» era el que me llamaba ahora.

Los grotescos dibujos de Rabelais —si es que en realidad fue este su autor— eran los insectos, «bichos», de las colinas, y parecían querer jugar conmigo.

No eran los lángidos gatos atigrados que vagabundeaban cerca de La Bienhereuse siempre huidizos, pero que todos los vecinos alimentaban con gusto y devoción —casi dioses egipcios aún—. No, aquellos monstruos

simpáticos de la imaginación —la de quien los creó, la mía— recordaban a los de *Alicia en el País de las Maravillas* y reclamaban mi complicidad total; anhelaban, como yo, una pura fiesta para los sentidos.

¿Estaba loca? Ni lo pensé entonces, ni lo creo ahora. Yo tan solo buscaba un poco de alegría y de, por qué no decirlo así, *evasión* en medio del duelo. Una evasión, en cierto modo, infantil, es cierto, pero, por eso mismo, más pura —¿no lo acabo de decir: pura fiesta?—, más verdadera.

Entregarse al mundo: saltar una tapia, escarbar en busca de hormigas, leer tumbada cara al cielo... Entregarse al mundo como se entregan los niños o los locos habría de ser mi medicina. E hice «uso» de ella durante las semanas siguientes.

*Cálmate, dolor mío, y tu angustia serena.  
Anhelabas la noche. Ya descende. Aquí está.*

*CHARLES BAUDELAIRE*

Una antología de los mejores relatos de la literatura alemana del siglo XIX fue el volumen que eligió la sensata señora Barbès, atraída, según dijo, por las palabras de Friedrich de la Motte Fouqué al comienzo de «La mandrágora»: «A Venecia, la ciudad comercial del orbe latino famosa a lo largo y ancho del mundo entero, llegó una hermosa tarde un joven comerciante alemán llamado Reichard, un muchacho absolutamente osado y jovial<sup>[5]</sup>».

—¿No odia usted a los alemanes después de todo lo que han hecho y nos han hecho? —le pregunté.

—No quiero odiarlos —dijo, mientras trataba de sonreír—. No quiero que el odio a los más crueles de ellos, se convierta en odio a todo lo alemán...

Mi esposo era medio alemán, su apellido era Klinger, luego lo cambió durante la Gran Guerra. Vino a Francia siendo muy joven, y no anhelaba un país donde había sido infeliz y muy pobre. Pero amaba su cultura, en especial su música; y logró que yo la amara también: guardo aún nuestros viejos discos, y de cuando en cuando —salvo los meses que fuimos invadidos por su ejército— los escucho. No hay música más hermosa, ni más digna de Dios. Invita al perdón, si hemos de creer lo que dijo el Profeta... No me tomes, querida, por una beata: simplemente he aprendido que la falta de fe te lleva a sentirla por los peores seres humanos.

Ambas sabíamos que se refería al *Führer* Hitler.

Ese mismo día supe que la viuda Barbès había cuidado durante dos años a un partisano herido: vivía oculto en su desván. Al día siguiente de acabar la guerra redactó un nuevo testamento: dejaba todos sus bienes, a su muerte, a aquel muchacho tullido al que ahora llamaba hijo.

La segunda «cliente» de la nueva biblioteca fui yo misma. Hacía tiempo que sentía deseos de leer alguna obra de la neozelandesa Katherine Mansfield. Cada vez que me había acercado a ella, alguna palabra, una frase cualquiera, me había empujado muy lejos: quizá me hablaba demasiado cercanamente. Esto lo supe luego. Sus personajes se parecían, de algún modo, a mí misma. Y quizá no amaba yo aquello de mí en lo que ellos se me asemejaban.

En aquel volumen en inglés había un relato titulado «La dicha». Aquellas pocas letras parecían promisorias.

«Las ventanas del salón daban a un balcón que dominaba el jardín. Al fondo, contra el muro, había un alto y esbelto peral henchido de flores, que se erguía sereno, perfectamente inmóvil, recortado en el cielo verde jade. Bertha no podía dejar de sentir, a pesar de la distancia, que aquel peral no tenía ni un solo brote ni pétalo marchito. Más abajo, en los arriates del jardín, los tulipanes rojos y amarillos, en plena floración, parecían recostarse contra la penumbra. Un gato gris, arrastrando el vientre, se deslizaba a través del césped, y otro negro —como su sombra— le seguía. Al verlos, tan concentrados y rápidos, Bertha sintió un extraño estremecimiento<sup>[6]</sup>». Leí estas palabras al azar, en una página cualquiera, y sentí aquel mismo estremecimiento de Bertha.

Un pañuelo de nubes cubrió D. —y solo D., pues más allá de las colinas refulgía el sol—. «Otra vez no», me dije. No quería dejarme llevar por las sombras, por el recuerdo de la muerte. Traté de pensar en algo alegre. Traté de recordar cuánto me había reconfortado cada conversación de aquel mes en que había ejercido como bibliotecaria —¡un mes ya!—. Hasta aquellos que un día me habían parecido zafios e ignorantes —o tan pomposos como el Alcalde—, se habían vuelto ejemplares enfermeros en mi autoimpuesta terapia.

«Busquemos la dicha», me dije. «Busquémosla donde sea».

Aquel propósito, aunque «expresado» de otra forma, había sido mi lema durante las últimas semanas. Y me había hecho un bien antes inimaginable. El refugio no lo habían alzado en la intemperie solo los libros, sino también todos aquellos hombres y mujeres —más mujeres que hombres— de D. Parecía escuchar ahora a mi tío; ¿no eran palabras tuyas aquellas? «El poder curativo de la conversación... No seas rencorosa durante mucho tiempo... No te hieras pensando en tus debilidades ni en tus faltas: eres imperfecta, y si te das cuenta de ello serás menos infeliz...». Mi tío había tratado de educarme. Era mi consuelo cuando mis padres estaban en alguna fiesta o lejos, de viaje. Era mi consuelo en los días de los amores casi infantiles: del despecho, de la ira. Era mi consuelo y mi aplauso.

Pero también mi crítico. Nunca me trató como a una niña mimada. «Cuida tu carácter, aliméntalo con lo mejor de la vida, con lo que nos hace felices. Y sé fuerte pero no inflexible», repetía.

Pero aquel nuevo ánimo no era suficiente.

La mayor sorpresa no fue encontrarme a mí misma en algunos relatos de Katherine Mansfield, pues en parte ya lo esperaba, sino el hallazgo de aquella fotografía. La de una enfermera militar. La de la dueña de aquel volumen: Ann Howard B.

Aquel era el nombre que aparecía al dorso. No era el de un soldado, como yo había creído hasta entonces. Era el de la desconocida a la que siempre había amado mi tío, La Innombrable, como la llamaba mi madre.

Así que Ann Howard B. había pasado algún tiempo en La Bienhereuse. Mi tío nunca me había hablado de ello.

Corrí a preguntarle a Tourne, que sonreía mientras negaba y negaba:

—No te miento, pues yo jamás llegué a verla. Tu tío la conoció después de la batalla del Marne, y por entonces yo impartía la extremaunción, una tras otra, muy lejos de allí. Y muy lejos de aquí. No volví a D. hasta 1920, pues me ocupé en el Hospital de veteranos de L. hasta que dieron de alta a todos los heridos, o estos fueron trasladados.

A lo largo de los siguientes días pregunté a todos los que se acercaban a nuestra biblioteca por aquella enfermera.

Nadie había visto a enfermera militar alguna en D. Pero sí, dijo la señora Botrel, a una joven muy agraciada y peinada a la moda de entonces que hablaba francés con un fuerte acento inglés. Había sido solo una vez, cuando llegaron los caballos de la remonta para inseminar a las yeguas de los alrededores, según era costumbre desde antiguo.

Aquella joven había acudido con Marcel, mi tío, al desfile, a la exhibición, previa al encuentro entre sementales y yeguas. La joven parecía saber mucho de caballos, según la señora Botrel, y explicaba a Marcel cómo se llamaba el pelaje de cada uno, cuáles eran sus virtudes anatómicas...

—Estaban tan cerca de mí, como yo lo estoy de usted —concluyó la señora Botrel.

¿Qué significaba aquella «B»? ¿Un apellido? ¿Un nombre artístico? Pues Ann era pintora aficionada, según había descubierto.

Busqué y rebusqué. Ningún otro indicio de su presencia en La Bienhereuse.

Pasó una semana. Desmonté, casi, los muebles del cuarto de mi tío, luego empecé estancia por estancia. Movida por la curiosidad y también por una especie de humor feliz que me llevaba a un estado nuevo de necesidad: quería saber sobre aquella mujer. ¿Cómo había sido su vida? ¿Cómo había llegado hasta allí?

Debía de ser alguien fuera de lo común si mi tío la había amado hasta el punto de que mi madre la llamara La Innombrable y él nunca quisiera contarme sobre ella. Había sido «la mujer de su vida», como suele decirse... Aunque, por aquel silencio suyo, no habían vivido juntos un final feliz.

Durante aquellos días, interrogados ya todos mis visitantes acerca de Ann la Innombrable, la de bibliotecaria se volvió una tarea menos excitante que la de detective.

Y solo cuando me di por vencida —nunca sabría más sobre aquella mujer—, volví de nuevo con gusto a mis libros.

Y fue en uno de aquellos libros —mientras le quitaba el polvo a un ejemplar manoseado y lleno de manchas, seguramente comprado en un almacén de libros viejos, de las *Nuevas noches árabes* de Robert Louis Stevenson— donde encontré otra pista, cuando ya había dejado de buscar, sobre Ann. O eso quise creer.

Mi tío Marcel había copiado cuidadosamente en una cuartilla —tinta azul de estilográfica, papel con membrete— estas virtudes necesarias que destacaba el controvertido, y poco virtuoso, según sus detractores, D. H. Lawrence en un pequeño ensayo sobre Benjamin Franklin:

«—*Resolución*: Resolved llevar a cabo lo que debéis; llevad a cabo sin vacilar lo que habéis resuelto.

»—*Sinceridad*: No causéis perjuicios recurriendo a engaños; pensad inocentemente y con justicia, y si habláis, hacedlo de la misma manera.

»—*Justicia*: No dañéis a nadie causando perjuicios u omitiendo los beneficios que es vuestro deber prodigar.

»—*Tranquilidad*: No os dejéis perturbar por naderías o por accidentes comunes o inevitables<sup>[7]</sup>». Mi tío había escrito una nota, con letra minúscula, a esta última «propuesta»: «El amor es un accidente inevitable».

Estaba ya bien entrado julio cuando conocí a William Hazlitt.

Me enamoré al momento de su inteligencia, de su sentido del humor, de su perspicacia y finura.

Después de mi tío, era el primer hombre que me infundía un respeto total —por supuesto que respetaba a muchísimas mujeres...—.

Era el remedio —aunque pasajero— contra mi angustia, contra aquel dolor sin nombre. La Bienhereuse, como Hazlitt, solo lo calmaba. E incluso en ocasiones se volvía una cárcel de belleza que tan solo, tras las tapias, dejaba fuera un poco de realidad; pero dentro —dentro de mí y dentro de la casa— no podía evitar que se pudrieran, poco a poco, las lágrimas que no podían manar.

Quería estar a todas horas con él, dedicarle mi tiempo. Casi me convertí en una adoradora del culto Hazlitt.

Le hablé de él a Suzanne. Con entusiasmo. Ella sonreía mientras yo barboteaba mis palabras.

Solo había un problema: William Hazlitt había muerto en 1830.

«Gracias a la ayuda de las artes y la ciencia, todas las cosas encuentran un plano ideal. Las ideas asumen el lugar de las realidades, y las realidades se hunden en la nada. Cuando la mente lleva mucho tiempo acostumbrada a extraer el mayor interés mediante la contemplación constante, los hechos reales y los objetos obran poco o ningún efecto sobre ella. Resulta necesario que, por así decirlo, esta se recuerde a sí misma —es decir, que invoque sus habilidades internas y se haga más sutil a partir de sus propios sentimientos— para así poder colocar el objeto a cierta distancia y embellecerlo como le plazca<sup>[8]</sup>». Hazlitt era lo que mi tío llamaba «un polemista». Pero también alguien que amaba el arte —y la literatura de manera ejemplar— a partir de su creencia en las bondades del ser humano, que para él estaban llenas, sin embargo, de claroscuros.

Mi tío Marcel había subrayado en aquel volumen que me descubrió a Hazlitt el siguiente párrafo: «Un abogado que habla de leyes, de *certioratis*, de *noliprosequis* y de togas de seda, podrá parecer un estúpido, pero eso no lo hace peligroso. Muy mala señal (a menos que sea fruto de una modestia singular) es que conversar con una persona no nos aclare cuál es su profesión. Ese tipo de gentes no siente interés por aquello que más les debe preocupar, o quizá es que no dicen lo que sienten. *No tener admiración por nada* es una regla muy poco segura. Un aprendiz londinense que no admire el carruaje del alcalde tiene muchas probabilidades de acabar en la horca».

Me fascinaba su sentido del humor —esto es, su inteligencia— tanto como me irritaba.

Después de leer su artículo sobre el genio y el sentido común me lancé a leer a Wordsworth. Quería conversar —quería discutir, en realidad— con Hazlitt.

La «semana Hazlitt» logró que me olvidara de Ann Howard B. —¡aquella «B»!—. Incluso del jardín de La Bienhereuse, que, a todas luces, necesitaba de mis cuidados. Zarzas y matorros se iban apoderando de los senderos que había en la fachada trasera. Y algunos arbustos cargados de flores necesitaban cuanto antes de tutores de madera para asegurar la supervivencia de aquellas.

Estaba tan embebida en mis notas a partir de los escritos de Hazlitt que respondí con un apresurado «Sí, aquí es, ¿no ha visto esa inscripción a la entrada?» cuando alguien abrió la puerta del cobertizo-biblioteca —ahora también mi estudio— y preguntó en inglés por La Bienhereuse.

Quien había hecho aquella pregunta no volvió a insistir, así que seguí escribiendo.

Podían oírse los zumbidos de una mosca.

Levanté la vista.

Era un hombre joven, aunque, anclado a contraluz en el hueco de la puerta abierta, con las piernas algo arqueadas, apenas podía distinguir sus facciones.

—¿Le ha enviado el Alcalde? ¿Necesita algún libro en inglés? ¿Qué le trae a D.? —dije, sin poder concretar los rasgos de aquella cara. Pasé del francés al inglés, y luego al francés otra vez, en cada pregunta. Aquella visita me desconcertaba, y aún no sabía por qué.

—No me ha enviado nadie que usted conozca, señorita. Para llegar a esta casa he seguido un plano que mi madre dibujó y me envió desde Palestina hace meses —guardó silencio durante un instante, luego siguió sin darme tiempo a replicar—: Pero hasta ahora no pude venir a D.

El desconocido dio un paso hacia delante y sonrió. Estaba muy delgado, la ropa de paisano le quedaba holgada y dejaba ver que había sido soldado hasta hacía poco. Su rostro parecía sereno pero algo triste. En realidad, esa era mi impresión, pues él no dejaba de sonreír.

Era el hijo de Ann Howard B.

No recuerdo nada de lo que sucedió durante las ocho horas siguientes, hasta que se hizo de noche y entramos a la casa sin otra compañía que nosotros mismos. Tengo mis notas sobre Hazlitt, que quizá también contengan aquellos momentos primeros: «Miro a través de la ventana y veo que acaba de llover. Los campos reverdecen y una nube rosada cuelga encima del horizonte de la colina. Una azucena expande sus pétalos en la humedad, vestida de un verde y blanco hermosísimos».

    Mi vestido era de un rosa pálido, su traje era gris. La combinación — podía escuchar la sorna de mi tío Marcel— era perfecta. Hazlitt se hubiera reído de tanta banalidad.

    Pero el amor nunca siente el ridículo.

Daniel Defoe quiso que Robinson Crusoe se sintiera como nos hemos sentidos todos aquellos que hemos sido privados de lo que llaman «hogar»: para unos, un lugar; para otros, una persona.

«Tomad el discurso del héroe griego que abandona su cueva, con toda su belleza, y comparadlo con las reflexiones del aventurero inglés en su desolado lugar de confinamiento. Los recuerdos del hogar, de todo aquello que ha perdido para siempre, agitan y oprimen su pecho conforme el océano turbulento lanza su eterna marea contra las rocas de la costa, y los latidos de su corazón llegan a oírse en el eterno silencio que lo envuelve». Hazlitt de nuevo.

¿Qué necesitaba yo sino alguna forma particular —única— de desahogo? ¿Y con quién desahogarme? No bastaban las entregadas enfermeras del hospital donde me curaron.

No bastaba Suzanne, no bastaba Tourne.

No bastaban las cartas a mis dispersos, y pocos, escasísimos, amigos jóvenes —«Serás una solitaria siempre, si no dejas los libros algunas horas para salir a jugar con las demás niñas», me advertía mi tío desde pequeña—.

Ni el recuerdo: no bastaba ningún recuerdo.

Es más, en ocasiones los recuerdos más hermosos emponzoñaban mi alma. Sentía miedo de odiar, al fin, cualquier idea de felicidad futura.

Quería seguir el ejemplo de la señora Barbès: debía odiar el odio. El odio a quienes me habían traído soledad y miedo.

Pero no había rostro para aquel mal que se había cebado en mí. Ni la enfermedad de mi tío lo tenía, ni tampoco el capitán que ordenó disparar contra nuestro barco.

¿Qué había escrito Defoe sobre su Robinson?

«Antes, cuando salía a cazar o a explorar la isla, me asaltaba una angustia repentina. Me parecía que mi corazón iba a detenerse al pensar en los bosques, montañas y desiertos que me rodeaban. Caía en la cuenta de que era un cautivo, atrapado para siempre en una jungla deshabitada, protegida por las barras y cerrojos eternos del océano. Incluso cuando mi mente parecía estar tranquila, estos pensamientos estallaban como una tormenta y hacían que me retorciere las manos y llorase como un niño. A veces este arrebató me sorprendía cuando estaba trabajando. Inmediatamente me sentaba y empezaba a suspirar, clavando la vista en el suelo por espacio de una o dos horas. Esta reacción hacía que mi angustia fuese mayor, pues si hubiese podido llorar o desahogarme hablando, la congoja que sentía habría disminuido hasta desaparecer por completo<sup>[9]</sup>».

Me había sentido maldita. Una mujer *rimbaud*, hermana de sangre del poeta.

Incluso me había sentido orgullosa de no tener, como escribiera el propio Rimbaud, «país ni amigos. ¡Qué tontería! ¡Y hasta ahora no me he dado cuenta!».

Yo tampoco me había dado cuenta.

*La gracia estaba en todos  
sus pasos; en su mirada, el Cielo.  
En cada gesto, dignidad y amor<sup>[10]</sup>.*

No es extraño que me enamorara de Saul. Me hablaba como debía de haberle hablado su madre a mi tío.

Te miraba fijamente, te tomaba de un brazo, sonreía. A continuación hablaba y hablaba, señalaba los objetos más cercanos, luego lo que había más allá de las ventanas: colinas, prados, bosquesillos, las montañas tan lejanas.

En su conversación reunía el mundo todo. El universo se plegaba y se convertía en algo parecido a un hogar. El hogar que yo tanto anhelaba.

Los pájaros no eran pájaros: conocía los nombres propios de las cosas, y sabía nombrar en inglés, alemán, polaco y yiddish. Balbuceaba en ruso y en francés. Reía en todas aquellas lenguas.

De repente, la angustia desapareció.

Su madre se llamaba en realidad Maryla.

Aquella «B» de las anotaciones, de los cuadros, contenía el apellido real —o uno de sus apellidos reales— de Maryla: Birnbaum.

Había nacido en la Galitzia austríaca. Como el padre de Saul. Juntos habían emigrado a Estados Unidos. Eran muy jóvenes.

El padre de Saul murió en la Gran Guerra, poco después de que Estados Unidos decidiera intervenir tras el ataque al *Lusitania*. Fue uno de los primeros caídos. Maryla se alistó entonces como enfermera, aunque acababa de dar a luz a Saul.

Jamás volvió a América, y Saul, mientras creía que su madre había muerto en Europa, pasó la infancia con sus abuelos. Estos, la noche de su *bar mitzvah*<sup>[11]</sup>, le confesaron que su Maryla aún vivía.

Se había instalado en Palestina después de haber pasado algún tiempo en Londres, tras dejar Francia, trabajando primero como enfermera y luego en la conocida organización sionista de Jaim Weizmann. Se había vuelto a casar, había cambiado su nombre y apellidos de nuevo y había sido una de las principales impulsoras del Instituto Científico Weizmann en la ciudad palestina de Rejovot junto a su nuevo esposo, un investigador ucraniano.

Ellos, sus abuelos, ya no la consideraban su hija. Pero no pudieron impedir que Saul la visitase cuando alcanzó la mayoría de edad.

Hicimos un largo viaje hasta el mar.

Dejamos el interior y seguimos durante algún tiempo el curso de un río, luego el de otro. Cambiamos de rumbo.

El viaje duró una semana.

Allí mismo, ante aquel Frío Mar Francés, como lo bautizó Saul, y entre risas, declaramos que las aguas que bañaban todos los continentes serían nuestras aliadas a partir de entonces. No nos detendríamos jamás. El agua nos llevaría lejos, conoceríamos medio mundo. Seríamos felices...

Recuerdo —y conservo las fotografías, que recuerdan por mí cuando olvido— días de paseo y de lectura en Saint-Malo. Los más bellos días de mi vida.

Sonreía a todo y a todos. Sonrío en las fotografías, sonreía en las postales que escribí a Suzanne y a Tourne.

Saul y yo nos separamos en París: él debía incorporarse aún durante algunas semanas a su destacamento, hasta convertirse en civil, y yo volvería a La Bienhereuse.

La despedida, al contrario de lo que pudiera pensarse, no fue triste. «Será la primera y la última», nos dijimos.

Con aquella promesa volví a D. y a la improvisada biblioteca de La Bienhereuse.

Guardo unas cuartillas junto a las fotos que me envió Saul. Las escribí yo misma. Tiempo después, seguramente, y a lápiz. Hice correcciones y anotaciones. Añadí unos párrafos del poeta Paul Valéry: fragmentos que me explicaban a mí misma mi estado de ánimo: exaltación, ansiedad, miedo... y, finalmente, calma. Como Robinson «tiempo después» de llegar a la isla. Esperando a Saul entre los lectores de mi biblioteca —al fin la llamaba así: ya no era la de mi tío Marcel—.

Paul Valéry escribió —y quizá por ello yo añadí nuevas palabras a las viejas palabras—:

«Robinson había asegurado suficientemente su subsistencia y estaba casi a gusto en su isla.

»Se había construido un buen techo y se había hecho unos trajes con plumas y palmas, unas botas suaves, un sombrero inmenso y liviano. Había llevado el agua pura a su lado, hasta la sombra de su choza, donde murmuraba un pájaro; canto que lo hacía sentirse un poco menos solo. El fuego lo obedecía; se avivaba cuando él quería. Gran cantidad de pescado seco y ahumado pendía de los largueros de madera de la choza, y grandes cestos que él mismo había tejido contenían burdas galletas, tan duras que podrían conservarse eternamente.

»Robinson había olvidado su desnudez inicial y los ásperos comienzos de su soledad. Los tiempos en que iba desnudo y en que debía correr todo el día en busca de su cena le parecían ahora pálidos e históricos. La era anterior al naufragio le parecía como un sueño.

»Y hasta se maravillaba ahora de las propias obras de sus manos<sup>[12]</sup>».

Después de la calma llegaron las explicaciones. Es decir, *pude* contarle a Suzanne —en realidad, *necesitaba* contárselo— que me casaría con Saul y nos iríamos lejos de allí. Visitaríamos a sus abuelos en América para que me conocieran y quizá alquilaríamos La Bienhereuse durante algún tiempo. Nuestro primer destino sería La Patagonia, o Alaska, o Siberia, o... Suzanne reía de mis propósitos y de mis indecisiones.

Yo solo tenía miedo, le confesé, de la ociosidad de las siguientes semanas. Y de la espera.

Los días de verano eran demasiado largos.

No recuerdo su consejo, solo su abrazo. Y su risa. «El tiempo pasará rápido», me había dicho Saul al despedirse. Mentía entre sonrisas.

Valéry parecía conocer mis sentimientos:

«Ociosidad —se decía Robinson—, ociosidad hija de la sal, de la colección y de todos los aprestos que suspenden de alguna manera el destino de los alimentos perecederos, hija de los empireumas, de los humos conservadores, de las hierbas aromáticas, de las especias y hasta de los logaritmos... ¿qué haré de ti? ¿Qué harás tú de mí?». Cada mañana de aquellas salía a pasear y anotaba los cambios de estación.

Los verdes se habían vuelto dorados.

Pronto llegaría el tiempo de la cosecha. Las mujeres ocuparían el puesto de los hombres muertos en la guerra. Crecerían los niños concebidos en los momentos más difíciles.

Los olores iban, también, cambiando. De un modo ligero, aunque perceptible.

Ya crecían los membrillos.

Olía a heno, aparecían las aves que surcaban los cielos de Europa de norte

a sur, hacia África.

Me sentaba en una de las colinas, junto a las cruces de hierro y decía tres o cuatro frases en voz alta, como una oración.

Nombraba a mi padre y a mi madre. Le hablaba a mi tío Marcel.

Recordaba también algunos versos, o un pasaje que había leído la noche anterior y sobre el que le escribiría a Saul en una de aquellas largas cartas que me llevaban varios días de redacción.

Le hablaba de cuán importantes eran los libros para mí: no podía separarlos de mi vida *verdadera*.

Los libros *eran* la vida. Y podía recrearlos mientras caminaba, aun lejos de ellos. Así había sido siempre —especialmente en mis días de ceguera en el hospital—.

«Robinson reconstruye sin libros, sin escritos, su vida intelectual. Su memoria se desarrolla por la exigencia y por la soledad y el vacío. De lo que había aprendido lo que queda es lo que convenía a su sustancia». Me despedí de cada uno de los seres queridos de D. durante una semana. Al final de la misma regresó Saul.

Las fotografías de aquel primer viaje a Saint-Malo, imágenes de un gozo sin peso ni medida, que habrían cantado en el templo de Salomón para alegría de las antiguas bestias del Arca de Noé, de los reunidos en el *Decameron*, de los asiduos al Club Pickwick. Las fotografías de aquel primer viaje junto a Saul se encuentran en el mismo álbum que aquellas otras de los desayunos —casi al amanecer— en las islas del Peloponeso. Las tengo a mi lado mientras escribo en este cuaderno.

Mañanas de lectura en otro mar, en otros mares. Libros que viajaban con nosotros en un baúl. Barcos, aviones y trenes de tamaños distintos y colores únicos.

No estaba aquella vida en los libros. O, mejor dicho, no había imaginado aquella vida en los libros más queridos.

Vivía. Por encima de todo «vivía».

Los libros de Conrad, de Melville, los libros de Proust —amado Marcel Proust— me acompañaban.

Los poemas de T. S. Eliot, al que «comprendía» al fin.

Las novelas de Tolstói.

Comenzaba a sentirme adulta por primera vez en la vida. Y me sentía diferente también cuando elegía una nueva lectura: la pasión se había calmado, y, en cierta manera, cada nuevo libro me producía un placer mayor, ya no había impaciencia en la lectura. Me demoraba cuanto quería. Y aprendí a elegir el momento que cada libro necesitaba.

Comencé, también, a traducir, bajo seudónimo, algunas obras al inglés. Con tales ingresos compraba primeras ediciones de mis títulos más amados.

Aquellos libros —todos los rusos, Cervantes y Molière, los poetas franceses del XIX, los vanguardistas de todas las lenguas... Muchas de

aquellas hermosas ediciones estaban firmadas y anotadas por sus autores: me volví una coleccionista voraz— serían nuestro patrimonio cuando no nos quedara ni una moneda.

Más tarde, en 1950, Saul heredaría el negocio de sus abuelos. Entretanto, gastábamos con alegría la herencia de mis padres y de mi tío Marcel: ya habíamos sufrido demasiado hasta entonces, nos dijimos. La «alegría» era también parte de lo heredado.

Mi tío Marcel habría asentido.

No recuerdo con certeza, sin embargo, qué nos llevó finalmente al país que nació bajo el nombre de Israel.

En realidad, trato de olvidarlo cada día.

De olvidar aquella carta de Maryla que condujo a su hijo a la muerte.

Lo necesitaban. Ella e Israel. Eso escribió. Creo que fue entonces cuando comprendí por qué era La Innombrable, por qué mi tío Marcel nunca me habló de ella.

Era brillante, inteligentísima, muy hermosa. Su voz seducía a hombres, mujeres y animales: traía calma en los momentos de pesar. Sabía hacer que te sintieras bien con dos frases; sabía hacer que te sintieras mal con una sola frase.

Era tan inteligente como egoísta.

Su idea de patria alimentó finalmente las ilusiones de su hijo, que, de algún modo, siempre había sentido el deseo de recuperar a la madre que no había tenido. Nunca la encontró culpable, y ella dejó que sucediera así: prefirió que fuera él quien se sintiera culpable. De este modo Saul estaría siempre en deuda.

Yo trataba de adivinar cómo era Maryla en verdad. La diseccionaba con los ojos cerrados como en una de aquellas láminas de La Bienhereuse. Y solo aquello —abrirla en canal, hurgar entre sus negras visceras— me consolaba de la desgracia que intuía cercana. Como había dicho Hazlitt, «el anatomista se recrea en una lámina coloreada que reproduce exactamente el progreso de determinadas enfermedades».

Aquel consuelo no duró.

Saul murió luchando cerca del Canal de Suez en 1956. Habíamos tenido diez años de felicidad.

**CUANDO ACABE EL INVIERNO**

*La necesidad de morir  
es la más amarga de nuestras aflicciones.*

*VAUVENARGUES*

Los libros de aquel fin de año en Nueva York fueron seis, y todos ellos de Virginia Woolf.

Fue mi mejor amiga durante aquellos días en que nevaba cada poco y mi única prima acababa de ser madre: Margaret o Maggi o Mag se llamaría la niña.

Le regalé un cuaderno a su madre: para que me escribiera sobre ella, para que me contara, cuando le viniera en gana, cómo iba creciendo, a quién se parecía, qué juegos eran sus favoritos.

En una vieja tienda de antigüedades encontré dos muñecas rusas de principios de siglo para que adornaran el cuarto de la pequeña. Las limpiaron con cuidado y las envolvieron con un papel de color carmesí.

La caja era blanca, de un cartón suave, como bruñido.

Al salir, la nieve me llegaba a los tobillos y alguien silbó muy cerca pidiendo un taxi.

—Para usted, señora —dijo aquel muchacho de ojos grises antes de desaparecer bajo la nevada en dirección al Hudson.

Agradecí el gesto, pero despedí al taxista con una propina. Me quedé delante de aquel escaparate. No me importaba el frío. Amaba la nieve desde que era tan pequeña como Margaret o Maggi o Mag, o al menos desde que podía recordar.

Era la primera vez que me llamaban «señora».

En el escaparate brillaban las luces de Navidad, unas luces tan antiguas como las dos muñecas rusas de algún exiliado.

No sé cuánto tiempo estuve allí.

De repente sentí deseos de volver al hotel y enfrascarme en la lectura de alguno de aquellos libros de Virginia, de ponerme unas pantuflas y sentarme a

este lado de la nevada, a cubierto.

Pensé en Saul, con quien hubiera querido compartir aquella última tarde del año. Pero Saul había muerto luchando en Egipto.

Mi pasión por las muñecas rusas venía de Saul. Alguien de su familia las había coleccionado. Él sabía decenas de nombres rusos familiares para aquellas muñecas. Le gustaba deletrearlos para mí.

En Gante, durante la última noche del año 1954, cuando éramos muy felices y aún no sabíamos que él moriría dos años más tarde por unirse al ejército del joven estado de Israel. O en París, justo doce meses antes.

La nieve nos había acompañado aquellas noches, como sucedía hoy mismo, tantos años después.

En París aún me consideraban una señorita, no era una señora, ni una viuda, más que para mi casero y algunos empleados del banco. Me había servido legalmente del apellido de mi padre, del de mi tío Marcel, del de Saul. Señorita Tal o Señora Cual.

¿Cómo se llamaba aquel personaje del cuento de Tolstói? ¿Tal, Cual? ¿O era de Pushkin?

Saul amaba a Pushkin por encima de cualquier otro escritor: estaba ligado a su adolescencia. *La hija del capitán, El prisionero del Caucaso.*

¡Saúl! Cuántos amigos, amigos pasajeros, me pidieron que lo olvidara. Cuántos *amigos* pronosticaron que nunca podría soportar el recuerdo del primer amor y del primer amante y del primer esposo y del primer amor-amante-esposo muerto.

Conocí a mujeres que perdieron a sus hijos en la guerra. Ya nunca fueron las mismas.

Conocí a mujeres que perdieron a sus maridos en la guerra. Algunas pudieron ser felices tiempo después. Pero tan solo si no habían amado demasiado a aquellos hombres.

¿Qué decía el pequeño filósofo, marqués y no sé qué más, Vauvenargues?

«El recuerdo de la felicidad no produce felicidad, pero podemos aspirar a una alegría pequeña cada día si la felicidad no se amarga». «No se amarga». Como una crema, como la leche, como un guiso... Si conseguimos que no se amargue lo-que-sea podremos alcanzar esa pequeña alegría.

Pasear bajo la nieve. Mirar un escaparate lleno de libros bajo la nieve. Sonreír a un desconocido bajo la nieve. O mejor dicho: sonreír a un desconocido porque durante un instante nos recordó a aquel a quien amamos tiempo atrás.

De mi memoria he borrado calles y hoteles, pensiones y cuartuchos. He borrado los viajes con todo y con nada para tratar de olvidar la muerte de mi hombre.

—¡Mi hombre ha muerto!

¿Cuántas veces he gritado esto en los «lugares vacíos» que gustaban al poeta Rimbaud?

Yo «no gusté» de ellos. Es decir, no los elegí por gusto, sino que los lugares vacíos, fueran bosques o acantilados, playas invernales o dunas del desierto, me eligieron a mí, y se ocuparon de mi pena como esta me había ocupado a mí por entero.

«No habrá fin para el duelo». Leí estas palabras en algún pasaje del cínico Choderlos de Laclos, quien, por otro lado, tanto me enseñó.

Pero sí debía aspirar al final de mi duelo, para que el recuerdo de mi hombre, de Saul, se convirtiera en un recuerdo de felicidad. ¿Sería posible?

Puse mi pena en observación, como al enfermo más grave, y pensé en mí como si fuera otra persona, alguien distinto al de mis fotografías, al de los retratos pasajeros dibujados en cualquier parte por el Mago Saul. Aprendí a convivir con mi nuevo yo, más anciano, más triste, pero no más indefenso.

Me convertí en otra mujer que no dejaba de ser, al mismo tiempo, aquella joven que había sabido recomponerse una vez más (o una vez primera) en La Bienhereuse, la casa familiar, la casa de mi tío Marcel. Más fuerte, una mujer más fuerte. No sé si más lúcida.

Sí me dije algo: no dejaré que me maten nunca más a aquellos a quienes amo.

Por mis padres.

Por mi tío Marcel.

Por Saul.

Antes moriría yo, me dije.

*Con frecuencia el amor, comercio borrascoso,  
acaba en bancarrota.*

*CHAMFORT*

No se huye de una tormenta internándose en otra. «Soy una mujer de mi tiempo, nadie me doblegará». En mi cuaderno de notas grabé a fuego, casi, estas palabras. En las primeras páginas.

Escribí «mujer» y escribí «tiempo» a propósito. Y luego el verbo, también tercamente elegido, «doblegar». Mujer y tiempo y doblegar. O mejor dicho: «mi tiempo».

Seguía siendo una mujer joven, e incluso en ocasiones tenía aspecto de jovencita (un peinado distinto, algún pañuelo, un sombrero ligeramente extravagante a veces), pero nadie me trataría como si viviéramos en el pasado. Saul no estaba, pero estaba yo. Lo escribí, para decirme: no necesito a ningún hombre para estar completa.

No me refería al amor. No me refiero al amor.

Hablo «de otra cosa». De aquello que se nos negó a las mujeres, del poder de decidir, del poder, incluso, de ser. Mira a tu alrededor, hazte las preguntas necesarias, mira cómo, aun hoy, te ofenden por ser mujer muchas veces. Quiérete. No te mientas. Mírate al espejo sin mirarte como si fueras un hombre. Escribe tu frase, tus palabras, tu diccionario o tu oración para cada día y para el futuro... Y en las palabras de los hombres que ames, encuéntrate a ti misma, no los busques a ellos. Eso hacen tantos, tantos hombres.

Conocí a uno de esos hombres, que no me amó como me había amado Saul, y a quien no amé tampoco yo.

Pero aprendí de él a no mirarme como me miraban los hombres. Aprendí de él, que podría haber sido mi padre, pues me llevaba más de veinte años, a vivir ajena a los deseos de los hombres y a las necesidades de los hombres. Y a sus anhelos camuflados bajo *tweed*, que se pretende confortable y elegante a la vez.

Supé que bajo el traje de aperitivo y mañana, o en su club, aquel hombre no era más hombre que yo mujer. Y contra él (pues así viví casi dos años) aprendí a ser de nuevo la mujer que había amado a Saul, y a quien la pena había debilitado tanto que me había convertido solo en el ama de casa, la enfermera, la que sirve para el placer y para preparar cócteles. Con aquel hombre, cuyo nombre convertí a la postre, y entre risas, en Señor Nadie, aprendí a enfrentarme a los hombres que se servían de las mujeres. Fue un curso rápido, acelerado incluso. Me entregué a él para tratar de ahuyentar mi pena, y crecí (porque crecí) odiándome tres meses, consolándome otros tantos, recuperándome seis más, y renaciendo los doce finales. Pasado aquel tiempo, dije adiós, abandoné aquella casa del Londres Victoriano (en todos los sentidos) y comencé a ser yo de nuevo. O, al menos, a ser el «yo» que un día había aprendido a renacer. Y no hacía de aquello tanto tiempo.

Entre libros.

En aquella casa, La Bienhereuse.

Entre los versos y pasajes y autores que amaba.

La casa encantada, habría escrito Virginia Woolf. Y, en la línea siguiente, «la luz en el corazón».

Mi pelo, al abandonar la casa de aquel hombre Victoriano, era aún muy negro.

Su coche, que me prestó para llegar hasta el Canal, era muy negro.

Y también lo era ese cielo que cubre Londres buena parte del invierno: a primera hora con el gris de los uniformes nazis, después con el gris de las palomas del sudeste inglés; para luego, a medida que llega la tarde, internarse en un negro profundo como el que no ves cuando entras y caminas a tientas por una cueva sin lámparas ni velas.

Y así salí yo de aquella casa del amor frustrado. Como de una cueva, como de la negrura. Y el negro de Londres (seis y cuarto de la tarde), sin embargo, me pareció menos oscuro que nunca.

¿Adiós a las tinieblas?

Clausurar el duelo inventando un nuevo amor. Mi tío Marcel habría dicho, suavemente y con afecto: «Es algo más que una torpeza». Pero la vida, habría respondido yo, se aprende con la vida. Con el dolor y con la vida. Con la pena y con la vida. «¡Ay de las risas que son máscara de la muerte!», ha dicho Shakespeare. Con las risas y con la vida. Reímos y reímos y reímos.

Me entregué a aquel hombre porque no tenía amigos. Porque en el amor por Saul, y en nuestros viajes, no había espacio para más personas. Y durante aquel tiempo feliz olvidé hacer, conservar y querer a los amigos que necesitaría (y que me necesitarían) en el futuro.

Dije una paloma gris, y ahora una garza que, «perezosa o indiferente», según Virginia, «segura de su ruta, vuela por encima de la iglesia». ¿Cómo se llama ese relato, ese texto? Es un día cualquiera en una ciudad, aparentemente, cualquiera. Alguien, una mujer, seguro, escribe: «La vida es lo que se ve en los ojos de la gente; la vida es lo que se aprende, y, después de haber aprendido<sup>[13]</sup>...» «Rutina», «madre», «hermana», «mujer». Escribes estas

palabras para ser tú. Escribes estas palabras para decir «yo».

Conozco, como estas arrugas, ese huerto de Jerusalén al que un día de invierno terrible talaron, para las hogueras, sus olivos. En medio de otra guerra.

No era el huerto de la Biblia, sino un huerto humilde, entre dos casas, como perdido entre las vidas de muchos hombres apiñados, con lenguas distintas.

Cuando murió Saul, me refugié en aquel huerto, que aún era frondoso; o frondoso a su manera. Fruto, y nunca mejor dicho, de esa naturaleza a la vez seca y dulce de Jerusalén.

Mi casa, mi hogar al aire libre. Doce pasos por veintitrés. Pasos de viuda.

Los olivos apiñados, casi un techo sus pequeñas y redondeadas copas, tejidas entre sí.

Ha venido hasta mi memoria en un sencillo plato de aceitunas griegas que este restaurante sirve como aperitivo junto al kir royal.

Son los derrelictos del naufragio. Están aquí como memoria y como aviso.

Lugares, pequeñas cosas amadas. ¿La alegría pequeña o la pequeña felicidad? Un tocado, dos guantes, esa pieza que suena en la estancia con un volumen embriagador... Porque entra la música dentro de mí, porque todo a su alrededor, o bajo ella, bajo la música, se detiene o pierde su importancia. Y solo se alza a esta hora, tras el kir royal y las aceitunas y un plato ligero después, la música de la tarde, de nombre alemán o ruso, la fértil música que vino del Este, como la fértil sangre de Saul, que, aun mezclándose con la mía, no tuvo tiempo de engendrar nueva sangre.

En «Una novela no escrita» este pasaje de Virginia: «Nacimientos, muertes, matrimonios, las costumbres de los pájaros». Quizá no lo recuerdo bien. Pero hay muertes y hay pájaros y hay nacimientos.

Y hay ventanas, labios, fricciones, esfuerzos, pies, escaparates, miedo, mujeres, senos, hierba verde y alta y doblándose ante el viento.

Este miedo de las mujeres es un miedo antiguo. No es solo un miedo a la soledad, el miedo de la vecina de pelo no blanco del todo a su soltería, el miedo a ser herida, el miedo a la vida en paz después de la guerra, mis miedos y tus miedos y sus miedos.

Un ex-libris femenino, una mujer que fue doctora en no sé qué y en no sé cuál ciudad.

Una mujer adelantada a su tiempo.

Un ex-libris que es un calavera de mujer, pues sonríe como solo sabemos sonreír las mujeres.

Un ex-libris que, en lengua alemana, nos avisa de que los días de felicidad serán eternos solo en los libros que señalemos, que «firmemos».

Un ex-libris que compré en un tenderete junto al Sena, y que el *bouquiniste*

me vendió como «recuerdo de la última guerra, señorita, alguien vino hasta aquí para invadirnos y luego nos dejó esto».

La palabra «invasión» sonó extraña asociada al apellido de la mujer doctora. ¿Por qué había viajado en realidad hasta París?

Había en aquel ex-libris algo de Durerò, un rigor y una suavidad iguales, tan tan «Jerusalén»...

Sequedad, dulzura, olivos.

Novela sin centro, vida sin eje.

Me he sentado a escribir esta novela recorriendo los fragmentos de mi vida, de aquellos años, del tiempo que comienza en Londres saliendo de la casa del Victoriano o que comienza en Nueva York tras un fugaz encuentro con la mirada de un joven cordial y elegante.

Cuando acabe el invierno, este invierno que tanto dura, podré leer las cartas de mi prima y preguntar por las muñecas rusas.

Esta parte de mi vida es la novela de todas las mujeres que fui después de la muerte de mi esposo. Y es la novela de muchas mujeres a las que luego conocí: cuando me abrí al mundo, cuando supe hacer y querer amigos.

Esta novela está llena de incertidumbres porque el eje de mi vida es la búsqueda y no la certeza.

Soy una mujer de mi tiempo.

*La inteligencia de la mayoría de las mujeres les sirve más  
para fortalecer sus locuras que su razón.*

*LA ROCHEFOUCAULD*

Esa cita de La Rochefoucauld anotada con rabia.

Y contra ella escribir luego una larga carta.

A un periódico francés, a una revista francesa, a un periódico belga, a un periódico suizo. A todas partes donde haya algún «conocido». Y poner, junto a esa frase, otra de Marie Curie. Y otra de Teresa de Ávila. Y dulcificar la rabia al sumergirme en los textos de la española y luego al leer a Gertrude Stein respondiendo a una encuesta sobre literatura y feminismo en una vieja edición.

Aún necesitamos de ese feminismo de Stein. Como de las frases de Teresa de Ávila sobre el lugar de la casa y el lugar del abrazo.

Necesito abrazar y ser abrazada cada poco. Más con cada año que pasa. La fuerza del abrazo de otra mujer y la fuerza del abrazo que solo dan los hombres. La fuerza pequeña de los niños, de los animales domésticos. De mi gato, que no sabe abrazar.

«Como tampoco sabe pedir disculpas». La frase, o mi frase, alzada sobre su cita, es también de La Rochefoucauld, quien yerra o acierta, según, y al que no desprecio ni odio ni detesto. Ni siquiera envidia. Su época no es mi época, esta mujer no es una mujer de su época. No se doblegará.

Le he contado todo esto a mi amiga Fanny.

Paseábamos junto al lago y hemos pasado de las torpes palabras de La Rochefoucauld a la novela de Virginia que le había prestado al volver de Nueva York.

«El gramófono rugió. Duques, sacerdotes, pastores, peregrinos y criados se cogieron de las manos y bailaron<sup>[14]</sup>». Todos aplaudían en esa escena. Fanny la encontraba, finalmente, enigmática. Como toda la novela.

Me la devolvió como si fuera una bomba, con lentitud, sin dejar de mirar aquel título encerrado en un círculo. Despojé al libro de su camisa de papel

solo un momento, para admirar el delicado verde de la tela y acariciarlo un poco. Pero me detuvo algo que leí en la solapa de la camisa: «Virginia Woolf murió en marzo de 1941, y *Entre actos* fue publicada postumamente ese mismo año».

El arte póstumo. El amor postumo. Seguimos caminando hasta que conseguí que Fanny confesara que tenía miedo de aquella mujer, de Virginia. «No la comprendo», dijo. «No comprendo por qué murió». Luego trató de sonreír.

«Todos hemos tenido miedo al suicidio», le dije; pues le había hablado de mis impulsos tras la muerte de Saul, del terror a repetir las horas tras la desaparición de mis padres. Ya no era tan joven como para volver a La Bienhereuse y reconstruir mi vida. Debía hacerlo lejos, en tierra extraña, en cualquier tierra. Incluso en tierra «santa».

Primero en Jerusalén, entre los olivos que luego talaron (quizá una premonición).

Más tarde en Londres.

Al fin en Nueva York, cuando volví a nacer muy cerca de los «lugares» en que había crecido verdaderamente Saul.

«La pérdida es una pérdida siempre colectiva», me dijo Fanny mirándome fijamente a los ojos.

Ella también había perdido a su familia en la guerra, y su único hermano había muerto entre sus brazos. Aquello, sin duda, nos unió cuando nos conocimos en Zúrich. Éramos dos mujeres todavía jóvenes y «extrañas» para los demás. No teníamos las mismas costumbres que las demás mujeres del edificio de apartamentos en el que vivíamos. Habíamos conocido la muerte en vida, podría decirse.

Claro que en aquella época todo el mundo había perdido a alguien. Pero habían vuelto a la vida sin dilación, su sensibilidad no había sido herida del mismo modo. Eso nos decíamos Fanny y yo. Y no era suficiencia o soberbia, era tan solo la confesión de una carga, de una certeza que todavía hería. Yo hubiera preferido el consuelo «rápido» de algunas de nuestras vecinas: mujeres que paseaban de tienda en tienda, de fiesta en fiesta, olvidándose de la herencia de la guerra y festejando la larga paz que se nos avecinaba.

Pero yo no solo vivía en Europa: una parte de mí estaba junto a la tumba

de Saul, en Israel, y aquel lado del mundo también era mi mundo.

Fanny era más dulce que yo, más inteligente que yo, más sensible que yo, y quizá por todo ello su dolor la hacía aún más desgraciada. Más allá de su pasión por padres o hermano, no había vivido más que amores fugaces, y esto hacía aún más duro su duelo, y más difícil el consuelo.

Enseguida nos convertimos en buenas amigas, en amigas despiadadas cuando había que ser sinceras, pero también en las amigas que lo perdonan todo.

Aprendimos a pasear juntas y a callar juntas. Aprendimos a hablar del deseo y de la pasión sin la medida del falso recato. Yo anhelaba el cuerpo de mi esposo, y se lo decía entre risas y entre lágrimas. Gracias a Fanny vencían las risas.

Recibí, y le mostré enseguida a Fanny, una fotografía de Maggie o Margaret o Mag.

Margaret, Mag y Maggie, la niña de mi sangre, tenía el óvalo de mi familia, los ojos de mi familia.

Fanny dijo algo así como «parece hija tuya» y sentí un estremecimiento, algo que nunca me había dicho, que no sabía nombrar.

Vine a este cuaderno, a estos cuadernos, para anotar eso esa noche, para decirme y preguntarme.

El cuaderno no era mi confesor, sino el taller donde me abría en canal a mí misma y analizaba mis visceras y mis pensamientos. Y había, dentro del cuaderno, *tickets*, fotografías, billetes, sellos, alguna hoja o alguna flor.

«La herencia de las mujeres sensibles», reía Fanny. «Las mujeres siempre han coleccionado levedades dentro de sus cuadernos». Y aquello nos parecía hermoso a las dos, formar parte de una herencia de silencio y escritorio y cubrecama. No desdeñaríamos lo que la comunidad de las mujeres nos había entregado aun sin saberlo. Y claro que el cuaderno podía ser una «bagatela», pero no se trataba solo del cuaderno, como tampoco se trataba solo de las palabras de Virginia Woolf. Éramos nosotras contra el hombre Victoriano, contra la cita, contra los grises convertidos en negro. Debíamos aprender a ser felices en este otro tiempo que también trataba de negársenos. No más piedras en los bolsillos de las ahogadas. No más estampas cursis con voces ambladoras y tipografías engoladas, con el blanco o rosa que merecen, dicen,

las niñas.

Mejor negro antes que ese blanco, que ese rosa, que ese azul desvaído.

Mejor gris paloma, gris cielo.

Me encargué dos trajes grises, y uno azul que parecía casi cobalto, llamativo pero no lo suficiente. De gala, pero no lo suficiente.

Y me compré unos guantes que parecían a la vez muy antiguos y muy nuevos, como hechos para las dos mujeres que todavía era yo.

Anotación de esta mañana:

«Se alza como una mujer herida y enferma pero se niega al suicidio. Se niega al suicidio al que han sido conducidas muchas mujeres. Se niega a todo tipo de suicidio.

»El de las mujeres aún adolescentes: el de esa herida tierna y sobre la cual casi siempre ignoramos todo.

»El de las mujeres ya maduras: o demasiado acompañadas o demasiado solas.

»Pero no solo el suicidio de estas.

»Un canto de guerra contra cada muerte, y una oración en voz baja para alcanzar la fuerza y la dignidad de seguir vivas. O una máxima, el apotegma de las supervivientes. Oración o pensamiento. O ambos, como querían algunos clásicos».

El tranvía acababa su trayecto, antes de comenzar de nuevo, pero en sentido inverso, junto a una fábrica de guantes.

En realidad, fabricaban bolsos, carteras, fustas, no sé cuántas decenas de monederos o llaveros o carteras y guarda documentos, pero yo solo admiraba los guantes.

Encargué unos que había visto en el centro pero para los que quería algunas modificaciones. No mis iniciales, no los remates en ocho de las esposas solícitas: quería los guantes más sencillos del mundo, donde apenas se apreciaran las costuras. Unos guantes, además, que serían los más finos, como piel humana, para que al tomar cualquier objeto, aquella piel trasladara el frío o calor a mi propia piel.

Era un deseo, quizá, infantil. Un capricho.

Los guantes serían de color verde.

Un verde nocturno, eso sí.

Ese que se confunde con el negro fácilmente, pero que, a todas luces, valga el juego de palabras, es verde.

Me dijeron que estarían listos en veintisiete días. Con precisión suiza.

Me preguntaron cuántos anillos o sortijas solía llevar. Y en qué dedos.

Me preguntaron si se me entumecían las manos en invierno, si variaba su temperatura en cuanto el sol lo templaba todo un poco.

Me dijeron que aquellos guantes serían una segunda piel y que nunca habría otros iguales.

Me advirtieron de que debía dormir con ellos una noche, antes de ponérmelos en la calle por primera vez.

Me prohibieron que los dejara junto a una fuente de calor extremo o una fuente de frío extremo. Con estas palabras.

Le escribí a mi prima para contarle que no sabía cuánto heredería su hija de mis bienes, pero que, sin duda, heredaría unos guantes únicos. Y que ojalá sus manos y mis manos se parecieran tanto como su rostro y el mío, porque así aquellos guantes no serían tan únicos.

La caja de los guantes era de color arena mojada.

«Es muy divertida tu manera de definir los colores», dijo Fanny cuando se lo conté.

¿Pero de qué arena?, quería decir en realidad. ¿Arena de qué playa, de qué desierto, de qué campos o cráteres?

Así que aprendí a encontrar la felicidad (de nuevo; aprendí de nuevo) en un par de guantes, en un kir bien mezclado, en las humildes aceitunas (una docena tan solo) de un plato.

Pero no olvidaba quién era, qué dolores y heridas de mi siglo había en mi carne.

No podía vivir ajena al dolor de los demás, a las injusticias. Debía curarme y ayudar a otros en su cura.

Decidí que debía estudiar en la Universidad. Y que debía dedicar al menos la mitad de mi tiempo a los demás. Fanny prometió que me acompañaría.

Era una decisión, la mía, difícil de cumplir, pues nunca había estado sujeta a una tarea así. En medio de tantos desastres, había tenido la fortuna de vivir holgadamente, con esa holgura económica que, sin embargo, deja todo el tiempo al sufrimiento, le da horas y horas a este para que crezca. Incluso en medio de la más sublime música, de la novela más bella o más terrible.

Debía cambiar todo aquello que había dentro y fuera de mí.

Una verdadera reconstrucción.

La segunda reconstrucción.

*Las mujeres son excesivas: o mejores o peores que los  
hombres.*

*JEAN DE LA BRUYÈRE*

Llené una pequeña maleta con libros y el taxista se sorprendió por su peso. «La esperaba más liviana», dijo. Luego bajó de casa las dos maletas grandes llenas de ropa y me sonrió, como diciendo: «Esto es otra cosa».

¿De nuevo el tiempo de los viajes? No, el tiempo de un solo viaje. En dirección al Mar del Norte.

Recogimos a Fanny y a una nueva amiga suya, Ruth-Ellen, que, después de aquel viaje, también lo fue mía.

Era hija de padre suizo y madre alemana. Trabajaba como profesora de música en Zúrich, donde yo había alquilado un apartamento tiempo atrás y donde me instalaría finalmente al conocer a mi segundo marido... Pero aún quedaba «mucho» para aquel matrimonio.

Mi nomadismo, la búsqueda de algo que estaba a la vez dentro y fuera de mí, me había llevado de acá para allá tras la muerte de Saul: «un duelo en tránsito», había escrito Virginia Woolf.

De Nueva York a Viena; de Viena a París; de París a Deauville; de Deauville a Londres; de Londres a París de nuevo. Y, al fin, hasta aquella casita en el Jura que me había acercado, definitivamente, a Suiza. Las montañas. Los lagos. Aquel aire y aquella imposibilidad de ascender todas las cumbres, como una metáfora de mi vida: riscos y despeñaderos. La falta de oxígeno. Los obstáculos por superar.

Por aquel entonces, anotaba tan solo cada pensamiento que no me ligara al recuerdo de la muerte: cada pensamiento que esbozara un tono de felicidad futura, la promesa de alegría inmediata (ojalá). Leía y paseaba, incluso trataba de dibujar un poco.

Y, en las peores noches, odiaba a Saul por haberme dejado sola, por haber sucumbido a su condición de soldado de todas las guerras. Por haber

antepuesto ¿qué cosa? ¿qué sangre? ¿qué bandera? a nuestro amor.

La casa en las montañas me enseñó de nuevo a estar sola. Y aquella soledad, paradójicamente, me empujó a acercarme a la gente. A la ciudad. A los cafés, a las salas de música y exposiciones. A escribir a los pocos conocidos que tenía en Europa.

Mientras recorría la ciudad en el taxi, hasta la residencia de Fanny, pensaba en todo aquello. En los primeros días en Zúrich. En mis excursiones solitarias a Ginebra y Basilea. En la inmersión completa en las severas ciudades suizas. Con mi aspecto de mujer también seria, algo fría (según Fanny tiempo después), ajena a todo en apariencia.

Pero, en realidad, con un deseo salvaje de conocerlo todo, de abrirme a todo.

Me puso triste un instante hacer memoria de los primeros días en Suiza tras «descender» del Jura a la realidad.

La profesora de alemán que contraté, los dos pintores italianos que vinieron al apartamento a reparar los techos y las molduras de las puertas, el camarero del restaurante al que acudí los primeros domingos sola, hasta que vi a Fanny también sola en el otro extremo del salón y me acerqué a ella.

Al principio no le hablé de Saul, sino, con una confianza que hoy me parece excesiva, de mi vida durante los últimos meses. De la casa que había vendido en Francia, de mi derroche en los casinos de Deauville, de mi fuga de la realidad hasta acabar en Londres y en otra realidad peor: la de un amor tenebroso que enfangaba al primer y verdadero amor.

Le hablé de todo aquello y no le hablé de Saul.

Pero creo que ella comprendió que tanta cháchara era solo un abrir de compuertas con cierta violencia: primero salían despedidas las aguas negras, ya llegaría la transparencia.

En aquel mismo restaurante, domingos después, conocimos a dos médicos que habían hecho la campaña de Indochina con los franceses y nos cortejaron como si fuéramos señoritas de otro tiempo.

No eran superficiales, pero sí aburridos.

Aunque era agradable ir de pesca con ellos.

No sabían bailar, y Fanny y yo nos sonreíamos cada vez que nos pedían un baile. Nos mirábamos la una a la otra mientras girábamos y girábamos

torpemente en la pista.

Aquellos encuentros acabaron con el traslado de los dos médicos a un hospital en París: el destino que llevaban esperando durante meses mientras realizaban en Suiza un curso de enfermedades pulmonares.

Nos burlábamos de aquellos estudios suyos con una frase de Fanny: «solo para curar a los ricos», en su propia cara.

Eran aburridos pero tenían sentido del humor: sabían encajar una broma.

Pero estábamos ya en el tiempo de la reconstrucción, y me había puesto en camino junto a Fanny y Ruth-Ellen. En dirección al mar.

Llevaremos, les dije, un diario del viaje. «Pero no lo escribiré yo, sino que cada una irá anotando todo aquello que le parezca relevante o digno de ser recordado y leído en el futuro, en nuestro futuro». Entre risas, mis amigas dieron su conformidad.

Guardo aquel cuaderno, de tapas marrones, entre mis objetos más preciados, entre los que no hay joya ni piedra preciosa alguna. Mis objetos amados están hechos de papeles, de piedra, de arena, de madera, de piel. Caben todos ellos en un maletín de cuero que fue del tío Marcel, con sus iniciales grabadas en plata.

Son objetos humildes pero tan importantes para mí como la piedra Rosetta lo es para la humanidad.

Miro esos guantes, estos guantes, aquellos guantes de piel verde, tan oscura como el bosque más profundo, y me veo en ellos. Me veo en cada momento desde el día en que me bajé del tranvía y caminé hasta llamar a la campanilla de aquel taller. «De la fábrica», como la llamaba Fanny, a quien le regalé, por su cumpleaños, otro par de guantes de piel.

Me pongo mis guantes y noto mis venas bajo su piel. «Su piel» es también mi piel.

Apenas hay marcas en ellos, sus pliegues son solo el envejecimiento de mi cuerpo, una muestra digna y elegante, quizá, del llegar a la edad madura.

Una mujer muy joven no debe llevar guantes, leí en alguna novela del siglo pasado. O quizá lo inventé.

No se trata de ocultar unas manos feas, ni de realzar unas manos bonitas. Ni siquiera de embellecer un conjunto, el traje de fiesta o el traje de cóctel.

Los guantes muestran más que esconden. Y, tras ellos (o con ellos), nuestras manos dibujan palabras que no sabemos decir, o que nos ha sido prohibido decir en vida.

Fanny: «Pedí pescado con hinojo y *creme brûlée*. Me gustó el mar que había enfrente, con ese color acero de barco, acorazado. El pescado estaba muy suave y perfumado, justo como a mí me gusta. El azúcar caliente expandió su olor a la hora de los postres».

Ruth-Ellen: «No sé el nombre en francés de esa flor que recogí del suelo, junto a una villa de techo inclinadísimo y ventanas cerradas. ¿La había dejado caer alguien a nuestro paso? Me la puse en el ojal y la llevé todo el día allí, hasta que me cambié de traje por la noche, sin marchitarse un poco siquiera».

Yo misma: «He cambiado dólares por francos franceses y marcos alemanes en el hotel, el director me ha dicho que, si alquilamos un coche para una semana, podremos recorrer toda la región partiendo cada día desde aquí. También alquilan automóviles con chófer, pero Fanny y yo sabemos conducir. Es más, Fanny es una experta. Se ata un pañuelo a la cabeza, baja el cristal de la ventanilla todo cuanto puede, y conduce tan airosa como si montara a caballo».

Me doy cuenta ahora, mientras leo estas anotaciones, que, al encontrar a aquellas amigas, una parte de mí volvió a algún punto de mi adolescencia. Hay una sensación de camaradería, e incluso de ingenuidad, en cada nota mía. Mis amigas parecen mucho más adultas en cada palabra.

Pero ni me importó entonces, ni me importa ahora. Quien escribía todo aquello dentro de mí y fuera de mí quizá se estaba desprendiendo de la vieja piel para ajustarse una piel nueva, y aquellos guantes y todo lo que había en torno a ellos, sobre o bajo ellos, era la nueva vida que tanto había anhelado: no una fuga de fin de semana, ni un capricho de mujer desocupada, sino «algo más», indefinible en buena medida. Aunque tal vez no hagan falta palabras para nombrarlo: todos, estoy segura, todos lo hemos sentido alguna vez.

Fanny, con su letra menuda: «Las mujeres no son mejores ni peores que los hombres, pero saben mejor cómo vivir en soledad».

Ruth-Ellen, de trazo amplio: «Solo las mujeres pueden llorar al reír de un modo especial. Quiero decir con esto que las mujeres ríen y lloran de un modo único».

Yo misma: «Leo en voz alta pasajes de algunos pequeños pensadores franceses a mis amigas. Son unas pocas notas que he tomado de distintos libros de mi tío Marcel. En ellos se habla de las mujeres con tonos muy diferentes. Desde el halago hasta la crítica más estúpida. Algunas, incluso, de tan burdas, nos mueven a la risa desaforada. Otras nos indignan, sin más».

Ruth-Ellen se enamoro varias veces durante aquel viaje. Unos amores tiernos y a la vez divertidísimos, pues ella misma se reía de su actitud complaciente, luego negativa, más tarde con notitas y rechazos y peticiones. Conoció a varios hombres que cayeron rendidos ante su belleza franca y opulenta. Fanny y yo nos «escondimos» en todo momento tras ella. Fuimos, como insistía Ruth-Ellen divertida, «demasiado frías y corteses».

Pero en realidad la diversión estaba de nuestro lado, pues éramos Fanny y yo quienes asistíamos encantadas y sonrientes a aquel teatrillo que protagonizaba nuestra amiga, en el que los galanes, muchos de ellos de aspecto anticuado, entraban y salían *con flores o regalos o promesas*. *Con todos* ellos coqueteaba Ruth-Ellen y a ninguno, según nos contó, le entregó más que palabras lisonjeras que envolvían una negativa rotunda.

«Puedo enamorarme de todos a la vez, pero de ninguno de modo individual», se burlaba ella. Necesitaba que todos aquellos hombres (desde muchachos hasta casi ancianos) la rondaran como en un juego, pero ninguno representaba verdaderamente al hombre que le habría gustado conocer.

«No será aquí donde suceda», suspiraba, también entre risas, Ruth-Ellen.

Aquellos momentos de juego y risa llegaban a la hora del desayuno y culminaban en la cena, pero el resto del día era para el mar tronante, para las excursiones en coche o a pie, con las olas batiendo los costados de la tierra, con las gaviotas planeando por encima de nuestras cabezas.

En las playas azotadas por el viento había restos de otras vidas que había lanzado el mar hasta allí: con su pequeñez mostraban vidas también pequeñas quizá, pero había en ello algo que me ponía melancólica, pues me recordaban también la muerte de mis padres en aquel barco bombardeado por los alemanes durante la guerra.

El mar embravecido, sin embargo, me calmaba, y me consolaba de un modo que antes no había conocido. Más aún que las montañas y su muy distinta inmensidad.

Tenía razón Fanny: era un gris acorazado. De máquina en vez de naturaleza. Pero aquella máquina podía abrazarme: sentía su voz en mis oídos, sentía su aliento fresco, y su esplendor ante mis ojos era el esplendor de algo que había llegado desde muy lejos, desde otra galaxia incluso: aquel mar era como un dios omnipotente: podía protegerte del resto del mundo, del resto de la naturaleza, y su furia contenida no era furia sino el ímpetu admirable de lo irracional.

Se trataba, claro, de una «irrazón» distinta, o de una razón que no se regía por los parámetros del mundo ordinario. En presencia de aquellos paisajes solitarios y duros, cada una de nosotras se encontraba a sí misma.

No se trataba de un mar, sino de un gran espejo. Su azogue era ese universo, esas galaxias distintas a la nuestra. El reflejo de nuestros rostros y cuerpos diminutos nos llegaba más puro, más limpio, como si la sal hubiera arrancado, con su rudeza, las costras de los viejos sentimientos, de los días muertos, de las desgracias aparentemente insalvables.

Aquel mar fue mi tercer amigo durante el tiempo de la reconstrucción.

*Nada pesa tanto como un secreto:  
es una carga que abrumba al sexo débil;  
y, respecto a esto, conozco a muchos  
hombres que son mujeres también.*

*LA FONTAINE*

Fotografías.

Ayer hallé por casualidad una fotografía del hombre que sería mi segundo esposo en un periódico viejo.

Había tres ejemplares, muy bien plegados. Él aparecía fotografiado en la penúltima página, donde se publicaban los ecos de sociedad y unas notas de cultura: conciertos, conferencias y alguna visita a Europa de las estrellas cinematográficas de Hollywood. Dejé los tres periódicos en la misma maleta donde los había encontrado mientras buscaba el maletín del tío Marcel.

Y esta mañana ha llegado una fotografía de Margaret o Maggie o Mag en la que ya no se parece tanto a mí. Su frescura es muy otra: parece una joven norteamericana salvaje. Nada hay ya en ella de mi coraza ni de mi rostro distante: es más pura su mirada, más limpia, más hermosa. Y su aspecto no ha perdido en nada distinción. Ahora, por fin, es la reina de los campos abiertos. La he envidiado un poco.

Y luego me he sentido muy feliz por ella.

He corrido hasta el teléfono para llamar a mi prima. Hasta que he recordado, de repente, el cambio horario y me he sentado junto a la mesita del teléfono para admirar de nuevo esa fotografía resplandeciente.

He estado de buen humor toda la mañana.

Después de comer he bajado hasta el centro caminando y en un laboratorio fotográfico he pedido que me hicieran una copia para enviársela a Fanny.

—Tendremos que hacer un internegativo, señora, si no tiene el negativo original —ha dicho con amabilidad el dependiente, que, enseguida, ha añadido —: Es idéntica a usted.

Sé que me he ruborizado. He negado con la cabeza y he sonreído cuanto he podido.

—Gracias... Es alguien de la familia.

He dejado mi nombre y mi número para que me avisaran cuando la copia estuviera lista, luego he paseado un poco sin pensar hacia dónde caminaba. De repente, como guiada por el eco del pasado, me he encontrado junto al taller donde encargué mis guantes preferidos.

Todo sigue igual. La misma campanilla, el mismo color en la fachada recubierta de madera.

He mirado a través de uno de los pequeños escaparates y he sorprendido a varios jóvenes empleados tomando un refresco y bocadillos. Una de las chicas me ha sorprendido y ha salido desde detrás del mostrador para abrirme:

—Disculpe, señora, estamos de celebración: es mi cumpleaños. Y como hemos cerrado hace media hora, estábamos preparándonos para salir... Pero puedo atenderla un momento si necesita algo o viene a recoger algún encargo.

—Solo miraba, de veras. Hace tiempo que no pasaba por aquí y recordé unos guantes que me hicieron cuando llegué a Zúrich.

—Enseguida he sabido que era usted extranjera —ha dicho la chica con amabilidad—. Por su aspecto diría que es francesa —ha seguido; luego, como si hubiera reparado en mi acento—: o inglesa... Perdona, soy una entrometida. ¿No quiere un refresco?

He rechazado el refresco con una sonrisa y he dudado si explicarle que era a la vez francesa e inglesa y suiza y... norteamericana e israelí y árabe y... He vuelto a casa en taxi y he llamado, por fin, a mi prima.

—Hoy he conocido a una chica tan simpática que podría ser tu hija —le he dicho en cuanto nos hemos saludado—. Sí, hoy todo el mundo ha olvidado la formalidad suiza.

Soy consciente de que los tiempos verbales de esta historia cambian como mi estado de ánimo: me acerco o me alejo a lo vivido con solo cambiar ese verbo. Si duele, me alejo. Si soy feliz, me acerco.

Abro al azar el último libro de mi estante dedicado a Virginia Woolf: *La muerte de la polilla y otros ensayos*. 1943 (suspiro al leer esta fecha). Readers Unión / The Hogarth Press / Londres. ¿Dónde compré este ejemplar? ¿Fue impreso en América? En alguna parte se indica que hay una edición anterior impresa en Gran Bretaña. Busco mis gafas. Virginia (eso puedo verlo sin gafas) lleva un pañuelo al cuello y los labios pintados y bien perfilados en la gran fotografía que ocupa toda una página. El pelo con la raya al medio, y tal vez recogido por detrás. Una sortija en el dedo meñique de la mano derecha.

Parece un poco distante. Como yo.

Soy consciente de que estoy envejeciendo. Y de que al fin sé que deseaba envejecer.

No tengo miedo a la muerte, pero me gustaría vivir diez años más al menos para hacer nuevos amigos y conocer a los hijos de Margaret o Mag o Maggie.

Los dos abetos que me separan de la calle parecen más tupidos que nunca, y apenas llega hasta este cuarto la luz del exterior. Enciendo una lámpara de suelo y llevo hasta el sillón contiguo un álbum lleno de recortes con las hazañas de Saul en su avión. Algunos artículos están escritos en lenguas que no puedo leer, pero intuyo lo que dicen.

Hacía tanto tiempo que no buscaba entre los objetos del pasado que he tenido miedo de «recaer» en las viejas enfermedades.

Pero no sucederá más. La nueva firmeza que adquirí en el espejo del Mar del Norte no solo fue un bálsamo, sino también un escudo contra las derrotas

del mundo que habrían de llegar antes o después. No solo luchaba, no solo luché, contra el pasado, sino también contra las miserias que habría de encontrar de nuevo antes o después: en el orfanato en el que comencé a colaborar con Fanny; en la biblioteca del Barón Sch..., dedicada a los grandes músicos de todos los tiempos.

El hijo del Barón me recordó siempre a aquel hombre «Victoriano» que abandoné en Londres. Y trabajar a su lado dos días a la semana fue el pago al que me obligué para no olvidar cómo había escapado de lo aparentemente «irremediable». Me volvía más fuerte en cada encuentro con el hijo del Barón, quien, acostumbrado a su esposa y amantes dúctiles, quiso encontrar en mí a una amiga sobre la que descargar su vehemencia de conquistador, por un lado, y de alcohólico, por otro.

En realidad, el alcohol y su vehemencia eran la misma cosa. Incluso sus dotes para el cortejo constante.

Cuando dejé aquel trabajo, en el que me empeñé por gusto y pasión por la música y la lectura, el hijo del Barón lloró ante mi mesa lágrimas de coñac y me pidió que no lo dejara allí solo.

Yo sabía que el testamento de su padre lo obligaba a trabajar entre aquellas cuatro paredes hasta el día de su propia muerte si quería disfrutar de la herencia.

A él, esto le parecía una condena. Para mí habría sido un testamento feliz.

Pero él detestaba aquella música y aquellos libros. Es más, detestaba a todo aquel que se interesara por ellos. Salvo a las mujeres bonitas.

Su aspecto era muy elegante, pero su zafiedad resultaba manifiesta. Sus maneras aparentemente refinadas apenas ocultaban su carácter verdadero. Pero hay algo que siempre le agradeceré: fue él quien me presentó a mí segundo amor, y aún hoy sé a ciencia cierta que ya entonces, aquella tarde primaveral y extrañamente calurosa, de ventanas abiertas y aromas nuevos, adivinó que entre el recién llegado, un viejo conocido suyo del colegio en Italia, y yo pronto surgiría algo que iba más allá de las partituras de los viejos compositores y de las cartas con cuidada caligrafía del viejo Barón muerto.

Nunca imaginé que para renacer yo, tenía que renacer el amor dentro de mí.

Nunca imaginé que pudiera amarse de dos modos tan distintos pero igualmente verdaderos.

Nunca imaginé que de nuevo podría ser feliz junto a un hombre.

¿De qué estaba hecho mi dolor, de qué mis deseos de muerte? Tantas veces deseé desaparecer, volverme cosa o piedra o nube.

No por la extinción de las vidas de mis seres amados, sino por la extinción de todo anhelo de vida dentro de mí.

«La convicción de que seguiré adelante». Leído en el diario de la suicida Virginia. Y aunque ella no siguiera adelante, yo debo. Tantas veces me dije «yo debo» que perdí la cuenta.

Al releer mis propios cuadernos de aquella época encuentro «asociaciones» inesperadas: estados de ánimo que clasifico, o poco menos, con distintos colores. Como quien toma un traje de su vestidor en función, no del tiempo que hace en la calle, sino del tiempo «que hace» dentro de sí.

Hay listas de colores. Y, en los márgenes, algunos dibujos de formas infantiles: triángulos, cuadrados, círculos. Acumulaciones de formas que fueron dibujadas siempre en los márgenes.

Escribo «fueron» porque no recuerdo cuándo ni por qué las dibujé. Tal empeño fue borrado de mi mente hasta el día en que volví a abrir tales cuadernos.

Si ahora miro con detenimiento cada dibujo, no encuentro ya un círculo o un triángulo o un cuadrado, sino un sol, el tejado de una casa y la propia casa. Y no es esta «interpretación» un juego de niños, sino un juego de adultos: ahí, en esas líneas convertidas en círculos o cuadrados, hay un proyecto de vida.

¿Con quién habitaría la casa?

¿Cómo calienta ese sol, en qué latitud está?

Ir y volver por los meandros del pasado, o mejor dicho: por los vericuetos de nuestra mente en el pasado, resulta un ejercicio agotador. Y agota porque es extremadamente despojado, es decir, el tiempo ha depurado todo lo accesorio y solo queda hueso y piel y poca carne... Y mordemos esa carne como si no fuera nuestra.

Es intenso y delicado a la vez el sabor del tuétano. Pura animalidad: papel de seda encerrado en un círculo (otra vez) de dureza quebradiza.

Rascar con un largo tenedor de puntas muy afiladas y estrechas dentro del hueso también estrecho para extraer el tuétano, que es palimpsesto igual que esta novela de mi vida: sucesivas acumulaciones de experiencias no dichas antes. No dichas, al menos, a los extraños.

Y, en algún punto, encontrar decisiones: dichas, sí, en voz alta a las nuevas amigas.

*«¡Esperadme, esperadme!», escribe Lewis Carroll y pide Alicia a sus extraños amigos.*

Todos somos «extraños», escribí yo misma al pie de la nota anterior, de esa frase en cursiva, con letra minúscula y cuidadosa, pues tenía todo el tiempo del mundo para ello.

De hecho, lo único que tenía era tiempo.

27 de octubre y sensación plenamente invernal en el ambiente, en todo cuanto me rodea.

Espero en el aeropuerto un vuelo que me llevará, tras dos escalas, a Israel.

No asistí al homenaje que le hicieron a Saul, con pompas y músicas y paradas marciales, al cumplirse cinco años de su muerte y de la de sus compañeros de escuadrón; pero he decidido viajar ahora, cuando puede atisbarse un tratado de paz con sus «enemigos», para encontrarme con su recuerdo más puro. Voy a entregarle un poco del nuevo amor que siento por otro hombre, al que le he hablado de este viaje tratando de encontrar su comprensión y su fortaleza, que me ha concedido con una dulzura de gestos que no le corresponden: por su altura, por su corpulencia, por su aire tan masculinamente desgarbado.

Pero fue tierno su asentimiento.

La tumba de Saul no es una tumba. Viajo para hablarle a las cosas del mundo, es decir, a lo intangible, a lo que es tan diferente para cada uno de nosotros.

(Entre lo no dicho: echo de menos los olivos de Tierra Santa, cómo huele el mar al aproximarse a la costa, la capa de luz y sal y calor del Mar Muerto).

Escribo en presente encerrada en el tiempo nuevo de la escritura. Mi ser mujer se impone a mi ser escritora cada poco, y me levanto de esta silla y abro las ventanas y quiero ocuparme en las pequeñas cosas en las que se ocupan los desocupados.

Mi vida se ha vuelto más fácil desde que ha reaparecido el amor y su consuelo exacto.

Las tareas que antes me urgían, incluso el compromiso con la realidad y el mundo, urgen menos ya. Vivo el egoísmo del amor, y quiero apartarme de todo cuando estoy con él, con ese nuevo hombre: en las montañas, junto al mar, en la campiña.

Quiero alejarme hasta los cauces de los ríos, dormitar sobre una manta de hierba y una manta de Escocia; tomar el sol en la negligente barca que se desliza graciosa por ese cauce; no llevar sombrero, llenarme de pecas y sentir el rojo intenso en las mejillas.

La plenitud se nos concede en contadas ocasiones. Doy gracias por haber alcanzado ese don la primera vez y la segunda vez.

Abro las ventanas, no hace frío ahora ni siquiera cuando hace frío.

Atiendo a quienes se acercan hasta casa como si fueran los mejores amigos, incluso a aquellos a los que apenas conozco y que hasta hoy son solo sus amigos, los de él.

Él es quien toca su música en el piso de arriba. Luego llega el silencio: ¿anotaciones en la partitura? Vuelve, al poco, la música. En la lista de las tareas pendientes más música, entre las patatas de la cocinera y la lista de invitados para el concierto más música. Ahora tan presente que es aislante de lo marchito a la vez que amiga íntima. Produce algo así como un ensoñamiento, y todo, dentro de ese estado, es ligero y cálido.

Ya no tengo sueño al despertar, miedo al dormir. Y daría igual, estoy segura, que él viviera a diez mil kilómetros de mí. No «es» él, sino el amor. Ese es mi único secreto.

*A fuerza de hablar de amor;  
uno llega a enamorarse.*

*BLAISE PASCAL*

Confieso ahora mi cercanía a Leonard Woolf, siento devoción por su amor y amistad incondicional. Por su compañerismo, por su humildad. En todo retrato, firmado o no por su esposa Virginia, Leonard es el hombre-mujer, el ser perfecto.

En el diario de Virginia me encuentro con la vanidad de esta y, también, con sus virtudes. Es una mujer de la que seguir aprendiendo, pero cada vez más pienso en Leonard, tan para ella. Puedo verlo mientras prepara con esmero la encuadernación de los volúmenes que luego cobijarán las notas de su esposa. El papel de colores para las guardas: italiano, escribe él.

¡Veintiséis cuadernos!

El compañero, el hombre-mujer dispuesto siempre a «borrarse» a sí mismo para que nada obstaculice el refulgir de ella, la mujer-hombre... Vengo hasta mi propio cuaderno y anoto solo una fecha.

He decidido pasar todo el día de hoy frente a estas páginas blancas también encuadernadas con esmero. Un artesano de manos firmes y pulidas, casi sin huellas en los dedos, me las entregó el mismo día en que él, mi hombre, se declaró.

De una manera romántica que no excluyó el conato de humor. A punto estuvimos de soltar la risa ambos.

«Los maduros», dijo él al abrazarme.

Me he propuesto no hablar de él más que lo necesario en estas páginas. Dejar solo su sombra, no nombrarlo, no dibujar sus rasgos. Dejar un vacío de años, años felices, no centrar la escritura más que en la propia escritura, y en los objetos que se alzaron en medio de la felicidad: un jarrón portugués muy antiguo y lleno de grietas, con sus colores tan hermosos ya desvaídos y puros; un sombrero de verano que pronto pasará de moda pero que guardaré mientras

viva: por los momentos que trae al recuerdo, por qué y cómo nos acompañó.

No quiero nombrarlo a él.

Sí los guantes de piel verde, más suaves aún que cuando me los puse el primer día, que cuando se los puso el primer día.

Esa mujer en tercera persona soy yo.

Van pasando las horas de este día de recuento y atemporalidad. Vivo en mí y a la vez lejos de mí, en las mujeres que fui. En primera, segunda y tercera persona. En los pliegues bajo este vestido que me gusta llevar en casa, anticuado un poco como yo, gastado como algunas de mis expresiones favoritas, liviano de tan usado y a la vez comfortable.

Me doy cuenta de que siempre he buscado una nueva piel para mí.

De que la alfombra sobre la que he descalzado mis pies es de una lana que fue piel, y la elegí como si fuera manta y abrigo.

Me doy cuenta de que siempre he tocado con parsimonia, «detenidamente», aquello en y dentro de lo que debía vivir.

Y me he rodeado de cosas bellas cuyo valor monetario era escaso: lo que hay más allá de la ventana siempre estará por encima de lo que se encuentra más acá de la ventana.

Cabrían en una cuartilla las cosas que necesito para vivir. En media cuartilla. En el reverso de una tarjeta de visita incluso.

Al azar, ya casi entre sombras, pues el día está muy avanzado, veo un dibujo enmarcado. Lo compramos en Irán. No sé de su valor, solo de su belleza. El cristal empaña algo la liviandad y la delicadeza de su trazo: por muy transparente y fino que sea este cristal.

La madera del marco, con un leve barniz, ha ido envejeciendo como yo, adquiriendo manchas como la gente de edad.

Dejo de escribir.

Ella deja de escribir.

Pasan las horas. Llegan más sombras, o estas lo poseen todo.

Se está bien así: mirando cómo oscurece, sin encender las luces, esperando que aparezca la luna.

Esta tranquilidad es símil de la vida, o al menos de estos años de la vida, en los que, sobre el papel, confundo presente, mucho pasado y escaso futuro. Es un don que la memoria se rehaga, y que la escritura recree lo primeramente

creado en la carne. Dejo el cuaderno.

Bebo un poco de agua en la cocina. Apago las luces, subo de nuevo a mi estudio. Abro el pequeño armario lleno de cajas de cartón: fotografías, cartas, mapas llenos de anotaciones.

Busco El Cairo en uno de ellos. Escribo una nota en mi agenda para comprar un billete de avión.

Me siento de nuevo ante mi cuaderno.

«El resplandor de lo que apenas resplandece», según Charles Baudelaire. Es la noche y la hora y la luna y esa luna en el vaso de leche que, de repente, quisiera beber. Pero sé que no queda leche en casa.

Sonrío ante mi deseo infantil. De mujer que pronto será anciana. «Queda mucho para eso», ha bromeado Fanny al teléfono en la única llamada que he hecho hoy.

Al escribir estas palabras sé que el hombre ya ha caminado por la luna, pero no dejo de mirarla sintiendo que aún me parece territorio no hollado.

O necesito que sea así.

En la luna siento otra forma de amistad.

Una lamparita de luz tenue que ahora prendo, las cortinas a un lado y como enmarcando la «escena»: una mujer que escribe en su estudio, en su cuarto, el que ella y él dispusieron en la nueva casa antes de casarse. Es ya una mujer «en tercera persona».

Una puerta muy estrecha, pero altísima, une su estudio al de él, que tocaba su música «junto» a ella mientras vivió.

Lo ha escrito como si se refiriera a otra mujer, a otra persona. Y lo ha escrito en paz.

Con esa luna llena se siente acompañada. Baja la cabeza, escribe, vuelve a levantarla. Ni suspira ni sonríe. Solo habla con el papel, y muy pronto en voz alta, aunque consigo misma. Ha llegado la edad de decírselo todo en voz alta, incluso por la calle, de eso está también segura.

¿Un búho, una lechuza, qué animal en esta parte del mundo?

Los depredadores nocturnos son blancos o grises, se camuflan con la luz de la luna.

Si gira la cabeza un poco, su rostro se refleja en el cristal de la ventana. Ahora, un poco más hacia el norte. Baja la barbilla, entorna los ojos, juega.

No es una anciana todavía, tampoco una mujer joven. Los ángulos aún afilados de su cara se dulcifican cuando escribe la palabra «edad».

Ha superado la de sus padres, y está a punto de superar la de su tío Marcel. Sabe que no es justo, pero se siente afortunada.

La vida.

**EL LIBRERO DE PARÍS Y LA PRINCESA  
RUSA**

## **PRIMERA PARTE**

*Estaba más preocupada de su estado interior  
que de los objetos que lo causaban.*

*JEAN-FRANÇOIS DE BASTIDE*

París, 196..., calle Nicolas Flamel. ¿Cuántos meses viví allí? ¿Cuántas veces caminé hasta el cercano Sena, cruzando la Rue de Rivoli? ¿En cuántas ocasiones, después de visitar a la Señora S., pariente lejana de Saul, el viaje de ida en un taxi, tomé de vuelta el autobús 96 y me bajé en la Rue de Turenne para caminar un poco, no demasiado, pues me cansaban aquellas largas conversaciones sobre muertos y ausencias, hasta llegar a «casa»?

—*Bonne soirée, madame* —se despedía el conductor del pequeño autobús, casi siempre el mismo: un hombrecillo del sur, quizá corso, por su acento y amabilidad, algo achaparrado, hundido en su asiento; pero *integrado* en él, es decir, parte ya de él como una estatua y su peana. A su lado, en el mismísimo suelo del autobús ¿verde? un gran bolso de cuero desgastado y siempre abierto: un termo, una pequeña cazuela de latón tapada, una botella de vino, una o dos revistas arrugadas que parecían de boxeo u otros deportes (de hecho, en alguna ocasión, el hombrecillo contó a otro de los viajeros habituales que había sido boxeador en su juventud, mucho antes de la última guerra) y, finalmente, lo que parecía una armónica. Aunque una vez, pues siempre me fijaba en ello al bajar y despedirme con poco más que un gesto, para no iniciar una larga conversación sobre el tiempo o la ausencia de alguno de los que seguían aquel mismo trayecto, cambió la armónica por una flauta. Una flauta, por lo que pude observar, aunque solo sobresalía del bolso una mitad, muy rústica, como tallada a mano por el propio conductor. Y al bajar, y pasear hasta casa, comencé a pensar en sus días de asueto, en su familia, en su pequeña felicidad, o grande: pues había sobrevivido a la guerra, donde había luchado, como también nos contó alguna vez, y en cómo serían sus hijos, si es que los tenía.

Hijos. Había pensado en ellos, en los que yo nunca tendría ya, muchas

veces durante los dos últimos años. Y al fin, salvo aquel día, tras visitar a la Señora S. y discutir con ella por su opinión acerca de algunos de mis amigos franceses, demasiado bohemios, «demasiado» escritores para ella, no había vuelto a pensar en hijos. Si acaso en los hijos de las novelas rusas que leía por aquel entonces, tan tristes y tan verdaderas como hermosas, llenas de vida; es más: hechas con jirones de vidas que podíamos palpar casi, que reconocíamos, de hombres y mujeres, sobre todo mujeres: yo quería comprender a mis semejantes, sus miedos, sus penas, sus muertes también, como si la muy joven viuda que era yo ya se preparara para el encuentro con, o necesitara, mejor dicho, una verdadera mujer rusa, con la Princesa, que fue mi amiga algún tiempo, pero que, al poco, demasiado «al poco», desapareció sin dejar rastro alguno, ni una nota de despedida, y menos, como insinuó más de uno, de suicidio.

Conocí casi al mismo tiempo al Librero y a la Princesa. Y poco tiempo después, cuando le confesé a esta que llevaba un diario, en realidad varios cuadernos de notas, donde escribía todo lo que recordaba de los días pasados o lo que vivía día a día en el presente, ella, la Princesa, me pidió, me rogó, que jamás, si un día no podía soportar, así lo dijo, dejar de escribir sobre nuestra amistad, me pidió, sí, me rogó que nunca diera los detalles reales, que nunca desvelara su nombre ni su dirección ni de dónde procedía o quién había sido su esposo o quién su padre o cuáles sus amigos, me rogó que la describiera como una mujer sin demasiadas penas que había vendido sus joyas, una a una, durante algún tiempo, aunque sonara a historia de rusos exiliados, pero tan solo mientras le llegaba una cantidad de dinero que le adeudaban, es decir, que nunca había sido demasiado pobre a pesar de haber huido de su país, más bien por decisión de sus padres que por decisión suya, pues siempre había sido, insistió, «curiosa», y confiaba «en el género humano» y, sobre todo, en los rusos, los rusos de «todo tipo», cuya integridad, insistía también, estaba por encima de las veleidades políticas, de las revoluciones incluso; y me pidió, insistió y casi lloró, que no la retratara como una mujer de las que llenan las novelas de exiliados, tan aburridas para ella, sino como alguien que había sido muy feliz en París, tanto como podía serlo una mujer que, al igual que yo, había perdido muy joven a su esposo, un esposo no impuesto, no «concertado», sino real y verdaderamente amado, y dueño de un humor, así lo dijo, que alegraba cada momento de la convivencia, incluso cuando había estrecheces, o cuando se enfrentaban a los padres de ella, quienes ejercían de gobernantes de toda una *troupe* de parientes bien distintos y *descabalados*.

Y también dijo, sí, también dijo, «no escribas jamás que soy una princesa,

pues si acaso, si existiera la posibilidad de recuperar mi título y mis propiedades, sería poco más que lo que aquí llamarían baronesa o vizcondesa o...», y nos reímos, porque pensé que era como una de aquellas mujeres del último Balzac, aunque no se lo dije, pero tampoco le prometí aquello, pues para mí siempre sería la Princesa, y no por sus títulos sino por su elegancia y su aura de princesa de cuento, es decir, de verdadera princesa.

El Librero, sin embargo, me pareció muy poco elegante la primera vez que lo vi, era martes o miércoles, cuando acompañé a la Princesa hasta su librería, no muy lejos en realidad de mi casa, pero que no había visitado nunca pues se encontraba al fondo de uno de esos patios parisinos por el que antes accedían los carruajes de la familia propietaria y ahora solo bicicletas y vecinos, ni siquiera ya automóviles, pues los garajes se habían convertido en pequeñas tiendas: era por tanto una casa «venida a menos», pero hoy sé, al recordar aquella primera visita a la librería, que lo que me decepcionó tanto como me sorprendió, pues la Princesa se había referido al Librero como a un hombre, y no es broma, «principesco», fue aquel guardapolvo azul desvaído que usaba, se apresuró a aclarármelo, los días de limpieza en alguna de las habitaciones de la trastienda, y unas gafas de concha mutiladas, mal encajadas en su rostro de aspecto, este sí, tuve que confesármelo, noble, a pesar de la barba de dos días que mostraba; unas gafas unidas en el centro, sobre la cabalgadura de la nariz, por una estrecha tira de esparadrapo. Me sorprendió, y me alegró, pues todo me parecía señal de que era una mujer sin prejuicios, que aquel hombre fuera el hombre al que ahora, en secreto, amaba ella, la Princesa.

La Princesa acudía allí en busca de libros del siglo XVIII o XIX, pues, por alguna razón que no comprendí del todo, y que le repliqué en más de una ocasión, detestaba la literatura de sus contemporáneos.

Gracias a ello había intimado con el Librero, y cuando digo «intimar» me refiero en realidad a «entablar» algo así como una amistad entre lector y lector.

El Librero había conseguido que la Princesa leyera a todos los autores de la Ilustración, sobre todo a los del famoso Diccionario, y tras esta suerte de prueba de fuego la había introducido en el mundo de su escritor «favorito», como solía recordarme ella: Jean-François de Bastide; un autor de comedias y dramas menores, según los eruditos, pero magistrales según el Librero.

«Una prosa que tiene algo de religiosidad», solía decir él para regocijo de la Princesa, quien había abandonado la Iglesia de sus mayores y se había convertido al catolicismo al poco de llegar a París, después de coquetear con la idea de «bautizarse» protestante.

Donde el Librero decía «de religiosidad» podría haber dicho «de oración», pues en realidad se refería al tono verboso, como de letanía, de De Bastide, del que pronto leí yo también más de un libro, y del que solo disfruté de sus cuentos, estos sí relevantes, incluso me atrevería a decir magistrales en algún caso.

La Princesa me leía en voz alta y con la ventana abierta, a pesar de la primavera atrasada, es decir, del frío casi invernal: «Trémicour volvió a obedecer. Su docilidad no era un sacrificio. La turbación de un amante equivale a una confesión, y puede incluso ganarle algún favor».

Como los personajes de las historias de aquel escritor, la Princesa se rodeaba de bronce de Cafieri y de biombos con pinturas de Huet, tras los cuales —se trataba de dos biombos un poco agostados ya, quién sabe de dónde procedían—, cuando atardecía, colocaba una luz muy tenue, una lamparita sobre el suelo de madera directamente, aquel suelo de alfombras muy bellas pero también desgastadas, para producir un efecto teatral que nos acompañaba el resto de la tarde, que acompañaba nuestras lecturas: primero en voz alta, y siempre con la voz de la Princesa llenando la estancia, con su francés casi sin acento y un cierto deje melancólico y encantador, y después las dos al unísono, pero ya en voz baja, una frente a la otra, hasta que llegaba la hora de cenar o despedirse.

—Querida Mary Ann —dijo un día la Princesa, carraspeando un poco primero, y colocándose uno de sus delicados bucles sobre la oreja izquierda, algo más pequeña que la derecha, aunque también puntiaguda e infantil—, querida amiga, le llevo solo quince años, o quizá dos o tres más, pero en ocasiones tengo la sensación que soy muy vieja a su lado. Usted, a pesar de la reciente pérdida de su esposo, está llena de vida, y yo solo vivo en las páginas de algunos autores muy pero que muy ancianos, todos ellos muertos hace un siglo al menos, y entre los anaqueles que gobierna un hombre que no sabe que es amado por mí... Ya lo sé, parezco un poco ridícula, y fatua también, pues dará la sensación de que creo merecer mucho más de lo que tengo o de lo que

se me debe: no se preocupe, no me importa resultar ridícula de cuando en cuando, ello me humaniza, me hace sentir, como le decía hace un instante, viva, me hace sentir, y perdone la broma, tan viva como quienes me gritan en la calle cuando hay un socavón en el suelo o quieren venderme el diario de la tarde en una esquina. ¿Conoce esa mercería al lado de Saint-Paul que regentan dos hermanas también viudas? Son dos mujeres opulentas, entradas en carnes, felices siempre, y «gritonas», por eso las recuerdo ahora: una grita con voz grave, la otra con voz muy fina. Y cuando digo «gritar» me refiero a alzar la voz tres o cuatro veces por encima de lo normal. Parece que sus clientes somos siempre sordos, pues ya al abrir la puerta de la calle nos llenan sus dos voces, que llenan también el angosto espacio repleto de mercancías que solo interesan a las mujeres desocupadas como yo y a las empleadas de otras mujeres desocupadas. Las modistillas y las costureras de los grandes almacenes ya no acuden allí, pues todo es más caro que en las grandes mercerías de Bastilla, las de los armenios o turcos. Pues bien, yo acudo hasta allí para sentirme colmada con las voces plenas y algo brutas pero vitalistas. Ningún médico podría curarme con inyección o fármaco alguno como me curan allí. Son, lo sé, seis, siete minutos, una quincena si he de esperar a que acaben con otra clienta, pero lo suficiente. Muchas veces solo me llevo de vuelta tres botones, o treinta centímetros cuadrados de guadamecí, de un brocado que, les explico con mil detalles, todos ellos falsos, irá a parar a un cojín para una amiga, al centro de un cojín que primero ha sido confeccionado, y esa combinación las sorprende muchísimo, lo que me hace reír un poco también, pues nunca la he puesto en práctica, con lana del Himalaya. Así pasamos cinco minutos más, tratando de imaginar una y otra hermana, en voz aún más alta, pues se emocionan al pensarlo, cómo resultará el brillo de la seda sobre el tacto tan distinto de la lana. «Nos sorprende usted, señora», suelen decirme, pues muchas veces, harta de comprar botones, que guardo luego en esa caja de concha que tiene junto a usted, con el pequeño costurero encima, les planteo estos problemas que yo llamo «matemáticos», de una matemática que podríamos denominar rusa y exiliada.

Fue ese mismo día cuando la Princesa y yo comenzamos a tutearnos. Solo sucedería durante diez días exactos, hasta aquel domingo en que desapareció para siempre.

Mi restaurante favorito por aquel entonces ostentó durante algún tiempo el nombre de La Tour d’Auvergne, aquel personaje que tan ligado estaba a las pocas calles que formaban mi mundo —mi mundo era tan pequeño como la pequeña aldea francesa en la que había vivido tras la muerte de mis padres, víctimas de un ataque alemán del que salí bien librada pero herida para siempre en mi corazón y en mis deseos—. Se trataba del típico restaurante lionés, un *bouchon*, que luego cambiaría su aspecto, y hasta su nombre, para convertirse en un café a la americana, quizá porque al lado había un colegio y una pensión de chicas neoyorquinas de clase alta que se instalaban durante algún tiempo en París para mejorar su francés.

La Princesa no solía frecuentar ya los establecimientos rusos, o «para» rusos, del centro y las afueras, donde había demasiada nostalgia, decía, y demasiados negocios sucios, y donde se sentía más extranjera aún que en nuestras Cuatro Calles, *Les Quatre Rues*, como llamábamos a nuestro mundo de panadería, floristería y... Pero la Princesa no comenzó a frecuentar aquel restaurante hasta que yo la llevé un día. «Pensé que era uno de esos sitios donde has de comerlo todo hasta reventar», me confesó antes de atravesar la puerta del local. Era cierto que los restaurantes de Lyon, y sus *hermanos* en otras ciudades del país, tenían fama de pantagruélicos.

Pero en La Tour d’Auvergne no solo ofrecían a sus clientes monumentales cantidades de comida bañada en mantequilla y acompañada por purés de todo tipo, como era habitual, incluso como resultaba de esperar, tal y como sospechaba la Princesa, sino que ofrecía como alternativa un menú mucho más delicado y liviano, precisamente en las mesas del fondo, las más íntimas, alejadas de la conversación y la fanfarronería de los comensales que ocupaban siempre, con una ostentación ligada a unas gigantescas botellas de vino con

tres litros o más que les producían verdadero alborozo al cogerlas con las dos manos, las cuatro grandes mesas de madera que había junto al ventanal.

Al fondo, seis mesitas para dos personas, para cuatro si se juntaban dos mesas, medio en penumbra, donde algunas mujeres jóvenes, algunas parejas bien avenidas y, siempre, algunas ancianas bien vestidas, degustaban patés más ligeros, algunos quesos untuosos y verduras estofadas con carnes magras y muy cocidas. Los días que el mercado ofrecía las mejores variedades, el patrón del restaurante te cantaba dos o tres pescados fresquísimos para que eligieras y concluía con una especie de sermón que venía a decir que como no te decidieras pronto, te quedarías sin aquel manjar, y que si bien era cierto que aquel no era un restaurante especializado en el mar, sabían preparar el pescado mejor que en cualquier hotel de lujo de los bulevares.

Así que, si había pescado, la Princesa y yo pedíamos pescado tras unos frugales —insistíamos en ello— entrantes.

Éramos dos mujeres «demasiado delgadas» según el patrón, y las ojeras que exhibíamos, que no lograban ocultar del todo la ligera capa de maquillaje o polvos que nos aplicábamos, eran consecuencia, decía él, de aquella extrema delgadez.

La Princesa tenía otra teoría: no nos habíamos convertido en matronas porque no habíamos llegado a ser madres, nuestras caderas no se habían ensanchado. Ella, además, aseguraba que había sido una adolescente que se exiliaba —se casó años después de dejar Rusia, ya con edad para decidir por sí misma— tanto de la patria como de la comida de la patria, y que nunca había vuelto la gula infantil a ella, ni siquiera por los chocolates, mucho más especiados y cremosos, reconocía, que los que había tomado en su infancia.

Lo más seguro es que estuviéramos enfrascadas en una de aquellas conversaciones nuestras sobre caderas anchas o estrechas, poetas revolucionarios y contrarrevolucionarios de la vieja Francia o, tal vez, la estúpida guerra fría entre Rusia y mi país —otro de nuestros temas de entonces, muy presente en los diarios, la radio y la televisión, que yo nunca veía, por cierto, salvo en la casa, para, por supuesto, no tener que hablar más de lo debido, de aquella pariente lejana de Saúl—, cuando entró en el restaurante, quedaban siete días para la desaparición de la Princesa, el Librero con un pequeño paquete en las manos.

La Princesa tenía razón: era un hombre muy elegante. Ya no llevaba el guardapolvo desgastado, ni las gafas rotas, ni aquel aspecto de *bouquiniste* del Sena, sino un traje de un azul petróleo impecablemente planchado y que algún comentarista de moda habría definido como «ideal para combinar con una camisa de popelín blanco», lo que, sin duda, había sabido hacer el Librero. La corbata, supe tiempo después, había sido el primer, y el único, regalo, con una excusa banal, claro, por un libro rebajado de precio o regalado, que le había hecho la Princesa, y estoy segura de que el Librero la llevaba puesta aquel día para declararse ante ella sin declararse de viva voz, pues también supe tiempo después que, aunque nunca se lo confesara, él también la amaba.

Sobre aquel amor correspondido, pero en silencio, no puedo escribirlo todo, obligada por mi promesa, como ya dije antes, pero sí puedo describir el volumen que depositó el Librero en las manos extendidas, como convocadas por los ojos de aquel, de la Princesa.

No he visto encuadernación más delicada ni estampas más perfectas, de un color como de acuarelas puras, que las de aquel librito. Se trataba de una edición inencontrable, según el Librero, de uno de los mejores relatos, el favorito de la Princesa —y también el mío—, de De Bastide, *La petite maison*.

La cubierta, de tela, era roja, y resultaba tan placentero pasar la mano sobre ella, que daba la impresión de estar estrechando otra mano, una mano amiga y tibia. Las guardas, de un color que iba del verde oscuro al negro y que no puedo definir de otro modo, parecían haber sido pintadas también a la acuarela, por sus aguas y por sus transparencias. La tipografía, delicada y bien delineada, procedía, seguro, de alguna de las familias *esculpidas* por el

maestro Garamond.

La Princesa, como yo misma, se había quedado sin palabras tras saludar entre azorada y entusiasmada al Librero. Solo se atrevió a decir:

—Es demasiado.

Y luego calló.

Nuestro silencio, pues todos callamos, lo rompió la mujer del patrón con un plato, rural, desportillado y con gracia, lleno de quesos y otra frasca de vino.

—Es de este año. Su favorito —dijo mirando al Librero, que sonrió a la mujer y comenzó a servir el vino con prisa, quizá azorado también, en todas las copas.

—No es demasiado: es solo un librito humilde, uno de muchos —dijo cuando acabó con el vino.

Los tres sabíamos que mentía, pues no habría muchas ediciones como aquella.

Todavía hoy me pregunto cómo supo el Librero que la Princesa y yo comíamos en aquel restaurante ese día.

¿Nos había seguido desde casa de la Princesa? ¿Nos había visto entrar en el restaurante por casualidad y había corrido a buscar aquel regalo?

Pero tengo otra pregunta más: ¿por qué se lo había entregado a la Princesa delante de mí?

Recuerdo que entonces, tras aquel breve intercambio de amabilidades, el Librero, a quien la Princesa había devuelto el libro durante un instante, como rechazándolo otra vez, pero sin hacerlo del todo, comenzó a leer, abriendo una página al azar.

*—Estos árboles están dispuestos de manera que parecen forman un tresbolillo; están cubiertos de flores y cargados de candelabros cuyas bujías proveen una luz que en los espejos queda atenuada por el cuidado que se ha puesto al extender en el fondo de la pieza gasas más o menos espesas sobre estos cuerpos transparentes, magia que se acuerda tan bien con el efecto de la óptica, de tal modo que parece estar uno en un bosquecillo natural iluminado por el auxilio del arte.*

Al acabar este pasaje, el Librero se levantó casi de un salto, apuró, ya de pie, su copa, se sirvió otra hasta la mitad, miró a los ojos a la Princesa, luego

a mí, alzó la copa, brindó con una frase suya que podría haber sido de De Bastide y se despidió argumentando que tenía mucho trabajo y debía visitar a una anciana para comprarle la biblioteca de su marido.

—Siempre me apena esa tarea —concluyó, y se bebió la segunda copa casi de un trago, como preparándose para el encuentro con los libros de aquel muerto desconocido.

## SEGUNDA PARTE

*Era la primera vez que el amor se ofrecía a ella en su carácter propio, no porque no hubiera sido atacada nunca (lo había sido cien veces), pero cuidados y cortesías no son el amor cuando el objeto no gusta; por lo demás, estos cuidados y estas cortesías marcan designios, y una mujer razonable se ha acostumbrado desde temprano a desconfiar de ellos.*

*JEAN-FRANÇOIS DE BASTIDE*

Del amor entre la princesa rusa y el librero de París hay poco en De Bastide. O digámoslo de otro modo: del cinismo de De Bastide no hay nada en el amor que vivieron, meses, semanas, días, el Librero y la Princesa. Que yo sepa, ni siquiera hubo, no existieron, esas cartas que tanto gustan a los personajes del grafómano. ¿Cómo casa en esta historia ese dicho de Diderot: «El amor priva de espíritu a quienes lo tienen y se lo da a los que carecen de él»? ¿Qué hacer con esta frase que subrayó a lápiz la Princesa en una antología de pensamientos selectos de los *grands maîtres* del XVIII?

Guardo ese ejemplar desde entonces: no pude devolverlo nunca. Y nunca, pues llegué a ese pasaje tiempo después de su desaparición, pude preguntarle a la Princesa por qué había subrayado aquello. ¿Quién carecía de espíritu o quién había sido privado de él?

La palabra francesa «espíritu» es compleja, me he dicho muchas veces, al releer esa frase, y quizá la propia princesa, extranjera en el idioma como yo, la leyó de mil modos: como arte, como pensamiento, como alma, y le rondó por la cabeza durante algunas noches, noches en las que, tal vez, pensó en entregarse o en reclamar, al o el amor del Librero.

Claro que no hablaba de este como una chiquilla habla de un enamorado. Cuando se refería a su elegancia o a su porte lo hacía como cuando De Bastide se refiere a los trabajos de «decoración» de Tremblin en la Ópera o en Versalles: con admiración al mismo tiempo que con distancia. Hablaba, pues, la experta en belleza, no la mujer enamorada.

De Bastide amaba los fuegos artificiales, que iluminan muchas de sus páginas, de todo tipo, lo que resulta, sin duda, revelador; la Princesa, quizá, encontró un día que los libros más bellos también producen una luz artificial más allá de la del sol o la de la luna, una «luz china», según diría Pierre Loti,

otro de los autores que le recomendaba vivamente el Librero.  
Pólvora y magia; esplendor y sueño.

Solo conjeturas tengo.

«Ella no habría temido aventurarse si se hubiera sentido indiferente; pero la perturbación secreta que experimentaba la hacía temer todo». ¿Qué provocaron estas palabras en el interior de la Princesa? Palabras viejas en una nueva edición, o al menos intonsa, o al menos como recién nacida, de aquel relato de De Bastide.

No ignoro que bajo el texto late una pulsión sexual que la Princesa tampoco ignoraba. Pero es difícil saber si el Librero aludía a ella, la citaba al vestir y luego desnudar el pequeño volumen, de algún modo, es decir, si quería hacer partícipe de ella a la Princesa o tan solo convocaba aquel singular decadentismo, el mundo de otro tiempo, en ruinas casi, proceloso sin duda, y algo sórdido para algunos lectores más pacatos y menos acostumbrados a la literatura clásica, que nunca suele ser pacata, del mítico escritor. Y no ignoro que los abrazos y los besos y las encuentros amorios de *La casita* se producen precisamente en lugares que se sirven de ese término casi infantil como subterfugio, y, por qué no decirlo también, llevándolo todo de lo metafórico a lo arquitectónico, como refugio ante las miradas reprobatorias.

Pero en las habitaciones, en la casita, de la Princesa, noventa o cien metros silenciosos y entelados, nunca entró el Librero, hasta donde yo sé.

Si ella visitó la casa de él tampoco lo sé.

No hablábamos de ello. Ni siquiera aquel día en que bajábamos hacia el Sena por la Vieille du Temple y nos detuvimos ante el escaparate de una tienda de encajes de todo tipo, también para confeccionar ropa interior femenina.

—Si de verdad fuéramos parisinas, hablaríamos de escarceos amorosos y encuentros furtivos con total tranquilidad, incluso haríamos alarde de nuestros amantes. Pero yo soy mayor ya y tú, demasiado americana aún. Nos

contentaremos con sonreír ante estos escaparates e insinuaciones.

Seguimos el paseo y nos detuvimos ante la puerta de una vieja galería de arte.

—Entremos un momento —dijo la Princesa.

Enseguida reconocí que lo que allí se exhibía eran pequeñas pinturas y camafeos de Boucher, un artista al que apreciaba mucho De Bastide.

Un empleado nos dijo que su jefe se encontraba ausente, de viaje. Noté que conocía a la Princesa, pues la saludó con cordialidad y refiriéndose a alguna pieza que ella había adquirido allí. Pero lo hizo sutilmente, en voz baja, por si nadie debía enterarse de aquello, aunque me había colocado justo detrás de la Princesa, a su espalda, para tratar de averiguar, ya que al decir «entremos» el rostro de la Princesa se había oscurecido, si habíamos entrado por algo más que por aquellas pequeñas obras dispuestas en la pared y en cuatro pequeñas vitrinas *déco* que contrastaban vivamente con las piezas que guardaban dentro de sí.

Pero mis suspicacias —lo cierto es que me divertía convertirme, en ocasiones, en algo así como un «detective del amor»— eran falsas. La Princesa solo quería comprar una pequeña pintura que no mediría más de diez por diez centímetros, una tabla sin enmarcar, encolada sobre un tondo entelado con falsas flores de lys, que mostraba una escena galante y algo picante, pero ingenua.

No le pregunté a la Princesa dónde colgaría aquella obrita, y tampoco la vi en su casa durante los días siguientes.

El empleado la envolvió convenientemente, dijo unas frases rápidas sobre su conservación y que no podría recibir directamente ningún tipo de luz, y nos saludó con un fuerte apretón de manos, como quien cierra un trato y lo hace por igual con hombres y mujeres, lo que me alegró.

Luego salimos a la calle —había oscurecido de repente— y la Princesa dijo que le apetecía muchísimo, así lo dijo, un té y unos blinis, pero que los mejores blinis que hacían en uno de aquellos falsos cafés rusos cercanos eran peores que el peor *petit choux* parisino, así que se conformaría con algún *petit choux* relleno de crema, y que, para ello, nos bastaba el café que teníamos justo enfrente, en el que, precisamente, ella y yo nos habíamos conocido a través de una amiga de la Señora S., también una exiliada rusa, aunque con

muchos amigos judíos, sobre todo intelectuales.

Un lugar para la seducción, «la casita», hecho de libros. En primera línea, como en una guerra, los grandes nombres del pasado que amaba el Librero, de Diderot y algún poeta inglés hasta Remy de Gourmont, no mucho más lejos. O, mejor dicho, no mucho más cerca en el tiempo. Salvo el gran estante, tras el mostrador de la librería, que iba de una puerta a otra —un acceso a la vivienda, en la planta alta, y otro a un pequeño aseo y a un gran despacho—, dedicado a *monsieur* Proust.

Los clásicos, griegos, romanos, incluso algún árabe, y textos sobre las culturas mayas, aztecas, indias, chinas, etcétera, en segunda fila. A continuación las literaturas rusa y alemana, las preferidas del Librero después de la francesa. En las baldas casi pegadas al suelo de esta estantería y la siguiente, grandes obras de teatro italianas, españolas y de toda Escandinavia.

Apenas, a pesar de la gran cantidad de norteamericanos que visitaba París, había literatura de mi país, y muy poca de Inglaterra, salvo una ingente cantidad de libros de misterio: de Chesterton o Stevenson hasta Conan Doyle o Agatha Christie, sospecho que devociones desde antaño del Librero, pues muchos de estos volúmenes, que estaban marcados con un precio demasiado elevado para tratarse de ediciones casi siempre populares, aparecían anotados con su propia letra, que conocí muy bien, y reconocí, gracias a las dos cartas que me envió a Suiza años después para preguntarme, una vez más, y con una distancia de cinco años entre cada una de ellas, si había tenido noticias al fin de la Princesa.

En una de mis visitas a la librería, y mientras la Princesa comentaba algún pasaje de una lectura reciente con el Librero, muy cerca el uno del otro, conté cincuenta y siete ejemplares distintos, es decir, cincuenta y siete ediciones distintas, de *La casita*, el relato de De Bastide. Los había de todos los

tamaños, buena parte de ellos encuadernados en tela o piel. Y el propio Librero nos contó que en el almacén que había tras su mostrador guardaba otros tantos, los más valiosos, que solo ofrecía a sus mejores clientes o a quienes, llegados por primera vez a la librería, mostraban un conocimiento suficiente, «suficiente» para él, quería decir, de la literatura de aquella época. Imaginamos tanto la Princesa como yo que el ejemplar que le había regalado procedía de aquella cueva de los tesoros que nos estaba vedada, o que, al menos, me estaba vedada, pues nunca pude acceder a ella.

Una tarde traté de regalarle a otra amiga una novela de Virginia Woolf y mis relatos favoritos de Katherine Mansfield, pero hube de comprarlos en una librería cercana: al Librero no le interesaban aquellas autoras, aunque no por machismo, confesó, sino porque le parecían «demasiado» modernas para su gusto. A cambio me ofreció las prosas de Baudelaire y unos cuentos de Maupassant; pero yo quería regalar aquellos otros libros y salí de allí algo enfadada.

Cuando le conté lo ocurrido a la Princesa, aquella misma tarde, sobre las siete, y antes de salir al teatro, última representación a la que acudiríamos juntas, lo disculpó:

—Creo que ha estado demasiado tiempo a solas con sus libros; y, por lo que me ha insinuado alguna vez, sufrió de amor cuando era muy joven debido a una mujer que prefirió a un rico empresario después de «jugar» con él durante una temporada, engañándolo una y otra vez. Durante la última guerra, además, y esto lo he sabido por el portero del edificio vecino, perdió a uno de sus mejores amigos, un judío próspero y buen lector, coleccionista de arte africano, por la delación de una mujer, de su amante, una «tipa», en palabras del portero, que hablaba con acento inglés pero resultó ser espía de los alemanes. El portero conocía todos los detalles porque estaba delante cuando llegó la Gestapo y algún agente francés colaboracionista: el judío vivía, precisamente, en el gran piso que había sobre su portería.

Fue entonces cuando le pregunté a la Princesa por aquellos días, los de la Ocupación, pero eludió las preguntas con un gesto de la mano y un estremecimiento en la voz:

—Cada cual sobrevivió como pudo, manchándose las manos lo menos posible.

Dos grandes, y singulares, por su materia, bajorrelieves de madera obra de Falconet, y que alguien había arrancado a la fuerza, con escoplo y martillo, de algún antiguo palacio, colgaban ahora de algunas varillas de latón dorado en el despacho de un anticuario de la Rue du Dragon. No solo eran singulares: también eran hermosos. La Princesa había vendido un antiguo joyero bizantino para hacerse con uno de aquellos bajorrelieves de madera, muy raros, insistía el anticuario, ya que Falconet había centrado su carrera en el mármol, las piedras y la cerámica. El anticuario señaló que el color, del que ya quedaba poco rastro, había sido aplicado por el propio artista. «Me atrevería a decir —añadió— que estas dos piezas son más valiosas que cualquiera de las grandes cerámicas que firmó, pero estoy dispuesto a hacerle el mejor precio posible por una de ellas —siguió, dirigiéndose a mi amiga—, pues sé que usted la apreciará como es debido. Solo le pido que no diga a nadie el precio final, pues este acuerdo será una rara excepción entre los acuerdos que realizo cada poco: estoy convencido de que obro acertadamente, y ya he visto cómo admiraba usted estas piezas durante sus últimas visitas. Le recomiendo, por otra parte, que ordene construir cuanto antes una vitrina de cristal para colocar dentro el bajorrelieve, pues la madera, que estuvo unida a un muro durante algunos años, sufrió la humedad de aquel y se ha ido deteriorando tras haber sido arrancada del lugar para el que fue creada, debido a los cambios de temperatura. Es importante que no haya, en la estancia donde vaya a guardar el bajorrelieve, aires perniciosos». El acuerdo se celebró con una rebaja en el precio. Con las medidas que nos proporcionaron fuimos en taxi hasta una ebanistería cercana, recomendada también por el anticuario, y tras ver varios bocetos, la Princesa se decidió por una vitrina, que le construirían, según dijeron, en dos semanas; aunque necesitarían otra semana más para el

barnizado y secado.

—¿Sabes que Falconet fue amigo de Diderot y que este le encargó el capítulo sobre escultura de la *Enciclopedia*?

Negué con la cabeza mientras adivinaba que aquella información era fruto de las conversaciones con el Librero, que había declarado que el *David* de Falconet estaba a la altura del de Buonarroti.

—Catalina la Grande, nuestra odiada y amada Catalina, según quien hable de ella —dijo la Princesa antes de abrir la puerta de su casa y dejarme pasar—, invitó a Falconet a San Petersburgo para que esculpiera una escultura del otro grande: el zar Pedro I. La creó finalmente en bronce después de más de una decena de años de trabajo en ella, y realizó también, tras abandonar al fin Rusia, una versión de menor tamaño de la que hizo cincuenta copias para sendas familias. La mía trajo hasta París una de esas esculturas, pero mi padre tuvo que venderla a un marchante suizo cuando la bolsa de Nueva York se vino abajo y arrastró todas sus inversiones en aquel país.

En su salón de pasos perdidos, lejos de corrientes malsanas y luces dañinas para las obras de arte, mi amiga había encontrado una pared «apropiada», que me mostró con entusiasmo. Enfrente había una gran vitrina de maderas nobles aún vacía: el saloncito se volvería así casi un santuario. A un lado, la vitrina con el bajorrelieve de Falconet; al otro, la segunda vitrina, que cobijaría las mejores ediciones de las novelas galantes de su época, los libros de discursos y diálogos y también, cómo no, los tomos de la *Enciclopedia* en una *edición princeps*. Solo faltaba, me dije yo, divertida, un sacerdote en aquel santuario: el hombre para el que había sido concebida aquella especie de mausoleo.

Tras la desaparición de la Princesa, y al ser llamada por su familia, que vivía a las afueras de París, para comprobar si faltaba algo en su apartamento, me sorprendió saber que había sido el Librero quien le había regalado un ejemplar de la novela *Los mandarines*, de Simone de Beauvoir, a la Princesa. Repasando los libros que había en su cuarto, muy cerca de su cama, encontré aquel ejemplar, abierto por las páginas 72 y 73. En uno de los márgenes de esta última página, el Librero —pues era su letra— había escrito unas iniciales, las de mi amiga, y a continuación un guión, para luego, debajo, en la línea siguiente, invitarla con mayúsculas a reconocerse en una de las protagonistas de la novela, «al menos», se leía en la anotación, «se reconocerá usted en lo que asevera una de ellas en este pasaje». ¿Ana? ¿Paula?, me pregunté yo, aunque sabía a qué se refería el Librero.

La Beauvoir había protagonizado más de una conversación con la Princesa. Hablamos durante dos tardes de su ensayo *El segundo sexo*, comentamos largamente algunos de sus artículos, y nos estrellamos, pues solo puede decirse así, ante la estulticia de la Señora S. la tarde en que llevé a la Princesa para que se conocieran, ante la curiosidad de esta, que siempre me decía «no puede ser tan terrible» entre risas. Aunque ese «siempre» solo se refiere, en realidad, al corto período en que pasamos de ser «usted» a ser «tú».

Tengo aún la sensación de que aquel tiempo se ha expandido dentro de mis pensamientos y ocupa mucho más de lo que ocupó en tiempo real y en mi vida real de aquel entonces. Eran momentos difíciles para mí los que vivía, tras la muerte de Saul, cada vez que recordaba; y el encuentro con la Princesa me hacía olvidar, hasta cierto punto, el luto que aún vivía en mi interior: su naciente historia de amor se producía ante mí como si asistiera a una obra de

teatro. Me hacía feliz la felicidad que sospechaba en la Princesa y el Librero. Y, mucho después, he reescrito estas páginas como si fueran un «aparte» en mi vida de entonces, y he dejado a propósito al resto de personajes, de nombres y apellidos, que conformaron mi vida en aquellos días. Solo me importa ahora, en este momento, la historia de la princesa rusa y el librero de París, porque ellos, los dos protagonistas de un amor a destiempo, representan, a su manera, todos los demás amores a destiempo y, en cierto modo, imposibles.

Como imposible fue el que aquí narro escuetamente, con el sorprendente final: la desaparición de la Princesa, y su coda: la visita a su casa junto a dos familiares estirados y a la vez llorosos, con un francés cargado de términos rusos, y mucho menos liberado de su acento natal que el de la Princesa.

La familia contrató, antes de llamar a la policía, a una sórdida agencia de detectives privados, pues, tal y como me dijeron, a pesar de llevar décadas viviendo en Francia, aún no se sentían a salvo del «poder del Estado».

Aquella agencia no encontró rastro alguno a lo largo de los meses siguientes, pero cobró a la familia de la Princesa una cantidad que hubiera bastado para comprar el otro bajorrelieve de Falconet. Sin embargo, ninguno de sus parientes se quejó ante mí. Ni se quejaron cuando tuvieron que hacerse cargo del pago de la señorial vitrina que la Princesa había encargado para el primer bajorrelieve, que instalaron dentro de ella dos empleados de la tienda de antigüedades tras los últimos retoques del ebanista, una vez colocada la vitrina en el salón de pasos perdidos.

Volví a la mañana siguiente —la familia, como he dicho, vivía a las afueras y me había dejado unas llaves de la casa para acercarme de vez en cuando por si llegaban cartas o noticias de la Princesa— para ver si todo estaba en orden y admirar el bajorrelieve en su nuevo emplazamiento, lejos del lugar donde fue tallado por Falconet, pues se decía que lo había realizado *in situ* para una familia del Sur, cuyo palacio había sido asaltado durante los días de la Revolución. Al abrir las dos grandes puertas, blancas y con herrajes dorados, del saloncito descubrí algo que no se encontraba allí la tarde anterior: una impresionante colección de primeras ediciones del XVIII. Había, por lo tanto, muchos más volúmenes de los que me había mostrado la Princesa junto a la *Enciclopedia*.

Nunca supe cómo consiguió entrar en aquella casa el Librero, pero sospeché que no podía tratarse de otra persona. El santuario o mausoleo construido para él mismo se convertía al fin en espacio para recordarla a ella.

Durante semanas, y hasta que dejé París, solo unos meses después, dando fin a aquella temporada que recuerdo como pocas cosas, pasé por casa de la Princesa cada tres días, ni uno antes ni uno después, incluso los domingos. En una de aquellas ocasiones me acompañó un amigo escritor, al que frecuenté mucho por entonces, sobre todo tras la desaparición de la Princesa, junto a otros amigos que ocupaban ahora los cafés tanto como las primeras planas de las revistas literarias y los nuevos manuales de Historia escritos tras la última guerra. Mi amigo musitó algo que no pude oír y luego, cuando ya habíamos explorado cada habitación y salido de la casa, dejándolo todo tal y como lo habíamos encontrado, dijo en voz algo más audible, pero entorpecida por uno de sus habituales tics:

—Ese lugar parece un lugar de culto africano... La habitación, me refiero a la habitación. Hay algo que me ha recordado a las culturas africanas y sus túmulos. O a algunos lugares de Indochina. Pero no sé bien qué: si el olor de la madera, o el de los libros, o la luz mortecina, o el «ambiente»; tal vez lo que me has contado de tu amiga y su amante.

—¿No te referirás más bien a los enterramientos egipcios? —repliqué, y seguí—: De todos modos, no creo que puedan ser llamados amantes en sentido estricto.

—Amantes o enamorados, tanto da. Para mí es lo mismo... Hay aquí algo más primitivo que la cultura de las pirámides, algo que parece venir de más lejos, lo que está dentro de nosotros al nacer: repulsión, placer, llanto. Por eso he pensado en esas culturas tan primitivas aparentemente, tan hechas de nada;

como una pulsión.

—En cierto modo, sigues preso de los surrealistas —me burlé, aunque comprendía a qué se refería, pues yo misma no dejaba de pensar en aquel lugar como, ahora lo nombré así, un altar a la amada desaparecida.

—Los estudios de Griaule sobre los dogones hablan de espacios sagrados como este, y en sus conversaciones con Ogotemeli, este, el chamán de los dogones, describe cómo son algunos de esos territorios para el recuerdo y cuál el aura que los circunda... He tenido esa sensación al abrir las puertas y ver las dos vitrinas, una frente a otra, como en un salón de espejos y memoria.

Caminamos un rato en silencio y cruzamos el Sena por uno de mis puentes favoritos. No pasó tanto tiempo hasta que aquel mismo amigo tuviera que «diseñar» una habitación para el recuerdo en su propia casa, tras la muerte de dos de sus hijos en un accidente automovilístico. No pasó tanto tiempo hasta que Germaine Dieterlen, una de las colaboradoras de Griaule, descubriera mucho más sobre aquellos famosos enterramientos dogones, más enigmáticos y esenciales, incluso hermosos, que los de los faraones y sus objetos «para la otra vida».

Poco antes de dejar París, en la galería de Ratton, compré dos vasijas del país de los dogones que todavía conservo como bienes preciosos. Son tan bellas como, de nuevo, enigmáticas. Parecen haber sido pulidas por manos milenarias: estuvieron enterradas durante siglos, guardan en su interior el conocimiento que los europeos tardaron en conseguir dos milenios... Algunas leyendas cuentan que los dogones fueron los primeros habitantes de la Tierra, que un dios, su dios, los trajo hasta este mundo y los depositó en una gran nave, ¿el Arca de Noé?, para que estuvieran a salvo de los ataques de la naturaleza y de las bestias.

Cuando miro esas vasijas pienso también en la Princesa, en qué sería de ella finalmente, y vuelvo a repetirme las teorías que listé entonces en un papel hoy amarillento, como si, ya lo dije antes, yo misma fuera una detective. Pero ya no del amor, sino de la desaparición y de la muerte.

De cuando en cuando escudriño algunas páginas de los periódicos franceses tratando de descubrir, en uno de esos anuncios de muerte o reaparición, la de aquella mujer que parecía muy joven a pesar de su edad madura. Y vuelvo a recordar su curiosidad y su pasión por el conocimiento, y

sé que su amor entregado no era fruto de la renuncia a su condición de mujer fuerte, sino más bien un complemento de esta misma condición.

En el Palacio de Chaillot, en el Museo del Hombre, encontré una mañana, ya me quedaba poco para dejar París, al Librero, vestido de nuevo de azul, delante de unas máscaras africanas. Yo misma le había hablado del pueblo dogón y de qué sentía en cada visita a la casa de la Princesa. Quizá por eso estaba allí.

—Hace tiempo que no visita mi librería. ¿Han dejado de interesarle los libros? —Sonreía con timidez mientras hablaba. No trataba de ser irónico, solo de ofrecer conversación.

—Discúlpeme, pero me sentía triste cada vez que pasaba por allí y charlábamos un rato. Y lo cierto es que luego, además, me he reencontrado con algunos amigos y he conocido a otros nuevos.

—La envidio. Los amigos reencontrados son los más queridos. Y a cierta edad, me refiero a la mía, es difícil hacer nuevos amigos. Sí, la envidio.

—Véngase conmigo.

—¿A dónde?

—A almorzar con algunos de estos amigos. Son escritores casi todos. Le caerán bien, pues no solo son escritores sino también buenos lectores. Incluso —bromeé, ante la cara de incredulidad del Librero— de los escritores del pasado. Véngase.

El Librero negó con la cabeza y miró hacia la punta de sus bien lustrados zapatos.

—No soy buena compañía.

—Déjese de tópicos de novela. Ya he oído eso demasiadas veces. Le vendrá bien estar entre amigos... yo lo considero también otro amigo más... Y a ella —no me atreví a decir su nombre— le gustaría que lo hiciera, estoy segura.

—Si lo cree así, si lo cree de verdad, iré.

Aquella fue la última vez que vi al Librero. Fue un encuentro feliz, e hizo amigos entre mis amigos. Amigos y clientes. Repartió tarjetas tanto como repartió citas y aforismos; sorprendió a quienes al principio lo juzgaron tímido y profesoral por su aspecto y sus modales educadísimos y poco bohemios. Once años después, en una revista, me topé con una fotografía en la que aparecía, a la puerta de su librería, junto a algunos de mis amigos de entonces, y muy cerca, casi abrazado, de la ya para entonces ex mujer de uno de ellos. Esa cercanía, real o imaginaria, me llenó de gozo.

Todos los amigos que dejé en París entonces, y a los que apenas volví a ver, eran mayores que yo, y algunos hubieran podido ser mis padres.

Los últimos días los pasé en un gran chalet de Belleville, una casa aislada con un jardín abandonado pero hermoso. En realidad, la antigua casa de los propietarios de una buena finca que luego había sido parcelada, ¿quién sabe cuándo?, y al fin sería dividida aún más y luego construida.

Desde allí podía asomarme a una parte de la ciudad que no conocía bien, y aprovechaba además el aislamiento para leer los libros que me llamaban desde el fondo de un baúl que tendría que cargar hasta Suiza.

Tontamente, deseaba encontrar libros malos para no cargar con ellos. Sin embargo, parecía haber dejado en el baúl los mejores libros que había acumulado en París.

Uno de ellos era *La casita*. La narración estaba incluida junto a otras dos coetáneas pero de distintos autores. Imagino que la Princesa me llevó aquel volumen algún día y lo dejó sin que me diera cuenta, pues no recordaba en absoluto haberlo comprado, aunque habláramos tan a menudo de De Bastide y su época.

No recordaba así el relato. Volví a leerlo sustituyendo los rostros del mismo, imaginando los encuentros y los desencuentros pero en una época nueva. Luego me dije que no hacía falta conocer *La casita* para comprender a la Princesa, pero que tal vez había encontrado en aquel texto el anuncio de algo que la turbaba. Y no podía ser, claro, la sensualidad de la historia: un hombre, de familia noble, ha apostado seducir a una joven con ella misma, y para lograrlo lo hará a «golpes de belleza» —según uno de los biógrafos de De Bastide—, es decir, en una casa construida para el placer de todos los sentidos y «decorada» para la memoria.

La Princesa sabía, como yo misma al avanzar en la lectura, que Melita, la protagonista, habría de sucumbir al fin a la belleza más que a la llamada sexual: esta, previa al encuentro sexual, *pasaría* pronto, pero la belleza permanecería inalterable, para siempre, y la haría suya; y, de paso, de *él*.

Me dije que la Princesa, y cada vez estaba más segura de ello, había dejado atrás su existencia en París por miedo a algo. Ya no quería ponerme en contacto con el Librero, pero habría sido más feliz las últimas horas de haber compartido con él algunas dudas, si hubiera sabido hacerle las preguntas que me atenazaban.

Yo, aún lo sé, también tenía miedo a algo. Pero sabía bien a qué: a perder algo más, a perder a alguien más para siempre.

Ya había demasiadas pérdidas en mi vida.

La mañana en que salí de París llovía. Una lluvia tenue pero que ponía un deje de tristeza en todo lo que hice, en los últimos gestos, antes de dejar las llaves de la casa prestada bajo una maceta.

Pasé por la estafeta de correos más cercana para dejar las otras llaves, las de la Princesa, pero no me atreví a meterlas en un sobre.

Salí a la calle y llamé a un taxi. En pocos minutos estaba a la puerta de aquella casa.

Subí. Alguien había tapado todos los muebles con viejas telas de color rojo, como si fueran fragmentos del antiguo telón de un teatro. La comparación me resultó más que oportuna.

Alcé algunas de aquellas telas y comprobé que todo estaba en su sitio.

Escuché un ruido en el patio de vecinos y sentí miedo: alguien arrastraba un saco de patatas hacia una de las cocinas. Cerré aquella ventana y volví al salón de pasos perdidos. Quité los dos grandes trapos rojos que cubrían las vitrinas y lloré de emoción ante aquel memorial de mi amiga.

Por primera vez pensé en ello: en que aquella mujer era mi amiga, en que aquellos libros formaban un solo texto, un memorial.

La madera, en la vitrina de enfrente, parecía más antigua aún, como si no hubiera sido tallada en el siglo de su escultor, sino mucho antes, en el tiempo en que los dogones llegaron a la Tierra.

Seguí llorando en silencio hasta que salí de allí.

«Todo sigue igual», me dije al cerrar con llave la puerta por última vez y

arrojarla al buzón del correo que había en la puerta de servicio. Por un momento, vinieron a mis ojos algunos detalles no descubiertos antes, quizá, a causa de las lágrimas: como en la segunda lectura de un libro, encontré que aquí y allá algo había sido desplazado ligera, muy ligeramente, enturbiando la ligerísima capa de polvo que se colaba bajo los paños rojos: una estatuilla, un abrecartas, el cepillo para el pelo, un collar de infantiles conchas de sus veranos en Crimea, el pañuelo que llevaba al cuello la Princesa cuando la conocí, y que aún seguía oliendo a ella, perfectamente colocado en el regazo de una descalzadora.

El olor seguía en él a pesar de tantos meses. Todo aquel tiempo allí, fuera de un cajón.

Y entonces lo supe: aquella sombra que me acompañaba en la calle —en cada visita a la casa— desaparecía cuando yo me adentraba en el edificio, y reaparecía fugazmente —solo una sombra— cuando salía de él.

¿La sombra de una mujer que tiene miedo?, volví a pensar.

Dejé de llorar. Ya no podía entrar más en la casa, no podría probar nada, ni ante los demás, ni ante mí. Es más, me dije por último, todo está bien así, como ella ha querido que sea.

¿Fueron su manos las que ordenaron aquella biblioteca que yo antes no le había conocido? ¿De dónde procedían tantos volúmenes? No habían pertenecido, de eso estaba segura ahora, al Librero, sino que su cúmulo venía de otro lugar o de otro tiempo.

Pensé en los últimos días de Jean-François de Bastide, que murió en Milán muy pobre. Según las crónicas no había objetos bellos a su alrededor: había tenido que venderlos todos para sobrevivir.

## COLOFÓN

*Jean-François de Bastide publicó el relato La casita en el famoso Le Nouveau Spectateur, en 1758, pero más tarde le cambió el final y lo difundió en folletos y antologías, para incluirlo, muy pronto, junto a sus otros cuentos y, por último, en su hoy olvidada Bibliothèque universelle des romans.*

# **UNA PASIÓN PARECIDA AL MIEDO**

## **EN BERNA**

*El dolor y el placer son ideas simples,  
que no pueden definirse.*

*EDMUND BURKE*

Habíamos paseado durante unas horas por el casco antiguo de Berna, deteniéndonos aquí y allá, ante rincones y puertas y escaparates, admirando aquello que a otros apenas causa admiración, y, al anochecer, sin haber pensado siquiera en cenar o pasar por el hotel en el que ambos nos alojábamos, habíamos intercambiado ya, entre signos de asentimiento, la lista de nuestros músicos favoritos.

El café donde decidimos descansar un poco no era tan oscuro como hubiéramos deseado, aunque buscamos el rincón con la iluminación más tenue. Bebimos coñac y chocolate muy caliente, y el coñac ponía alegría en la conversación cuando quedaba en sordina la tristeza: en algún momento, cuando la confianza creció, él se refirió a su mujer muerta y yo mencioné a mi hombre muerto.

Pero aquellas confesiones llegaron al final, o fueron ellas mismas las que pusieron punto final a la conversación: nos levantamos con las dos sombras queridas latiendo aún al ritmo de nuestro corazón y comenzamos a caminar como autómatas en dirección al hotel. Fue un caminar afligido, agotador, con una tristeza casi infantil en los pasos.

Ni siquiera decidimos llamar a un taxi. Íbamos sombríamente hacia nuestras dos habitaciones separadas. Él, como el esqueleto que había sido en el gueto de Terezín, un profesor de música casado con una judía a la que no desea abandonar y a la que alimenta a costa de su propia salud. (Un día llegó el traslado de ella al campo de exterminio). Las luces que nos recibieron desde la fachada, alegres y tintineantes al abrir la gran puerta, expulsaron las sombras del pasado y trajeron algo de la efímera felicidad de la tarde a nuestros labios.

Sí, sonreímos al mismo tiempo.

Y casi nos abrazamos al despedirnos, pues ya éramos confidentes.

En mi maleta llevaba unos «retratos de París» firmados por distintos escritores y la antología de poetas y cuentistas rusos, traducida al francés e impresa en París, que me había regalado Saúl al poco de conocernos. Yo planeaba un largo viaje por Armenia y en aquella época, además, leía también todo lo que encontraba sobre aquel territorio.

«La rosa tiene frío en la nieve», leí al hojear de pie, sin cambiarme aún, uno de aquellos libros. «En Sevan hay tres arshinas de nieve, / el pescador montañés sacaba el trineo pintado de azul...». Interrumpieron mi lectura unos pasos graves sobre la mullida alfombra del pasillo. El hombre, pues solo podía ser un hombre, pasó de largo. No sé por qué, volví a sonreír. Regresé al libro.

«Nieve, nieve, nieve en la hoja dibujada. / La montaña se derrite hacia los márgenes. / Tengo frío. Estoy feliz...». Aquellos versos parecían haber sido escritos para mí y para aquella ocasión.

Ahora fui yo quien detuvo la lectura a propósito. Abrí la ventana que daba al jardín trasero para aspirar el aire frío de la noche. Había una hoguera en medio de la nieve y sobre ella un gran caldero repleto de agua. Una mujer gruesa escaldaba algunas aves y un niño con guantes y gorro de lana la ayudaba y reía junto a ella. Tal vez fuera su madre o su abuela. No podía oír su conversación, solo un susurro.

Cerré la ventana y comencé a desvestirme. Ni siquiera en ropa interior hacía frío en la estancia. Los grandes radiadores y una pequeña chimenea incrustada en la pared caldeaban el ambiente. Abrí el vestidor y comencé a pensar en aquellos dos últimos días, en el desconocido que me había invitado a compartir su taxi en la estación cuando supo que nos alojábamos en el mismo hotel.

«La tierra libresca... La querida arcilla... La música y la palabra».

# RECONSTRUCCIÓN

*La primera y más simple de las emociones que descubrimos en el entendimiento humano es la curiosidad.*

*EDMUND BURKE*

¿Reconstruir la semana «perfecta» de una vida, si no olvidada, sí sepultada, a propósito, entre otros nombres y otros rostros con mayor definición, incluso «constancia», es solo indicio de la vejez? No lo creo. Y tampoco me miento: es imposible reconstruir aquellos días. Solo quedan en mí sensaciones, esa *delicatesse* difícil de olvidar.

Apenas sé sobre aquel hombre alto y algo desgarrado, con el peso de casi un siglo de guerras y holocaustos sobre sus hombros. «Una nueva Edad Media», lo definió él.

La leve cojera, algunas cicatrices junto a los ojos (esquirlas), el miedo al humo que expulsaban los tubos de escape de los automóviles, la pasión infantil por el chocolate (con una gota de coñac), la bufanda de un azul oscurísimo e indefinible (a juego con su abrigo impecable y elegantemente ajeno a las nuevas modas, de un tiempo también pretérito). Como sus maneras. Te abría una puerta y saludaba con lo que Burke llama «gracia» por la posición y el movimiento armoniosos. Te abría aquella puerta y dabas junto a él un paso, dos; y aquello era mucho más que traspasar un umbral.

Su voz era cálida, nada rotunda, más bien titubeante. Y a la vez envolvente. En ocasiones, al pasear con él cerraba unos segundos los ojos y me sentía lejos del país de los banqueros y los relojes: parecía haber llegado ya al País de las Nieves que anhelaba de niña.

Un país en la vieja Europa muy lejos, por suerte, de las muertes violentas que habían marcado mi vida. «Benevolentemente» aburrido.

Sí, aseguraba él con tono de broma, estamos en el País de las Nieves. Él, durante solo unos días; yo, durante el resto de mis días, si nada cambiaba, si nadie lo cambiaba.

«¿Qué es lo que hace que la gente se enamore? (...) La única verdad

indiscutible sobre el amor es que es un *misterio tremendo*, y todo cuanto se ha escrito o se ha dicho sobre el tema no ha proporcionado jamás una respuesta: lo único que se ha conseguido ha sido reformular eternamente los mismos problemas, sin resolverlos nunca. Una teoría que podría, a primera vista, explicar un caso, no sirve para explicar otros (...) Los rusos cultos como nosotros tenemos pasión por los problemas que nunca se han podido resolver. Habitualmente, se poetiza sobre el amor, se lo hermosea con flores y ruiseñores, pero nosotros, los rusos, nos empeñamos en condimentarlo con los *problemas eternos*». Aún hoy enciendo una vela cada noche y por cada uno de mis «muertos». No puedo dormir sin esas pocas y humildes velas en la ventana, parte del rito que me ha protegido todos estos años de fantasmas y sueños ya corruptos. Que me ha protegido de una nostalgia demasiado hiriente, y herida yo ya para siempre.

No solo echo de menos a Saúl, del que sigo siendo huérfana y viuda a la vez, mi hermano en la vida y mi esposo en la carne, sino también a aquellos otros a quienes luego amé, por desgracia, fugazmente. Porque aquel amor primero y desaparecido, solo desapareció en verdad «físicamente».

No hay vela para este hombre, para D. *el Sufriente*, como en ocasiones lo recordé, burlándome de mí misma en realidad; para este hombre que, en unas pocas jornadas en Berna, me habló con la templanza y la delicadeza que yo necesitaba entonces. Y no hay vela porque sería demasiado recordarlo, porque sería recordarlo cada noche, porque sería insoportable tener que recordarlo también a él.

De hecho, creo que escribo estas palabras para convocar su recuerdo y convocar también el olvido que me aparte de él lo suficiente y para siempre: he aprendido a soportar mejor los malos recuerdos, las pérdidas ocasionadas por la muerte, los desmanes de mi corazón herido. La delicadeza me resulta mucho más insoportable.

## TRES HISTORIAS

*No hay pasión que robe con tanta determinación a la mente todo su poder de actuar y razonar como el miedo.*

*EDMUND BURKE*

D., como Sherezade, me contó varias historias en aquellas jornadas, una por cada día que pasamos juntos.

(Al atardecer, cuando caían las sombras tanto fuera como dentro de nosotros, volvíamos a nuestro hotel y cada uno se encerraba en su habitación con sus muertos y su pasado). La primera historia fue esta:

En una ocasión, Ressel Orla, la actriz, fue a visitar a su joven amiga Marlene Dietrich, también actriz pero menos conocida que la Orla, solo en algunos círculos.

Ressel, según le cuenta a Marlene ese día, tiene miedo a la muerte.

De hecho, morirá pocos años después, todavía en la plenitud de su vida.

Aunque, por supuesto, ella no puede saberlo el día de su visita.

Juguetea con sus pulseras de ámbar, con los rizos bien dibujados que le caen a ambos lados de la cara, tiene una belleza singular, un rostro poco común. Ressel le pide a Marlene que viaje con ella a Marruecos. Ha visto alguna de esas nuevas películas francesas y quiere, a toda costa, hacer ese viaje. Y aunque Marlene dará su conformidad, el viaje lo hará solo Ressel, acompañada de una pareja de amigos (un hombre y una mujer de su misma edad) cuyos nombres D. nunca supo.

En una pequeña «villa» (así la denominó D.) de falso estilo romano, construida quizá sobre las ruinas de una villa verdaderamente romana, Ressel asiste a un espectáculo musical y teatral que le recuerda a algo leído sobre las fiestas de Tiberio en Capri.

El espectáculo es, como la villa, todo un *pastiche*, y se diría que confluyen en él mil tradiciones distintas. El hombre que lo dirige no es árabe, sino judío, un judío sefardí que ha vivido, según cuentan, en media Europa y en medio Oriente y que se ríe, contaba D., con cada ocurrencia de la Orla.

Hablan, sí, en alemán entre ellos.

Ressel Orla ha cambiado sus pulseras de ámbar por aros de plata comprados en Rabat o alguna otra ciudad de la costa. En España se ha hecho con una pequeña manta con la que se cubre las piernas, pues hace frío esa noche. Cuando presenta cada número del espectáculo, con gran ceremonial, El Judío Sin Nombre, como lo llaman los lugareños, se dirige casi siempre a ella, mirándola a los ojos.

Un personaje representa a la Muerte, otro al Dios de dioses, fuere quien fuere, el tercero al Diablo. Este ha enviado a la Muerte al mundo para recolectar, usa ese verbo El Judío Sin Nombre, mujeres aún en edad de ser madres. Quiere formar un ejército privado para, algún día, luchar contra el Dios de dioses. Un ejército nacido de esas mujeres.

Ressel siente un escalofrío. Se está haciendo vieja, se ha dicho en más de una ocasión durante los últimos cinco años, y ha sentido el deseo de tener una hija. Esa ternura para compartir.

Siente el escalofrío y teme por la hija no nacida, teme que acabe formando parte de ese ejército del Diablo.

Pero no dice nada, porque solo le gusta ser el centro de atención si hay risas y halagos. Calla su miedo y entrelaza sus manos bajo la manta. Las estrellas, como en los relatos de Sherezade, brillan en lo alto como nunca antes lo han hecho.

La segunda historia sucede en una isla del Mediterráneo: Mallorca, Cerdeña, Ibiza, Sicilia. Pero no Malta, pues no hablan inglés, sino italiano o español o un dialecto de esas lenguas.

Uno de los personajes es un anciano fraile que habla en latín para sí mismo cuando deja de hablar a los demás. El otro es un caballero con una barba muy bien dibujada, ojos brillantes y enfermizos y sombrero de copa; bajo la capa negra oculta algo. Como telón de fondo musical de esta escena (y D. colocaba sus manos como imitando la forma y las teclas del instrumento) suena un clarinete, con una melodía repetitiva y tortuosa.

—No puedo darte la absolución, pues sé que tu arrepentimiento es falso.

—Padre mío, si no es verdadero ahora mi arrepentimiento, lo será en el futuro.

—Entonces no podré absolverte ahora.

—No quiero tener que buscar su perdón con mi estilete.

—Es el perdón de Dios...

—Dios sabría perdonarme mejor que vos.

En ese momento, contaba D., calló el clarinete y sonaron unas campanadas en una ermita vecina.

Se trataba de una pequeña campana de plata que había sido fundida a partir de las donaciones de los lugareños durante más de dos siglos. Era un sonido de una gran finura, muy distinto a cualquier otro, el mejor sinónimo de eso que algunos llaman pureza.

—Como recién llegado del cielo —murmuró el fraile—. Como el anuncio de la voz de Dios.

—Pensé que sonaría primero una trompeta antes de mi condenación —dijo con sarcasmo el caballero, que había dado un paso hacia atrás y, a su pesar,

había temblado un poco al oír aquellas campanadas.

—Arrodíllate, pide perdón de corazón, reza, olvida que eres carne y pecado y Dios te absolverá.

—Demasiado tarde, padre. —Algo que se veía a lo lejos, en medio de las sombras, había hecho que cambiara su tono. Una presencia más oscura que la noche, una sombra que parecía flotar sobre las otras sombras más tenues.

—No es hoy el Día de Todos los Santos, puedes estar tranquilo. Nadie te llevará de mi lado. Arrodíllate, santíguate, purifica tu corazón —el fraile sintió encima el cansancio de los años por un instante, tampoco era su hora. Se recobró enseguida, tocó con los dedos ligeramente una cruz de madera muy tosca que colgaba de su cintura y volvió a hablar en latín. Pero en esta ocasión no fue un rezo, sino un breve poema infantil que otro caballero, su propio padre, le cantaba cuando era niño. De repente, se encontró muy lejos de allí, en su patria, donde se hablaba una lengua que ya no practicaba sino con los extranjeros. Su padre era un caballero y su madre una joven dama enferma. Él, como en muchas historias ya conocidas, había nacido de la madre muerta. Pero no había sido repudiado por su padre, sino que este lo había llevado consigo cada día, adonde fuera, a partir de entonces. Incluso algunos se reían de aquella «nodriza» con bigotes y espada, con tricornio y peluca. Los acompañaba siempre una muchacha que cuidaba de él a ratos y un viejo chambelán que no era solo ayuda de cámara, sino también instructor del niño huérfano. Fue quien le enseñó latín.

El fraile seguía con sus ensoñaciones, casi todas felices, y el caballero sentía que el odio crecía dentro de él ante la sonrisa de beatitud que mostraba el rostro del otro, ante la sonrisa que también llenaba sus ojos.

—No hay perdón posible, padre, tiene razón.

El fraile volvió de su pasado infantil y lo miró con firmeza y afecto a la vez.

—¿Por qué corrompiste esa infancia, el amor de tu padre, los cuidados de tu maestro?

El caballero se encogió de hombros.

—Me faltaba algo.

El fraile pensó un instante en la madre muerta, pero se quitó aquel recuerdo de la cabeza como quien espanta una mosca.

—Te mientes a ti mismo.

—Quizá, padre. He buscado en mí y no he encontrado otra respuesta —replicó el caballero, que volvió a su tono más sarcástico—. A pesar de ese atuendo seguís siendo el de antes, a mí no me engañáis. No bastan una cruz y unas alpargatas.

—Me confundes con otro... No me conoces... Escucha la campana, nos avisa de algo.

Volvió a sonar la campana, luego un trueno. A continuación, se desató la tormenta.

—Vuelve dentro de diez años. Para entonces ya serás casi tan viejo como yo, y habrá llegado tu hora en verdad. —El fraile hizo un gesto displicente, el primero en muchos años. Pero se arrepintió enseguida y dijo—: Aléjate de mí si no pides perdón primero. No solo te confundes, sino que me confundes, y acabaré pecando de nuevo como antes de vestir este hábito. Aléjate, pues tienes razón: Dios no quiere saber nada de ti.

—Al fin comenzáis a recordar, padre.

—Deja de llamarme así, no encontrás en mí espejo alguno del Padre. ¡Aléjate!

—Muy pronto hablaréis como yo. Y comprenderéis, al fin, que en otro tiempo yo fui vos.

La tercera historia también sucedía lejos del centro de Europa. En lo alto de una montaña griega que se abría al mar en un acantilado hispido.

Un joven leía el cuento veneciano «Il maestro di setticlavio» a pocos metros del vacío. El día era luminoso, y a su alrededor pastaban unas cabras. La hierba era poca, pues aquel pedregal, como lo llamaba el joven, había sido apartado para siempre de la fertilidad.

Pero las cabras se conformaban con poco.

El joven leía italiano, turco, francés y griego. De niño, había viajado con su padre, capitán de un pequeño bajel de comercio. En cierto modo, se había retirado a pasar los últimos años de su juventud, antes de llegar la madurez, a aquel acantilado yermo porque se sentía preso de las historias que había leído en una novela de los Dumas, *El conde de Montecristo*.

Del retiro saldría más sabio y más cruel, se había dicho.

Anhelaba la crueldad que le había sido negada desde niño, modelo él para los demás, hijo sosegado pero valiente, respetuoso, adorador de padre y madre y abuelos.

Pero algo le había sido arrebatado por otro hombre, con no muchos más méritos que él, pero sí más edad. El primer y único amor.

El viento comenzó a soplar como cada tarde. Se dijo: «He de apartarme un poco», pero no tenía miedo. Se levantó de la gran piedra donde solía sentarse a leer o a mirar el horizonte, silbó a un cabrito que se acercaba demasiado al precipicio y echó a andar en dirección contraria.

Pero algo lo detuvo. Una voz que venía con el viento. Un eco de otro tiempo, unas risas incluso.

Volvió a decirse: «Mejor que me vaya a casa».

Pero no hizo caso a aquel pensamiento. Es más, comenzó a caminar de

vuelta a la roca. Luego, la dejó atrás. Dos pasos, tres, ya podía ver la espuma que producía el mar contra las rocas del fondo, allá abajo.

«Saldré de aquí algún día, volveré a la civilización y me vengaré de todos aquellos que, de un modo u otro, me alejaron de ella. Antes escribiré a mis padres, que lo consintieron todo, pues no creían que ella fuera buena para mí. Y escribiré a los suyos, pues decidieron que aquel era mejor partido que yo, y no solo por mi juventud». Los ojos del joven se volvieron del mismo color rojo que el sol que anunciaba su despedida una vez más, en espera del renacer siguiente.

«Yo también renaceré». Dejó de mirar hacia el sol y bajó la cabeza hasta encontrarse, de nuevo, con el mar. Aquel brusco movimiento hizo que se mareara un poco.

«Sería bueno dejarse caer aquí. La mejor venganza». Aquel pensamiento comenzó a invadirlo por entero, hasta convertirse en necesidad. Primero, inundó su vista, luego su olfato... hasta que, finalmente, sintió en el paladar el sabor de la muerte inminente.

Era más dulce de lo que podía haber supuesto. Su falsa paz, pensaba una parte de él, se convertiría al fin en descanso verdadero.

—¡Ven! —Oyó que decían las voces que viajaban con el viento—, ¡ven hasta nosotras!

Fue entonces cuando comenzó a sentir aquel miedo mineral y primitivo, distinto a los otros miedos, luego el asombro. Pues las voces comenzaron a materializarse en medio de las rachas de viento. Cada golpe contra el acantilado parecía formar un rostro femenino, que duraba, eso sí, unos segundos tan solo.

Cada golpe contra el acantilado mostraba el rostro de la mujer de quien también quería vengarse.

—¡Ven hasta nosotras!

Y volvía a aparecer otro rostro, pero el mismo, hecho de aire.

## **MIEDO**

*El asombro es el efecto de lo sublime en su grado más  
alto.*

*EDMUND BURKE*

«Comprendí que si se quiere reflexionar sobre el amor se debe tener un punto de partida más noble y significativo que la mera felicidad o la desdicha, que el pecado o la virtud, tal y como habitualmente se entienden. De lo contrario, es mejor no reflexionar sobre ello en absoluto». La vela que enciendo hoy, y solo hoy, no es por la felicidad posible ni por la desdicha segura.

La abuela, pues ese parentesco había decidido yo, y el niño volvían cada noche a su fuego. El niño había mirado hacia mi ventana una de aquellas noches y había saludado con una mano, sonriendo junto al fuego, mientras la mujer limpiaba las aves para el almuerzo del día siguiente.

La penúltima noche me quedé un buen rato mirándolos, sintiéndolos —a pesar de la distancia y a pesar de que nunca los había visto de cerca— como parte de mi familia ya. El niño volvió a sonreírme, y por un segundo, que fue muy doloroso, pensé que aquella sonrisa era como la de Saúl cuando nos conocimos, un Saúl niño que hubiera sobrevivido todos aquellos años. O el hijo que nunca tuvimos.

Al día siguiente le hablé de ellos a D. No mencioné a mi esposo muerto.

—Es muy extraño lo que cuentas —dijo él, mirándome fijamente a los ojos y bizqueando un poco a su vez—, pues estoy alojado solo una planta por encima de tu habitación y desde la mía solo veo la oscuridad noche tras noche.

Nunca he sentido miedo a aquello que me parecía «exterior», ajeno a mí, pero he sentido terror muchas veces ante lo que he pensado, ante lo que he sentido. He tenido miedo no tanto de morir por mi propia mano, como de hacer sufrir a los demás por mis decisiones o indecisiones. He causado dolor a algunos hombres que me amaron pero a los que no amé «convenientemente». He destruido familias porque algún hombre casado se acercó a mí y no hizo caso de mi «no», de mi insistente «no» ni tampoco de mis advertencias: «Aléjese de mí, aún está a tiempo». Si he coqueteado algunas veces, fue más con la idea del juego que con la idea del amor.

Y siempre fui sincera. Siempre declaré que ya no podía amar nuevamente. Siempre declaré ante el tribunal de los hombres ansiosos de mi boca y de mis ojos que ninguno de ellos sustituiría, en mi corazón, a mi esposo muerto. Pero a D. lo amé como pocas veces se ama a alguien, con una paradójica serenidad, con una pasión contenida y parecida al miedo: que me paralizaba.

Aunque no me entregué a él. Aunque no respondí a sus cartas. Hasta que dejó de escribirme algún tiempo después.

Lo cierto es que, entonces, tras aquellas cartas sin contestar, disfruté de su silencio más que de sus palabras.

Porque en aquel silencio estaba el recuerdo de los días de Berna: encuentros bajo la nieve nueva en los que yo apenas hablaba. El silencio era entonces mi silencio, yo callaba y lo escuchaba a él.

Habían sido jornadas plenas, que también podrían haber sido «para» la amistad o «de» la amistad; pero yo sentía, desde el despertar hasta la llegada del sueño, aquella pasión por estar cerca de él y por acompañar mi caminar al suyo; por rozar su brazo y por, con una confianza franca y aparentemente ligera, cogerme de su brazo cuando arreciaba la nevada mientras caminábamos

hacia el centro.

Estaba sola, era soltera (en realidad, viuda), podría haber compartido con él mi vida a partir de entonces, pero, al mismo tiempo que lo necesitaba cerca, no lo sentía necesario. Yo era dos mujeres: una lo reclamaba a su lado, la otra lo rechazaba...

A pesar de que una parte de mí, puramente animal, me arrojaba a sus brazos, a su calor, la otra sentía miedo al mismo tiempo a herirlo, miedo a que mi amor, como en otras ocasiones, no estuviera *a la altura* de lo deseado por el otro, de que todo se quedara en ese «juego» al que antes me refería, una coquetería banal y al final dañina para uno de los dos si persistíamos en ella... Me decía a cada momento que debía «conformarme» con aquella semana, con aquella suerte, con aquel encuentro que había desembocado, sin proponérmelo, sin proponérselo, en un amor que él, con sorna, llamó «maduro» en su última carta. El amor de los que nada esperan ya del amor.

A él no podía hacerle daño; a él, que tanto había sufrido en la vida, menos que a cualquier otro. (Y tampoco quería dañarme a mí misma). La vida, su vida, había ido, según contaba, conformándose nuevamente, anhelando poco y sufriendo cada vez menos: ¿por qué alimentarla ahora con mi angustia? La vida que yo anhelaba estaba en él, esto tampoco podía olvidarlo, negarlo, pero no sabía, ni supe nunca, si podría vivirla junto a él. Si estaba preparada para un nuevo amor así.

De aquel tiempo, de aquel miedo, quedan cenizas; las brasas se apagaron, pero aún siento el roce de una de sus manos, su olor, su aire de desgracia infinita al despedirnos. También una felicidad rara y ocasional cuando pienso en aquella ciudad nevada, en aquel hotel al que nunca he vuelto, pero que se parece a otros muchos hoteles suizos, en la Biblia que me regaló y guardo junto a muchos otros libros queridos.

## **NOEMÍ, LUEGO LLAMADA MARA**

*Allí donde la sabiduría de nuestro Creador quiso que algo nos afectara, no confió la ejecución de su designio a la lánguida y precaria operación de nuestra razón, sino que la dotó de poderes y propiedades que previenen el entendimiento, e incluso la voluntad.*

*EDMUND BURKE*

Durante la última jornada, en la que compartimos más horas que en ninguna otra, D. me habló de sus parientes judíos y de sus parientes católicos, de cómo se habían entristecido estos últimos ante su decisión de acompañar a su mujer y a la familia de esta hasta el gueto de Terezín. De cómo habían tratado de hacerlo «entrar en razón». De cómo, finalmente, habían comprendido y aceptado su decisión.

En una librería cuya puerta llevaba tallada en el tirador una figura, que imitaba la gran torre gótica de la catedral de Berna, compró una Biblia antiquísima. El librero, vestido a la manera tradicional, ya que pensaba asistir esa misma noche a una fiesta, según nos contó, dijo que aquella Biblia había pertenecido a los descendientes de Ensinger, primer maestro de obras de la Catedral, pero que nadie había podido garantizar su autenticidad, pues faltaban varias de sus páginas al comienzo y al final del volumen. Por eso estaba allí y no en una de las buenas bibliotecas públicas o privadas de la ciudad, o de Zúrich o de Basilea.

En dos sesiones, D. me leyó una historia que conocía volcada de otras maneras, pero que ya no he podido olvidar dicha por él.

Aconteció que hubo hambre en la tierra. Y un varón de Belén de Judá se fue a vivir a los campos de Moab. Él y su mujer, acompañados de sus dos hijos.

El nombre de aquel varón era Elimelec, y el de la mujer, Noemí; y los nombres de sus hijos eran Mahlón y Quelión, efrateos de Belén de Judá.

Llegaron, pues, a los campos de Moab, y se quedaron allí.

Murió Elimelec, marido de Noemí, y quedó ella sola con sus dos hijos, los cuales tomaron para sí mujeres moabitas. El nombre de una era Orfa; el nombre de la otra, Ruth.

Vivieron allí unos diez años.

Murieron también Mahlón y Quelión, quedando así la mujer sin sus dos hijos y sin su marido. Entonces se levantó con sus nueras y dejó los campos de Moab. Porque oyó que Jehová había visitado a su pueblo para darle pan.

Salió, pues, del lugar donde había visto morir a su esposo y a sus hijos, y comenzaron a caminar para volverse a la tierra de Judá. Y Noemí, antes de tomar el camino que la alejaría de allí para siempre, dijo a sus dos nueras:

—Andad, volved cada una a la casa de vuestra madre. Que Jehová tenga con vosotras misericordia, como la habéis tenido con mis muertos y conmigo. Que Jehová os conceda un nuevo marido más fértil y duradero.

Luego las besó.

Sin embargo, ellas, después de llorar en su regazo, dijeron al unísono:

—Iremos contigo a tu pueblo.

Noemí respondió:

—Volveos, hijas mías; ¿para qué habéis de ir conmigo? ¿Tengo yo más hijos en el vientre que puedan ser vuestros maridos? Volveos, hijas mías, porque yo ya soy vieja para tener marido. Y aunque dijese: «Esperanza tengo», y esta noche estuviese con marido, y aun diese a luz hijos, ¿habíais vosotras de esperarlos hasta que fuesen adultos? ¿Habíais de quedaros sin casar por amor a ellos? No, hijas mías; que mayor amargura tengo yo que vosotras, pues la mano de Jehová ha salido contra mí.

Ellas se echaron a llorar de nuevo.

Orfa besó a su suegra, despidiéndose, pero la otra nuera se quedó con Noemí.

Esta dijo:

—He aquí que Orfa se ha vuelto a su pueblo y a sus dioses; vuélvete tú tras ella.

Ruth respondió:

—No me niegues que te deje y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu dios mi dios. Donde tú murieres, moriré yo, y allí seré sepultada. Así lo consienta Jehová: solo la muerte habrá de separarnos.

Y viendo Noemí que Ruth estaba tan resuelta a ir con ella, no dijo más.

Anduvieron, pues, las dos hasta que llegaron a Belén; y aconteció que,

habiendo entrado en Belén, toda la ciudad se sintió conmovida, y en las calles decían:

—¿No es esta Noemí?

Y ella les respondía:

—No me llaméis ya Noemí, sino Mara, «amargura», porque grandes amarguras ha decidido traerme el Todopoderoso. Me fui llena, pero Jehová me ha devuelto con las manos vacías. ¿Por qué habéis de llamarme aún Noemí si el Todopoderoso me ha afligido?

Así volvió Noemí, acompañada de su nuera, Ruth la moabita, de los campos de Moab, y llegaron a Belén al comienzo de la siega de la cebada.

Tenía Noemí algunos parientes de la familia de Elimelec. Uno de ellos, un hermano, era un hombre rico llamado Booz. Y Ruth la moabita dijo a Noemí:

—Te ruego que me dejes ir al campo, así podré recoger espigas en pos de aquel a cuyos ojos hallaré gracia.

Noemí le respondió:

—Ve, hija mía.

Ruth fue y espigó en el campo tras los segadores. Aquella parte del campo era de Booz, y este vino de Belén y dijo al capataz de sus segadores:

—¿Quién es esta joven?

—Es la joven moabita que volvió con Noemí de los campos de Moab. Me ha dicho: «Te ruego que me dejes ir tras los segadores entre las gavillas». Y lo ha hecho desde primeras horas de la mañana hasta ahora, sin descansar ni un momento.

Entonces, Booz dijo a Ruth:

—Oye, hija mía, no vayas a espigar a otro campo, ni pases de aquí. Estarás junto a los míos. Mira bien el campo que sieguen, y sígelos; porque he mandado a los criados que no te molesten. Y cuando tengas sed, ve a las vasijas, y bebe todo el agua que quieras.

Ruth bajó su rostro, se inclinó a tierra y dijo:

—¿Por qué he hallado tu gracia siendo yo extranjera?

Booz respondió:

—He sabido todo lo que has hecho con tu suegra después de la muerte de tu marido; y que dejando a tu padre y a tu madre y la tierra donde naciste, has venido a un pueblo que no conocías. Que Jehová recompense tu obra.

Ella dijo:

—Señor mío, doy gracias a Jehová porque me has consolado, y porque has

hablado a mi corazón, aunque no soy ni siquiera como una de tus criadas.

Booz le dijo a la hora de comer:

—Ven aquí, y come del pan, y moja tu bocado en vinagre, y llévate luego lo que te sobre a casa.

Y ella se sentó junto a los segadores y comió hasta que se sintió saciada. Luego se levantó para espigar.

Booz mandó llamar a sus criados, diciendo:

—Que recoja también espigas entre las gavillas. Dejaréis también caer para ella algo de los manojos sin que se dé cuenta, con el suficiente disimulo para que ella no se avergüence.

Ruth espigó, pues, en el campo hasta la noche, y desgranó lo que había recogido, y había buena cebada. La recogió y volvió a la ciudad.

Su suegra, al ver todo lo que había recogido y toda la comida que le llevaba, preguntó:

—¿Dónde has espigado hoy? Bendita seas.

Ruth contó a Noemí que había trabajado en las tierras de Booz, y Noemí hizo un gesto de agradecimiento con sus manos:

—Sea también bendito él.

Ruth siguió:

—Además, me ha dicho que me junte con sus criadas hasta que acabe toda la siega.

Noemí dijo un día a su nuera:

—¿No es Booz nuestro pariente, con cuyas criadas has estado? He aquí que Booz avienta esta noche la parva de las cebadas. Te lavarás, pues, y te ungirás, y, vistiendo tus vestidos, irás a la era; mas no te darás a conocer al varón hasta que él haya acabado de comer y de beber. Y cuando él se acueste, notarás el lugar donde se acuesta, e irás y descubrirás sus pies y te acostarás allí.

Y Ruth respondió:

—Haré todo lo que me mandes.

Descendió, pues, a la era, e hizo todo lo que su suegra le había mandado. Y cuando Booz hubo comido y bebido, y su corazón estuvo contento, se retiró a dormir a un lado. Entonces Ruth fue en silencio y le descubrió los pies y se acostó.

Ya en la medianoche se estremeció Booz y se dio la vuelta: una mujer estaba acostada a sus pies.

—¿Quién eres?

—Soy Ruth, tu sierva. Extiende el borde de tu capa sobre mí, pues somos parientes.

Booz dijo:

—Bendita seas, hija mía, pues no has ido en busca de los jóvenes, sean pobres o ricos... Y no temas de mí, ya que solo haré contigo lo que tú digas, pues toda la gente de mi pueblo sabe que eres mujer virtuosa. Pasa la noche aquí si quieres y descansa hasta la mañana.

Ruth durmió a los pies de Booz hasta que salió el sol, y se levantó antes de que los hombres pudieran reconocerse unos a otros, ya que Booz le dijo:

—Que no se sepa que vino una mujer a la era.

A continuación le pidió que se quitara el manto que llevaba sobre el vestido y puso sobre él seis medidas de cebada.

Cuando Ruth llegó a la ciudad, le contó a Noemí lo que había dicho y hecho aquel hombre, que la había despedido con estas palabras:

—No vuelvas a tu suegra con las manos vacías.

Booz se sentó a la puerta de su casa y mandó llamar a diez de los ancianos de la ciudad, además de a uno de sus propios hermanos, el primogénito.

Cuando estuvieron todos sentados, dijo a su hermano:

—Noemí, que ha vuelto del campo de Moab, vende una parte de las tierras que tuvo nuestro hermano Elimelec. Y he decidido hacértelo saber, y decirte que la compres en presencia de los que están aquí sentados, los ancianos de mi pueblo. Y si no quieres hacerlo tú, que eres el primero en derecho, lo haré yo.

Pero su hermano dijo:

—Yo compraré esas tierras.

Los ancianos murmuraron algo entre ellos.

Entonces replicó Booz:

—El mismo día que compres las tierras de mano de Noemí, debes tomar también a Ruth la moabita, mujer del difunto, para que restaures el nombre del muerto sobre su posesión.

Su hermano mayor dijo:

—No puedo redimir para mí, no sea que dañe mi heredad. Hazlo tú, te cedo mi derecho. Y se quitó el zapato. —Desde hacía tiempo existía esta costumbre en Israel tocante a la redención y al contrato. Para la confirmación de cualquier negocio, el uno se quitaba el zapato y se lo daba al otro, así se sellaban los acuerdos.

Booz lo aceptó y dijo a los ancianos y a todo el pueblo:

—¡Vosotros sois testigos hoy de que he adquirido de mano de Noemí todo lo que fue de Elimelec, y todo lo que fue de Quelión y de Mahlón. Y que también tomo por mujer a Ruth la moabita, mujer de Mahlón, para restaurar el nombre del difunto sobre su heredad, para que el nombre del muerto no se borre de entre sus hermanos y de la puerta de su lugar! Vosotros sois testigos

hoy.

Y los diez ancianos respondieron:

—¡Testigos somos! Jehová haga a la mujer que entra en tu casa como a Raquel y a Lea, las cuales edificaron la casa de Israel; y tú seas ilustre en Efrata, y seas de renombre en Belén. Y sea tu casa como la casa de Fares, el que Tamar dio a luz a Judá, por la descendencia que de esa joven te dé Jehová.

Booz, pues, tomó a Ruth.

Ella fue su mujer y, con el paso del tiempo, daría a luz un hijo.

Las otras mujeres, al nacer aquel niño, decían a Noemí:

—Loado sea Jehová, pues tu nuera te ama. Su nombre y el tuyo serán celebrados en Israel, y tu familia sustentará tu vejez. Tu nuera es mejor para ti que siete hijos.

Y tomando Noemí el hijo de Ruth y de su pariente, lo puso en su regazo y fue su aya.

Las vecinas contaban:

—Le ha nacido un hijo a Noemí. —Y lo llamaron Obed.

Estas son las generaciones de Fares: Fares engendró a Hezrón, Hezrón engendró a Ram, Ram engendró a Aminadab, Aminadab engendró a Naasón, Naasón engendró a Salmón, Salmón engendró a Booz, Booz engendró a Obed, Obed engendró a Isaí, e Isaí engendró a David.

# **SHEREZADE**

*La perfección no es la causa de la belleza.*

*EDMUND BURKE*

He olvidado las otras historias que me contó D., Sherezade, en Berna. Una de ellas me recordó a una historia del Chéjov ya a punto de morir; otra, a un cuento que en América habla de las Montañas Rocosas (aunque la historia de D. situaba a los personajes en Oriente). Solo recuerdo fragmentos de otra historia más, un cuento gótico basado, según dijo D., en una leyenda del norte británico.

Un hombre está a punto de morir y deja un hijo y una sobrina que habrán de casarse en cuanto él muera. No lo hacen antes de su muerte porque su amor se ha ido fortaleciendo con el paso del tiempo pero ha llegado «tarde», es decir, se ha declarado cuando ese hombre, que aún no es un anciano, está a punto de morir.

El hombre tiene una doble faz: ofrece su cordialidad envenenada a su familia, a lo que le queda de ella: los dos jóvenes; pero en cuanto estos se dan la vuelta, literalmente, se ríe como si tuviera el corazón ya negro.

El hombre oculta un secreto, que solo conoce el ama de llaves, una anciana vestida de oscuro y cuyo rostro es tan imperturbable como el de su patrón. Este, de niño, fue amamantado por esa mujer, que lo previno contra los males del mundo y que le pidió que nunca la abandonara: ella sería siempre su guía y su cómplice.

Cuando pronunciaba aquella palabra, «cómplice», añadía que ambos ejercerían su propio mal contra los males del mundo, y que él tomaría (por ella también) todo lo que deseara y cuando lo deseara. Solo la amaría a ella, como se ama a una madre, y nunca regalaría su amor a ninguna otra mujer. Y el niño, pues el hombre a punto de morir había sido niño una vez, lo juró por los dioses de los pueblos antiguos de aquellas tierras.

Cuando cumplió quince años, el ama de llaves llevó al niño hasta el Muro

de Adriano, hasta alguna de sus ruinas, y le explicó que, en el pasado, aquel muro había separado dos ideas muy distintas del mundo y de la vida. Nunca le dijo al niño cuál prefería ella, pero este lo adivinó.

Poco tiempo después, cuando el niño ya era un adolescente que lo deseaba todo y lo rechazaba todo al mismo tiempo, «jugaron», como dijo ella, a mezclar el amor y la magia. Fueron muchas las jóvenes seducidas, también las mujeres maduras, solteras o casadas, vírgenes o viudas.

Recuerdo también que había un panteón o una cripta, un cementerio familiar. Recuerdo que el hombre sería enterrado en él. Recuerdo que había una maldición, que los muertos impuros resucitaban un instante al enterrar al siguiente en el linaje. Recuerdo que la maldad no triunfaba, pues aquellos dos jóvenes se amaban con una pureza nunca antes vista.

En medio de las sombras, del invierno en el exterior y del infierno en la cripta, el hijo del muerto descubría, por un legajo borroso y enmohecido (a pesar de que había sido enterrado unas horas antes), que su prima no era tal cosa, sino que en realidad era hija de su padre, esto es, su propia hermana o hermanastra.

No recuerdo más de aquella historia gótica, dos jóvenes igualmente hermosos, hijos, cada uno, de una hermana gemela. Un padre educado para el mal por una mujer que quería vengar con aquella educación lo que la sociedad había hecho en ella: convertirla en sirvienta siempre, hacer que perdiera a su propio hijo a causa de las excesivas tareas, para luego amamantar a otro. Solo la llave que abre y cierra las puertas.

Pensé en la película de Orson Welles *El cuarto mandamiento*. Mientras D. contaba aquella historia, le puse el rostro de la actriz Agnes Moorehead al ama de llaves vengativa. D. afirmó luego que, sin duda, eran dos «mujeres parecidas», habitantes de una mansión donde los amores son siempre imposibles. Al decir estas últimas palabras, frunció el ceño. Luego trató de sonreír.

Me estremecí un poco.

—Necesitamos un chocolate caliente —bromeé, pero yo era consciente ya de que la última noche se acercaba, de que tendría que confesarle que nunca más volveríamos a vernos.

Le pediría que no me telefonara, que no me escribiera, que no viajara

hasta mí. Al principio, estaba segura, nada conseguiría, y él no haría caso de mis peticiones ni de mis advertencias.

Pero yo sabría negarme, sabría decir «no», sabría mantenerme alejada de cualquier ideal, y también de la vida que él mismo estaba recomponiendo, como un *puzzle*, dentro de sí y en torno a sí.

En otras ocasiones<sup>[15]</sup> me he retratado a mí misma como una mujer que deja atrás la fortaleza de sus años jóvenes, tras haber superado la muerte de los más íntimos, y entra en la madurez con una suerte de indiferencia que la aleja de la felicidad verdadera; una indiferencia «burguesa» que la conduce a una búsqueda infructuosa, pues en un primer momento tan solo busca entre los objetos hermosos y la compañía masculina más *insultante*. Porque al aceptar acercarse a esos hombres, acepta ser débil y acepta ser banal.

Esa es mi confesión.

Y no lo hice (ser débil, ser banal) por miedo a la soledad, sino por miedo a mis propios deseos y a mis propios miedos...

Pero tampoco podría ser D. mi compañía: resultaba ser como un espejo para mí, demasiado parecido a mí. O, al menos, azogue de mi espejo.

¿Cuántas veces he dejado fuera de mis recuerdos a D.? Son incontables las ocasiones en que recordé sin recordarle, en que borré toda huella suya, toda imagen, toda palabra. He contado, incluso, algunas de sus historias sin citarlo, como si las hubiera leído en alguna parte. Es más, me he dicho alguna vez que tal vez fue así y yo luego las asocié a él. O las he asociado ahora, cuando por fin me atrevo, aunque sea con su inicial (D.) y un retrato desdibujado, a hablar de él.

Porque creí que, al fin, alguien podría sustituir a Saúl *el Muerto* y sentí miedo. (Otro miedo más). Porque creí que podría empezar a vivir en compañía y sentí miedo. (El miedo a no estar suficientemente a solas nunca ya. Una contradicción). Porque creí que no era tarde y que había un futuro, y sentí el miedo a la pérdida si un día, fuera por la causa que fuera, también él me abandonaba. (El miedo a otra muerte). Ahora no recuerdo qué ocurrió a nuestro alrededor durante aquella hora, o aquellas horas, en que caminamos en silencio hacia ninguna parte, hacia una luz que había más allá de la nieve, donde se acababa la naciente tiniebla.

Después, poco a poco, volvimos a la realidad. O fui yo quien volvió a la

realidad mientras D. seguía caminando como un sonámbulo. Pues tal vez yo no había callado nada y había dicho todo aquello en voz alta.

Lo cogí del brazo derecho y eché a andar en dirección a nuestro café favorito. La nieve apenas caía ya, los niños aún jugaban en la calle, no se oía el ruido de ningún motor. Solo una campana comenzó a tocar en alguna parte y recordé el cuento que D. me había contado. Una campana de plata cuando se desvanece la luz. ¿En verdad éramos tan parecidos él y yo? ¿En verdad éramos lo mismo, la misma «cosa», la misma carne, la misma derrota?

## NOTA DEL TRADUCTOR

Como hizo a lo largo de toda su obra, Mary Ann Clark Bremer cita en este libro, directa o indirectamente, numerosos textos ajenos. Desde la *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello* de Edmund Burke (nos hemos servido de la traducción hecha por Menene Gras Balaguer para Tecnos en 1987) hasta la versión de un pasaje bíblico que hemos adaptado al castellano a partir de la *Biblia del Oso* y de la *Biblia del Cántaro*. Pasando por «Acerca del amor» de Chéjov (traducción de Fernando Ortega para Olañeta, 2011), el *Viaje a Armenia* de Osip Mandelstam (hay versión argentina de Alción, 2004) o la singular adaptación de una leyenda británica a la que también se acercó Frances Marion Crawford en su relato «La sonrisa muerta» (hay traducción de Marta Lila Murillo en Valdemar, 2013).

**CUANDO ASEDIEEN TU FAZ CUARENTA  
INVIERNOS**

## **NOTA DEL TRADUCTOR**

Para la traducción de algunos pasajes de la Biblia incluidos en este relato me he servido de la que hizo Casiodoro de Reina en el siglo XVI, así como de algunas versiones posteriores a partir de su texto.

«Cuando asedien tu faz cuarenta inviernos...», dijo el poeta. Dijeron todos los poetas. Lo escribieron con sus plumas afiladas (sangre, saliva, tinta) al dirigirse a aquellas mujeres que se habían convertido en sus musas, intocables para los demás; en ocasiones, eran tan solo «imágenes», como una Virgen católica, como una diosa pagana, imágenes a las que adorar y a las que dirigir lo que siempre necesita destinatario: las palabras; otras veces, esas mujeres eran solo un espejismo de belleza intangible y falsamente cubierto de oro. O mejor dicho: imágenes cubiertas de oropel. «Así no son realmente las mujeres», escribí yo misma en una carta de despedida que nunca envié.

Todas las mujeres son bellas, extrañas y resistentes como la flor del edelweiss allá en lo alto. Supervivientes a los cuarenta años, no envejecen, solo maduran.

Querida M., me escribes para contarme (innecesariamente, pues recuerdo la fecha de tu nacimiento) que cumplirás *tus* cuarenta años dentro de unos meses: no tengas miedo de las heridas que han dejado cicatrices en tu cuerpo. No tengas miedo de las cicatrices de aquellas heridas. Si no curaron, son, al menos, una medalla del tiempo, una condecoración que te ofrecen las demás supervivientes: ellas, nosotras, te la ofrecen, te la ofrecemos por seguir aquí, por seguir en el mundo a pesar de todo lo que hemos vivido. En mi época, una mujer era madura con poco más de veinte años si pertenecía a la clase baja; y era madura con cinco más, veinticinco, si su familia pertenecía a la clase acomodada; a los treinta la consideraban ya una matrona en muchos países pobres (o, igualmente, en los lugares pobres de muchos países ricos).

Que no caiga el paso de los años sobre ti como esa losa que nos imponen algunos hombres con su mirada de incompreensión o de desdén. Y también algunas mujeres: no las jovencitas, no las bellas, sino las que, no tan en el

fondo de su corazón, anhelan ser algo más que mujeres o mucho menos que mujeres; anhelan no haber sido «castigadas» con su sexo y con la sangre que derrama su sexo.

Nuestra herencia es grande. La de todas las mujeres de la Tierra. Nuestra herencia está construida sobre el estiércol del miedo y sobre todas las que hemos sufrido: no tú, no yo, no una mujer o diez o cien o mil en concreto, sino todas aquellas, millones, decenas de millones, que no conocemos ni conoceremos.

Hubo un rey llamado Asuero, que reinó desde la India hasta Etiopía sobre ciento veintisiete provincias, y era tan poderoso como inteligente unas veces y necio otras muchas, tan generoso como vacío de razón. Sus mejores aliados eran los reyes y príncipes y gobernadores de todo el mundo conocido entonces, y eran invitados por él desde tan lejos y hasta tan lejos para conocer la gloria en que vivía y la gloria que él mismo exhalaba hacia los demás. Su aliento era para los que aman el boato como el aliento de un ser divino. Así lo tomaban unos: por el dios de los que no creían en Dios.

Era época de celebraciones y de vasos de oro para los mejores vinos, traídos en barcas o a lomos de caballos o en carretas tiradas por grandes bueyes. Vinos exquisitos y vinos en tinajas de barro. El rey ordenó banquete tras banquete. El rey amaba su huerto, el huerto de la soledad y del jolgorio, el huerto del agua y de las flores. En medio del huerto había un pabellón blanco, verde y azul, un pabellón provisional tendido con cuerdas de lino y púrpura en anillos de plata y columnas de mármol; los reclinatorios eran de oro y de plata, sobre losas de pórfido y de mármol, y de alabastro y de jacinto. Corrían de acá para allá los vasos de oro, el vino del rey de acuerdo con la generosidad del rey. Y la bebida era según esta norma: que nadie fuese obligado a beber; porque así lo había mandado el rey a todos los mayordomos de su casa; que se hiciese según la voluntad de cada uno.

Por su parte, la reina, llamada Vasti, ordenó un banquete para las mujeres, aunque en la misma casa del rey Asuero. Vasti era la mujer más bella de aquel entonces, del mundo dibujado en mapas. En su época no había, según se decía, mujer más hermosa. Y aunque sus eunucos y sus esclavas eran también

hermosos, y más jóvenes que ella, no podían rivalizar en belleza con Vasti.

Asuero solía presentarla a sus invitados cuando estos estaban ya bebidos y deseaban sorpresas. Era como una llamada de gong o de platillos o de címbalos. Pero Vasti, en esta ocasión, quién sabe por qué, tal vez porque estaba a punto de cumplir cuarenta años y creía que su belleza se marchitaba cada vez más rápidamente, no se presentó ante los invitados del rey.

Se había cubierto el pelo con unos polvos blancos que resaltaban aún más la perfección de su rostro y quería mantenerse alejada del tumulto. Sus arrugas dibujaban senderos que se alejaban o se mezclaban entre sí. Su madurez era de una belleza profunda, aunque Vasti, ciertamente, no quería envejecer. El rey tenía muchas concubinas jóvenes, pero todas adoraban a Vasti, y ante ella se sentían capullos abriéndose con temblor y suspiros.

El rey estaba enfadado por la negativa de su reina y decidió hablar al fin de ello con los príncipes de Persia: Carsena, Setar, Admata, Tarsis, Meres, Marsena y Memucán. Les preguntó qué debía hacer. Memucán se atrevió a decir delante del rey y de los otros príncipes: «No solamente contra el rey ha pecado la reina Vasti, sino contra todos los príncipes, y contra todos los pueblos que hay en todas las provincias del rey Asuero. Porque este hecho de la reina llegará a oídos de todas las mujeres, y ellas tendrán en poca estima a sus maridos, diciendo: *El rey Asuero mandó traer ante sí a la reina Vasti, y ella no vino*. Si parece bien al rey, salga un decreto real de Vuestra Majestad y se escriba entre las leyes de Persia y de Media, para que no sea quebrantado: Que Vasti no venga más delante del rey Asuero; y el rey haga reina a otra que sea mejor que ella. Y el decreto que dicte el rey será oído en todo su reino, aunque es grande, y todas las mujeres darán honra a sus maridos, desde el mayor hasta el menor».

El estúpido Asuero, preso de la vanagloria, envió cartas a todas las provincias conforme a su escritura, y a cada pueblo conforme a su lenguaje, diciendo que todo hombre afirmase su autoridad en casa.

Vivía no muy lejos de allí un judío del linaje de Benjamín, el cual había sido llevado desde Jerusalén con los cautivos que hiciera un día Nabucodonosor, rey de Babilonia. Y aquel judío había criado a Hadasa, es decir, Ester, hija de su tío, porque era huérfana; y la joven era tan bella como delicada. Cuando su padre y su madre murieron, Mardoqueo, pues así se

llamaba el judío, la adoptó como hija suya.

Y sucedió que cuando se divulgó el edicto del rey, Ester también fue llevada al cuidado del vigilante de las mujeres en la casa real. Ester no declaró cuál era su pueblo ni su parentela, porque Mardoqueo le había ordenado que no lo declarase. Este padre adoptivo paseaba cada día delante del patio de la casa de las mujeres, para saber cómo le iba a Ester, y cómo la trataban.

A su debido momento, en los plazos que mandaban las leyes de aquel lugar, todas las vírgenes eran llevadas hasta los aposentos del rey, y este decidía, como le apetecía, si volvería a verla en otra ocasión o si se olvidaría de ella para siempre. A Ester le tocó el turno cuando llevaba diez meses en la casa de las mujeres, en el séptimo año del reinado de Asuero. Y este amó a Ester más que a todas las demás mujeres, y halló ella gracia y benevolencia delante de él más que todas las demás vírgenes; y puso la corona real en su cabeza, y la hizo reina en lugar de Vasti, celebrando un gran banquete con todos sus príncipes y siervos, el banquete de Ester; y bajó los tributos a las provincias, e hizo y dio mercedes conforme a su cambiante generosidad. Pero todavía Ester, según le había mandado Mardoqueo, no había declarado su nación ni su pueblo; pues los judíos, como a lo largo de los siglos más tarde, y en otros lugares, no eran queridos allí.

La historia, querida M., se cuenta de muy distintas maneras a partir de este punto.

Por una parte, Mardoqueo, ante el mal trato que se daba en la Corte y en las provincias a los judíos, consiguió que la reina Ester tomara cartas en el asunto y convenciera al rey de nuevas leyes y de viejas venganzas.

Los testimonios de esta versión concluyen: «Y asolaron los judíos a todos sus enemigos, y gracias a la intervención de Ester, por la opinión primera de su padrastró Mardoqueo, a filo de espada y con gran mortandad y destrucción, hicieron los judíos con sus enemigos lo que quisieron (...) En la capital del reino mataron y destruyeron a quinientos hombres. (...) Mataron también a Parsandata, Dalfón, Aspata, Porata, Adalía, Aridata, Parmasta, Arisai, Aridai y Vaizata, y a diez hijos de Amán, hijo de Hamedata, el mayor enemigo de los judíos».

Por otra parte, en la versión menos conocida de estos hechos, se cuenta

que Ester fue a ver a Vasti, que no profesaba la religión de los judíos pero era buena, no conocía la envidia y tenía buen juicio. Y Vasti la aconsejó así: «Habla al rey de que tus hijos y sus hijos también serán en cierto modo judíos, y que está lejos de todo sentido que el propio rey permita que sus súbditos maltraten a la familia de su propia familia».

Y eso hizo Ester, que ante el rey también pidió que, a partir de entonces, Vasti viviera junto a ella y las otras mujeres en las mismas estancias pero con un rango mayor. Y esto extrañó al rey, que opinaba de continuo que todas las mujeres desean lo peor para sus iguales en los asuntos amorosos o económicos. Pero el rey no sabía que Vasti era como un espejo para Ester, y que esta conocía ya, a pesar de sus veinte años, que otros tantos después habría de vivir acorde a lo sucedido con Vasti, y que ella también se negaría, también diría «no», uno de los futuros días de celebración en los que el vino corre de la vasija a la copa de oro y del gaznate a la tierra del huerto real. Un día en que Vasti, ya anciana, mira a Ester y alza la cabeza y se encoge de hombros cuando escucha, llamándola, la voz del soberano, el hombre barrigudo de barba crespa y canosa que tiembla al hablar y que ríe ya sin la pasión por la vida de antaño. Y su voz llega en el futuro hasta ambas como un sonido muy lejano, eso que suele nombrarse «una sombra de lo que fue». Y las dos mujeres sonrían, aunque no al mismo tiempo: los años, como en un mensaje llegado de otro tiempo a través de las ¿ondas?, separan aún sus vidas, sus días no son los mismos días. Una niña, la hija de Ester, las mirará fijamente, ajena aún a todo, demasiado inscrita por su edad en el presente, aunque parte ya inseparable del futuro de las tres.

Querida M., el edelweiss es símbolo de coraje. Camina hasta poco antes de la cumbre. Corta una flor con delicadeza, pues es tu semejante, y préndela en tu pecho mientras miras al horizonte; luego, lentamente, desciende. Ya estás en otro tiempo, te dirás tal vez, la vida ya te espera del otro lado. Pero no olvides que en estos años estúpidamente ansiosos de petróleo y automóviles, en estos años de ruidos nuevos y de aviones a reacción, solo la Naturaleza y tu naturaleza son la misma cosa, tan antigua como la pintura rupestre más antigua. No: mucho más antigua.

Y cuando estés en lo alto, no solo pienses en tus años, sino también en los míos, que suman muchos más inviernos. Y reza entonces cualquier oración minúscula, de tres, cuatro palabras tan solo, como rezan los que no creen demasiado pero necesitan algo en lo que creer cuando el día está vencido.

Reza por mí, querida, reza por nosotras. Y reza por la Otra Vida, sea cual sea, que nos espera a ti y a mí: allá, sin duda, no harán falta cuerpos que «caducan», y el edelweiss brotará a la puerta de casa.



MARY ANN CLARK BREMER nació en Nueva York en 1928 y murió en Ginebra en 1996. Hija de una familia cosmopolita, pasó parte de su infancia viajando por Norteamérica, Inglaterra y varios países del Mediterráneo.

Sus padres murieron al final de la Segunda Guerra Mundial en un ataque al buque donde viajaban, en el que también fue herida la propia Mary Ann.

Posteriormente vivió en Israel (que abandonó contrariada por su política), Alemania, Francia (donde frecuentaría el círculo de André Malraux) y Suiza.

Ya en los años setenta comenzó a escribir sus memorias alentada por el escritor Friedrich Dürrenmatt: lo hizo en forma de breves novelas de un alto lirismo y una sobriedad excepcional. La dispersión de su obra, escrita en varias lenguas y publicada siempre bajo seudónimo hasta fecha reciente, la convirtió en una escritora secreta que ahora, finalmente, comienza a alcanzar el reconocimiento que merece, y muy pronto será recuperada en distintos países de Europa.

En 2012, Periférica comenzó a publicar su obra y a traducirla al castellano, empezando por su primera novela corta: *Una biblioteca de verano*; a la que siguieron *Cuando acabe el invierno*, *El librero de París* y *la princesa rusa* y

*Una pasión parecida al miedo.*

# Notas

[1] Charles Baudelaire, *Las flores del mal*. Versión de Antonio Martínez Sarrión. La Gaya Ciencia, 1976. (N. del T.). <<

[2] (idem. nota 1). Charles Baudelaire, *Las flores del mal*. Versión de Antonio Martínez Sarrión. La Gaya Ciencia, 1976. (N. del T.). <<

[3] De nuevo Baudelaire según Antonio Martínez Sarrión, pero ahora con una variación final obra de Clark Bremer, (*N. del T.*). <<

[4] *Los sueños droláticos de Pantagruel*, atribuidos a François Rabelais. Edición de Antonio Bernat Vistarini. José J. de Olañeta, 2011. (*N. del T.*). <<

[5] *La mandrágora*, Friedrich de la Motte Fouqué. Traducción de Jorge Seca. Nortésur, 2010. (N. del T.). <<

[6] *La dicha*, Katherine Mansfield. Traducción de Adela Queilez. Ken, 2007.  
(N. del T.). <<

[7] «Benjamin Franklin». En *Estudios sobre literatura clásica norteamericana*, D. H. Lawrence. Traducción de Carlos María Reyles. Emecé, 1946. (N. *del T.*). <<

[8] Esta cita y las siguientes de Hazlitt: *Ensayos sobre el arte y la literatura*, William Hazlitt. Traducción de Ricardo Miguel Alfonso. Espasa, 2004. (N. del T). <<

[9] *Robinson Crusoe*, Daniel Defoe. Traducción de Fernando Galván Reula y José Santiago Fernández Vázquez. Cátedra, 2000. (N. del T.). <<

[<sup>10</sup>] *El Paraíso perdido*, John Milton. Traducción de Esteban Pujáis. Espasa, 2003. (N. del T.). <<

[11] Fiesta religiosa que señala, en cierto modo, el abandono de la infancia por parte de los niños judíos, (*N. del T.*). <<

[12] Esta cita y las siguientes de Valéry: *Historias rotas*, Paul Valéry. Traducción de Salvador Elizondo. Aldus, 2003. (*N. del T.*). <<

[13] Virginia Woolf en «Una novela no escrita». La traducción es mía. (*N. del T.*). <<

[14] Se refiere a la novela de Virginia Woolf *Entre actos*. Cito por la traducción de Andrés Bosch publicada por la editorial Lumen en 1976. (*N del T*). <<

[15] Se refiere a *Cuando acabe el invierno* (Periférica, 2013). <<